

Schopenhauer

Paráb

olas

y

Parábolas
y aforismos

Alianza
editorial

aforis

mos

Arthur Schopenhauer
Parábolas y aforismos

Introducción, traducción y notas de Carlos Javier González Serrano

Alianza editorial

Índice

Introducción. Pesimismo que redime

Abreviaturas utilizadas

Bibliografía

Parábolas y aforismos

Vida y muerte

Sabiduría de vida

Antropología y sociedad

Sufrimiento y desamparo

Filosofía, arte y naturaleza

Créditos

Mi filosofía jamás sobrepasará los dominios de la experiencia, es decir, de lo perceptible [...]. Pues, como cualquier arte, reproduce sin más el mundo.

Arthur Schopenhauer
HN, I, 1815

Y así voy deambulando, angustiado por mi inseguro camino, rodeado del cielo, de la tierra y de sus fuerzas activas: no veo más que un monstruo que eternamente devora, que sin descanso destruye y rumia.

J. W. von Goethe
Las penas del joven Werther

Todo lo impregnado de vida muere, pero la vida no muere. Esta tenue esencia es el alma de todo este universo, es la realidad, es lo único viviente: y eso eres tú.

Chāndogya upanis.ad

Quien muere va allí de donde procede toda vida; también la suya.

Arthur Schopenhauer
Spicilegia

Introducción

Pesimismo que redime

Una filosofía para explicar el sinsentido

La filosofía no puede hacer más que interpretar y explicar lo dado, la esencia del mundo que se expresa y se hace comprensible a cada uno in concreto, esto es, como sentimiento.

Arthur Schopenhauer
MdS, I

En la mayor parte de traducciones, selecciones de sus textos y artículos que sobre él se han escrito, Arthur Schopenhauer (1788-1860) aparece caracterizado como un irredento pesimista. Resulta incuestionable que su sistema filosófico, así como algunas de las convicciones antropológicas que de él se siguen, esconden un tinte oscuro e incluso desazonador, una faceta indiscutiblemente desesperanzada que lo aleja de la corriente más optimista e ilustrada de la historia del pensamiento occidental, cercana a él en el tiempo. Él mismo escribió en el capítulo 46 del segundo volumen de *El mundo como voluntad y representación (Die Welt als Wille und Vorstellung)*, su obra magna publicada por vez primera a finales de 1818 (aunque con fecha de 1819, y cuya segunda edición, extensamente ampliada, apareció en 1844), que «se ha gritado en contra del carácter melancólico y descorazonador de mi filosofía: éste consiste en que, en lugar de inventar un infierno futuro como algo equiparable a los pecados, he mostrado que allí donde reside la culpa, en el mundo, también existe algo de infernal». Más todavía, Schopenhauer no dudó en autoimponerse el mérito de ser «uno de los tres grandes pesimistas» europeos de la época junto a Lord Byron (1788-1824) y Giacomo Leopardi (1798-1837).

Sin embargo, aún se han explotado y explorado de forma muy escasa las contradicciones cordiales que impregnan el legado schopenhaueriano, y se ha querido ver en el filósofo, muy erróneamente, a un mero continuador de la doctrina kantiana o platónica. A pesar de que, sin duda, Schopenhauer siguió los pasos de Kant en la distinción entre fenómeno y cosa en sí, que él mismo aplaudió, amplió y enriqueció, o entre el mundo de las ideas (o formas) y el mundo aparente (o empírico) de Platón, ha de quedar claro que su originalidad como pensador no se debe a tal desarrollo, sino a las aportaciones que trazó sobre la condición del ser humano, es decir, a su contribución a la hora de retratar el modo en que los individuos se desenvuelven en esta tierra en la que, a su juicio, nos vemos asediados por una voluntad que nos empuja a enfrentarnos de manera incesante los unos a los otros: el ser humano es enemigo de sí mismo porque lucha, quiera o no, por mantener una primacía que nunca le es dada de manera definitiva. Y es que, apunta refiriéndose al modo en que se desenvuelve la naturaleza, «No hay victoria sin lucha» (*kein Sieg ohne Kampf*).

Lejos de parapetarse en el viejo y cada vez más caduco proceder especulativo, que ya hacía aguas en la época en que vivió, Schopenhauer ensayó un muy personal camino hacia el autoconocimiento a lomos de la experiencia directa del mundo. Todo cuanto vemos, escuchamos y, en general, sentimos puede ofrecernos la clave para descifrar el funcionamiento de la realidad y recorrer de manera paulatina el largo y fatigoso sendero hacia la verdad.

Antes de que el filósofo llegara a serlo, Schopenhauer fue un niño inquieto y despierto al que sus padres (Johanna y Heinrich Floris) se encargaron de estimular constantemente a través de la incitación a la lectura y a la escritura y, sobre todo, mediante la realización de imponentes travesías a lo largo y ancho de toda Europa. Sin embargo y a la vez, también en estos primeros años comienza a entender que su futura filosofía pivotará sobre la idea de un mundo que parece haber sido confeccionado por un espíritu chapucero y malvado, incluso demoníaco, que consiente la existencia de grandes contrastes en lo tocante a la felicidad humana. Más tarde, en

Weimar, fallecido su padre bajo extrañas y oscuras circunstancias (aunque lo más probable es que se tratara de un suicidio), confesará a un ya anciano Christoph Martin Wieland (1733-1813), poeta muy reconocido en la época, que «la vida es un asunto deplorable; me he propuesto pasar la mía reflexionando sobre este tema».

Gracias a la condición acomodada de su familia, pudo disfrutar de una vida exenta de aprietos económicos. Esta circunstancia fue aprovechada por Schopenhauer para dedicar todos sus esfuerzos al estudio de muy diversas disciplinas y a la ardua divulgación y defensa de su pensamiento. Es conocido su ahínco, auténticamente fervoroso, por mantener sin menoscabo su independencia financiera (incluso cuando ello supuso ponerse en contra de los intereses de su madre y su hermana): sabía que, de verse obligado a trabajar como cualquier hijo de vecino, hubiera visto truncado el proyecto de emplear su intelecto en la búsqueda de la verdad, tarea que desde muy joven hizo suya y que, como no podía ser de otra manera, lo volvió insolente y arrogante a ojos de muchos. Y es que el capitalismo, y de su mano el poder fáctico del dinero y de las florecientes entidades bancarias, ya estaba bien asentado en Europa, así como las incipientes huelgas y revoluciones obreras, que recorrían el Viejo Continente en gran parte de su extensión. El siguiente fragmento, si bien escrito en su madurez, resulta tan elocuente y descriptivo como del todo profético:

Antes, el principal apoyo del trono era la *fe*, mientras que hoy lo es el *crédito*. Incluso el papa se preocupa más de la confianza de sus acreedores que de la de sus fieles. Si antes se lamentaba del pecado en el mundo, ahora contempla con horror las deudas del mundo; y si antes se profetizaba el Juicio Final, ahora se profetiza la bancarrota universal, con la esperanza de que no la tenga que vivir uno mismo. [PP, II, § 129]

Si bien es cierto que Schopenhauer pudo contemplar las grandes maravillas de la naturaleza y los más magníficos hitos del arte gracias a aquellos tempranos viajes europeos, también lo es que gracias a ellos va despertando en el adolescente un desbordado pero sano y provechoso empeño por entender por qué la existencia se manifiesta de manera tan terrible y cruda, sobre todo en lo

tocante a los asuntos humanos (condenados a galeras, pobreza, desempleo, insultante desigualdad entre ricos y pobres, etc., circunstancias todas que pudo presenciar desde su privilegiado púlpito de niño burgués, lo que, sin embargo, no le hizo indiferente a tales desgracias). «El dolor de la vida no se deja soslayar», redactaba un Arthur aún muy joven. Y proseguía: «El querer impone la carencia y, por consiguiente, tiene como base el sufrimiento. A todas las facetas de la vida les resulta consustancial un sufrimiento». En este sentido, la filosofía, y más en concreto su futuro pensamiento, sólo podría interpretar y explicar lo dado, lo que observamos, sentimos y presenciamos de manera cotidiana, y acabará declarando que «la filosofía no es más que la correcta comprensión universal de la experiencia misma, la auténtica aclaración de su sentido y contenido». ¿Acaso el mundo significa algo?

La pregunta por el sentido

Sé religioso y reza, o sé filósofo y piensa: pero sé sólo una de ambas cosas, en función de tu naturaleza y tu cultura.

Arthur Schopenhauer

HN, II, p. 259 [apuntes sobre Kant]

Antes de que el pensamiento de Schopenhauer entrara en escena, muchos habían sido los filósofos, de todo origen y condición, que habían estipulado el orden lógico y racional de los acontecimientos: desde Platón, pasando por Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, hasta llegar a Descartes, Spinoza, Kant y el celebrado Hegel (o literatos y teóricos de la talla de Gotthold Ephraim Lessing), se había fundado y propagado muy naturalmente la convicción de que, en el despliegue del mundo, regía una suerte de coherencia definitiva. Una orientación que, en última instancia y dependiendo del autor en cuestión, quedaría sellada y garantizada por la divinidad.

Es con Schopenhauer –y su cabal y descarnado análisis de la realidad– con quien comienza a desmontarse el mito de la Razón y las Luces, quimeras heredadas de los años más plenos de la Ilustración en toda Europa. El autor originario de Danzig adivina tras la confección del universo una mano diabólica, una voluntad malvada e infame, muy lejos de la misericordia, bondad y ternura que suelen adscribirse al Hacedor del mundo. Cuanto gobierna el desarrollo de la historia no es otra cosa que el absurdo, administrado por el más absoluto azar, que no piensa, que no razona ni se molesta en premiar o castigar y que, en definitiva, nos sitúa en un escenario yermo y desolador.

Mucho antes que Friedrich Nietzsche (1844-1900), ya Schopenhauer preconizó la desaparición de Dios del panorama humano. E incluso la solicita, como imperativo filosófico. Si quiere pensar y hacerlo hasta las últimas consecuencias, el filósofo no debe parapetarse cómodamente tras los muros de la religión y la divinidad, que siempre acaban por justificar lo injustificable en aras de defender el incomprensible designio celestial (Job es aquí el modelo a superar).

En uno de los primeros apuntes que tomó en sus estudios de Filosofía en Berlín (*HN*, II, p. 5), anota Schopenhauer que, de cuantas características suelen asociarse a esta disciplina, tan sólo una parece darse siempre y sin excepción: el filósofo es el elegido para descubrir y señalar las causas más «elevadas y absolutas» (*höchsten und absoluten*) de las cosas. Una tarea que se tomó muy en serio y que desde muy joven llevó a la práctica, convencido de que alcanzaría el éxito. Y si el filósofo está persuadido de que ha de culminar su cometido, Dios no puede ser la excusa que se lo impida, pero tampoco pueden serlo las pasiones, el sufrimiento o la desesperanza. El camino hacia el conocimiento es arduo, pero la claridad obtenida resulta concluyente y el filósofo ha de ser el paladín de la verdad.

A pesar de ello, el ser humano detenta una irreprimible cualidad que lo distingue del resto de los animales: lo que Schopenhauer denomina «necesidad metafísica» (*metaphysische Bedürfnis*), es decir, la exigencia de dar un sentido a la realidad. La ciencia horada

hasta cierto punto nuestro mundo, pero le resulta imposible acaudillar a su ejército de investigadores hasta el mojón último del universo. La ciencia aporta una vía de erudición hacia el cómo, pero nunca hacia el qué y el definitivo porqué: conoce causas, y ya es mucho, desde luego, pero no resulta suficiente. Por tanto, la pregunta por el fundamento no es saciada por las ciencias positivas y es la filosofía la que ha de entrar en escena para descubrir y transitar el inhóspito camino que conduce hacia él.

Cuanto conocemos significa algo, esconde un poso de sentido tras su manifestación (pues el conocimiento es siempre relacional, relativo, se da entre un sujeto y un objeto), pero no sabemos *qué* significa. Schopenhauer sitúa la clave para resolver este jeroglífico en nuestro cuerpo, que nos da la llave para entendernos a nosotros mismos y para comprender el funcionamiento del mundo: por un lado, el cuerpo es un mero fenómeno, un elemento físico más de cuantos aparecen, pero por otro, y esto es lo fundamental, es también voluntad, cosa en sí. Como el filósofo escribe muy bellamente, nuestro ánimo, con todos sus deseos y anhelos, no es más que el centro del microcosmos que llega al seno del macrocosmos, la voluntad.

A partir de esta analogía, que fascinó a artistas, filósofos y escritores posteriores, Schopenhauer despliega –con un sinfín de metáforas y, por supuesto, de argumentos y razones– su análisis de la realidad, centrado en la dilucidación de qué sea aquella voluntad que parece mover el mundo en este caos de apariencia tan lógica, teniendo en cuenta que el universo es una máquina cuya meta última desconocemos, pero sabiendo, a la vez, que nuestro cuerpo es la voluntad hecha visible.

En busca de la redención... con las botas enfangadas

Toda mi filosofía se deja compendiar en esta afirmación: el mundo es el autoconocimiento de la voluntad.

Arthur Schopenhauer
HN, I, p. 462, 1817

Quizá sea de utilidad traer aquí a colación un relevante apunte biográfico. Schopenhauer también se enamoró y sufrió los pluriformes avatares de las pasiones. Con apenas veintiún años, en 1809, recibida la herencia del difunto padre (fallecido en 1805) y liberado para siempre de la necesidad de ganarse el pan con el sudor de su frente, decidió probar suerte en el círculo más distinguido de Weimar, poco antes de romper casi definitivamente la relación con su madre, Johanna. Pero los planes le salieron mal al jovencito Arthur: hinchado de un honor y dignidad que todavía no había ganado por sí mismo (aún no había pisado siquiera la universidad), asiste a la fiesta de carnaval de aquel año, donde el papel protagonista lo ocupó la afamada actriz Karoline Jagemann (1777-1848), auténtica estrella de aquel incipiente siglo XIX. El muchacho cayó rendido a sus pies, hasta el punto de asegurar a su madre en carta que se hubiera llevado a esa mujer a su casa (literalmente) «aunque la hubiera encontrado picando piedra», una airada confesión que contiene un desdén tan colérico como sufridor.

Por mucho que el amor quiera engañarnos y atraparnos con sus arteras y placenteras redes, hay que tener siempre en cuenta, escribía Schopenhauer en 1829, que tras él no se esconde otra cosa que el «deseo de copular» (*Wunsch nach Begattung*) con una persona determinada, aunque solemos enmascararlo con numerosas imágenes creadas por nuestra fantasía. Seductoras imágenes que no proceden de juicio alguno, sino del más desafortunado ahínco por buscar satisfacción al deseo surgido de nuestro impulso sexual.

A Schopenhauer, es sabido, le molestaba sobremanera todo funesto influjo de la sensibilidad, razón por la que escribió algunos atribulados versos. El caso es que el único poema de amor que hoy conservamos de Schopenhauer está recogido en el *Nachlaß* (HN, I, pp. 6-7), compuesto muy probablemente aquel mismo año de 1809 poco después de su cumpleaños, el 22 de febrero, y allí damos con un Arthur casi desconocido, pero que también existió (¡que también amó!): el Arthur enamorado, obnubilado, anulado por el sentimiento que experimentó hacia la deslumbrante actriz que muy poca atención le prestó, escribió cosas como «mi sufrimiento se

convertiría en felicidad si te asomases a la ventana», «la persiana oculta el sol: nublada está mi fortuna», y se atreve a preguntar: «¿conoces el juego del destino?». Parece que el destino, esta vez, le jugó una muy mala pasada, de la que aprendió y sobre la que escribió en años posteriores¹.

Con este bagaje a las espaldas, tras haber presenciado las estrecheces, preocupaciones y penurias que acechan a la vida, después de haber padecido en sus carnes el influjo de las más diversas y violentas pasiones y, en definitiva, tras haber enfangado las botas de sus sentidos con el espectáculo del mundo, Schopenhauer desarrolla un sistema filosófico en el que lo importante no es, únicamente, hallar la verdad, sino también y sobre todo saber cómo actuar y cómo desenvolverse una vez que estamos en su posesión o en camino hacia ella. ¿Existe una posible redención, siquiera ficticia, en un escenario en el que lo inconsciente, lo instintivo y lo irracional parecen presidir las relaciones entre semejantes, hábilmente maquilladas de racionalidad, prudencia y honorabilidad?

Schopenhauer asegura que la cuarta y última parte de su *opus magnum*, la dedicada a la ética, es la más importante, por tratar de las acciones humanas, es decir, de cómo nos desenvolvemos los unos con los otros en este inconsolable estado de perpetua amenaza, en este mundo que supera, con mucho, el *Inferno* que esbozara Dante. Es en este lugar crucial de la obra schopenhaueriana donde damos con algunas de sus más brillantes y admirables sentencias, en las que no repara a la hora de evaluar y condenar los sufrimientos que nos infligimos mutuamente. De ahí su inevitable pesimismo que, sin embargo, no es definitivo: existen dos posibilidades, si bien ocultas para la mayor parte de los individuos, de redimirse en vida, siquiera momentáneamente.

La primera, el arte, la contemplación estética, a la que accedemos gracias a una suerte de desvinculación de nuestro yo más egoísta y pesaroso. Desde muy joven, Schopenhauer creyó en el poder redentor del arte, cuando se refería a este estado «objetivo» de la conciencia, separado y alejado de la voluntad, bajo

el apelativo de «conciencia mejor»²: sólo la llegada de este tan maravilloso como extraño estado nos aporta un completo «sosiego del corazón». Pero tal encumbramiento (en el que «sabemos de las cosas sin saber nada de nosotros») es momentáneo y, una vez abandonamos este ansiado marco contemplativo, regresamos al mundo de los hechos, al universo de los acontecimientos más fútiles y perentorios. Más exactamente: reingresamos en el mundo de la necesidad (de la Ananké griega), donde el aguijón de la voluntad nos vapulea y hace transitar de un deseo a otro en busca de una imposible y postrera satisfacción. De ahí su tono tajante: «la vida nunca es bella; sólo son bellas sus imágenes transfiguradas en el espejo del arte o de la poesía», y apuntala, «sobre todo en la juventud, cuando aún no conocemos la vida».

La segunda, el ascetismo y la santidad. Schopenhauer se refiere a esta posibilidad como el camino ya no transitorio, sino total y conclusivo, para encontrar la paz definitiva, la auténtica negación de la voluntad. Si la existencia, a su juicio, es un extravío, una equivocación (como ya apuntara Calderón de la Barca, idolatrado por el alemán), debemos desembarazarnos y desengañarnos de ella de una vez por todas. Desde este punto de vista, la única vía para acabar con el error que supone la vida es la *abnegatio sui ipsus*, es decir, la abnegación y la negación más absoluta del propio yo. Quien no teme a la nada, aduce Schopenhauer, en contraste con el tumulto de la existencia mundanal, «habrá reconocido que él ya no es nada ahora y dejará de tener interés por su fenómeno individual», suprimiendo cualquier anhelo que provenga de su voluntad particular. Es así como se abre paso la santidad, el conocimiento de que todos y cada uno de los seres que pueblan la tierra compartimos una misma esencia (el *Tat twam asi* hindú de los *Upanis.ads* –«Eso eres tú»– que tanto inspiró a Schopenhauer). Un conocimiento que permite, a la vez, desentenderse de la oscuridad propiciada por nuestros propios intereses, que dejan de ostentar importancia alguna. Una doctrina que provocó, nada menos, el vuelco espiritual del más maduro Tolstói (1828-1910), como podemos comprobar en su inolvidable y programático texto

Confesión. Y es que, como escribe Schopenhauer, en este punto «la vida se nos presenta como un proceso de purificación cuya sustancia depuradora es el dolor».

Pero ¿acaso existe una total y postrera redención?

Un pensamiento para saber vivir

A la conciencia mejor les son tan necesarios el dolor, la aflicción y el fracaso como lo es el lastre para el barco, sin el cual no podría ganar profundidad.

Arthur Schopenhauer
HN, I, p. 87, 1814

A tenor de lo dicho, podría parecer que el asceta ha cumplido de una vez para siempre con el dictamen schopenhaueriano, al negar completamente su voluntad y verse reflejado en todo cuanto existe como un eslabón más de una cadena que carece de fin («el círculo es el símbolo de la naturaleza»). Sin embargo, Schopenhauer es tajante a este respecto: el combate será siempre incesante, continuo, extenuante, pues el imperio de la voluntad nunca es conquistado de una vez por todas. Así, asegura que tal negación «hay que ganarla siempre y de nuevo mediante una continua lucha», ya que «mientras el cuerpo vive, persevera igualmente y de manera virtual toda la voluntad de vivir, cuya posibilidad aspira a ingresar de continuo en la realidad y a inflamarse de nuevo con toda su fuerza». Y sentencia: «nadie puede tener un reposo duradero sobre esta tierra».

El talento literario de Schopenhauer y su viva imaginación hacen que recurra a un vocabulario más propio de la novela bélica que de la filosofía. Nadie puede disfrutar de una «paz duradera» (*dauernde Ruhe*) sobre este mundo, que no es sino el escenario donde se da una guerra plagada de dificultades. Nunca debemos dar por finalizada la batalla contra la voluntad: vivir, hallarnos arrojados a esta existencia –como el soldado que es llamado a filas–, no es más

que acudir al terreno donde se gesta una «incesante lucha» (*steten Kampf*), cuyos triunfos se han de tomar como una breve tregua, jamás como un trofeo terminante y rotundo. El cuerpo, como se dijo más arriba, es la voluntad hecha carne, y, por eso, mientras el cuerpo subsista, la voluntad puja constantemente por afirmarse e inflamarse con «todo su ardor» (*ganzen Gluth*).

En vista de este oneroso panorama, y a pesar de él, se hace necesario buscar un modo soportable para sobrellevar esta existencia mientras, en el camino, llevamos a cabo el paulatino y nada fácil desengaño al respecto de este «negocio que no cubre los gastos» que es la vida. Con este punto sobre la mesa, Schopenhauer redactó uno de sus escritos más célebres, recogido en el primer volumen de *Parerga y Paralipómena*, los «Aforismos sobre la sabiduría de la vida» (1851), editados en ocasiones como obra independiente. En ellos se refiere al principal «error congénito» (*angeborenen Irrthum*) del ser humano: creer que hemos nacido para ser felices o que, sin más, podemos llegar a serlo. Sin embargo, aduce el filósofo, con el fin de orientar (sin nunca querer ejemplarizar o adiestrar) a los humanos en sus infinitas aflicciones y zozobras, resulta útil explicitar algunas recomendaciones para desenvolverse sin demasiado perjuicio en la existencia: tal es el cometido de los «Aforismos».

Schopenhauer se muestra en este y otros escritos como un sobresaliente discípulo de su admirado Baltasar Gracián (1601-1658), cuyo *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647) tradujo al alemán (traducción que, actualmente, sigue siendo la canónica en países de habla alemana). Tanto Schopenhauer como Gracián desarrollan una sabiduría de la vida que es enteramente consciente de la parte más oscura del mundo y que, lejos de despreciarla o de invitarnos a olvidarla, nos exhortan a contemplarla y, al fin, a vivir dulcemente escarmentados.

El pesimismo schopenhaueriano se vuelve en este punto casi agradable e incluso manso y afable, comprensivo, extrañamente cercano. Teniendo en cuenta que su filosofía asegura que no podemos ser felices, y que, además, nos resulta imposible «alzarnos sobre la vida» de modo constante y duradero, debemos

aprender a sortear las vicisitudes a las que la voluntad nos expone. La selección que el lector tiene en sus manos le mostrará hasta qué punto el poder descriptivo de las palabras de Schopenhauer puede alcanzar un valor calmante y balsámico: porque no es su intención que quien se acerque a sus escritos se vea empujado a «conquistar el mundo» (*Welteroberer*), sino que, de una vez por todas, aunque no sin duras pujas e ingentes dificultades, logre «sobreponerse» a él (*Weltüberwinder*). Un pesimismo que, tras su pesaroso camino y a fuerza de buscar y expresar³ la verdad, es capaz de redimir.

«Un brebaje agridulce»: sobre el presente volumen

Llevar a cabo una selección de fragmentos de la obra de Arthur Schopenhauer, por lo común tan trillados y en ocasiones malinterpretados (a causa precisamente de esas recopilaciones), no resulta sencillo. En este volumen he pretendido, a través de las nuevas traducciones que propongo, acercarme a un Schopenhauer un tanto ambivalente y no muchas veces reconocido: el pensador cascarrabias y amante de sí mismo, huraño e hipocondríaco, contrasta con la figura de un excelente conversador, ingenioso e incluso cordial y cercano, que gustaba de disfrutar de una buena copa de vino en el salón del Englischer Hof de Frankfurt, donde comía a diario; el erudito solitario, escaldado de sus relaciones con «los humanos», choca de frente con el a veces bonachón y ya sincera y postteriormente descreído anciano que no soportaba el maltrato animal; el joven misántropo, prepotente, irreverente y misógino (rasgo en parte debido a la turbulenta relación que mantuvo con su madre durante largo tiempo, así como a sus escasos pero muy notorios desengaños amorosos) se da también de bruces con el «Buda de Frankfurt», reconocido casi como un oráculo en los últimos años de su vida, recibiendo visitas continuas por parte de seguidores y lectores de todo el mundo. En definitiva: Schopenhauer vivió en la fractura, en el límite, allí donde la escasa bondad de la existencia, en breves y fulgurantes fogonazos, nos da

luz suficiente para soportar la a su juicio constante miseria de la vida... sin jamás olvidarla.

Él mismo describió en sus manuscritos el periplo vital humano como un brebaje agri dulce: por un lado, encontramos la paz de la contemplación que aportan el arte o la lectura, o incluso la religión o el más puro amor; por otro lado, damos con las turbulentas agitaciones a las que nos someten nuestros constantes deseos y querencias. Encontrar un equilibrio entre ambas facetas de la vida humana se hace muy difícil, acaso imposible, pero –aduce Schopenhauer– intentarlo es la única vía para dignificar nuestra existencia: a sabiendas de nuestra condición de frágiles marionetas (una metáfora a la que acude con frecuencia y fruición), dispuestas en un escenario en el que ejerce la dirección un ciego e irreprimible impulso que nos maneja y vapulea, no debemos desmerecer el poder del conocimiento.

Un conocimiento que, lejos de entenderse como un compendio más o menos erudito de la sabiduría milenaria (que puede ayudar puntual pero no permanentemente), ha de fundarse en un desciframiento cordial y sincero de cuanto nos rodea, colmándolo de un sentido. No otra cosa era para Schopenhauer la filosofía: un sistema racional que explica cabalmente cuanto acontece, cuanto vemos y escuchamos, cuanto presenciamos, pero, sobre todo, cuanto padecemos. Y es que la gran pregunta sobre la que gira la reflexión schopenhaueriana es el porqué del dolor, de la enfermedad, de la crueldad, de la desigualdad, de las aflicciones, de los tormentos de la conciencia y, en definitiva, de la desdicha y el sufrimiento (*Leiden*).

En un muy bello fragmento de la *Metaphysik der Sitten* (*Metafísica de las costumbres*, los apuntes sobre ética y moral que redactó para impartir sus clases en su cortísima estancia como profesor en la Universidad de Berlín), y tras citar un contundente fragmento de Lucrecio⁴, Schopenhauer no duda en afirmar que la oscuridad se derrama sobre nuestro ser: nos resulta imposible llegar a escrutar el fondo último de la existencia. Sin embargo, culmina estas lecciones con un poso que, si bien no llama a la esperanza,

tampoco nos condena para siempre tras las terribles murallas de la amargura y el sinsentido, pues contamos con la llama de nuestro conocimiento: aunque estas tinieblas de la vida no puedan ser clarificadas, poseemos «una luz en medio de la ilimitada y originaria oscuridad». Es cierto que corremos el riesgo de perdernos en ella, y que tal oscuridad se vuelve mucho más terrible cuanto mayor sea aquella luz y a medida que desarrollemos nuestra inteligencia. A pesar de todo, si la dignidad en Schopenhauer significa algo, no es más que esto: explotar esa luz que, si bien puede hacernos conscientes de nuestra menesterosidad, también puede llegar a elevarnos más allá de la más violenta naturaleza, del influjo de la voluntad. Dignidad no es más que levantarse, hacerlo una y otra vez: dejar de postrarse frente a lo inevitable y atreverse a conocerlo, a transitarlo y, finalmente, a asumirlo. Pues esforzarse y luchar contra los obstáculos, asegura Schopenhauer, es una necesidad del ser humano «como cavar es la del topo». No en vano comparó la filosofía con un «elevado puerto de montaña».

La presente selección se centra además en la faceta más literaria de Schopenhauer. Sabido es que éste ha pasado a la historia del pensamiento como uno de los filósofos de más brillante pluma, y no sin razón: el genio de Danzig se mostró no sólo contundente a la hora de argumentar sus ideas más sesudas, sino que se preocupó igualmente por hacerse entender mediante una pulcra pero estilosa y muy elegante prosa⁵ (el alemán de Schopenhauer resulta muy apropiado para embarcarse en la odisea de aprender a leer este idioma: estructuras siempre claras y riqueza léxica apabullante). El lector podrá comprobar en las líneas que siguen el poder metafórico de Schopenhauer para explicar los asuntos más complejos y enrevesados. No erramos al afirmar que el sistema schopenhaueriano no es más (ni menos) que una inmensa y cabal metáfora que nos permite conocer el mundo con las lentes del filósofo a través de la escritura de un literato. Muy cercanos a esta posición se mantuvieron Jorge Luis Borges y Thomas Mann, que ensalzaron a Schopenhauer como uno de los maestros universales de la humanidad, sobre todo en lo referente al campo estético (el

elenco de escritores y artistas que han reconocido el influjo schopenhaueriano es interminable: los ya citados Mann y Borges, Akutagawa Ryunosuke, Richard Wagner, Mahler, Guy de Maupassant, Prokófiev, Schönberg, Kandinsky, Wittgenstein, Thomas Hardy, Beckett, Yeats, Proust, Unamuno, Cioran, Susanne Langer, Hans Pfitzner, Albert Caraco, Georges Bataille, Italo Svevo, Fernando Savater, Turguénev, Azorín, Baroja, Einstein, Tolstói y un larguísimo etcétera).

La fuerza y hondura metafísicas y el excelso acento literario de la obra schopenhaueriana suplantán con creces las deficiencias lógicas o epistemológicas de un sistema que, por otra parte, se muestra cerrado y coherente como pocos. Este volumen quiere contribuir a poner de relieve esta original faceta, tan filosófica como literaria, a la vez que muestra la actualidad y originalidad de las tesis de Schopenhauer respecto a la humanidad, la genialidad, el sufrimiento, la religión, las relaciones entre individuos, la ciencia, etc. Y es que, quizás como en ningún otro autor, en Schopenhauer se difumina, para casi desaparecer, la línea que separa la creación literaria y la filosofía.

Con la intención de que este volumen pueda funcionar como una suerte de faro anímico, como breviario o guía espiritual (a las que tan afín se sintió Schopenhauer), se ha decidido trazar una organización fundamental de cinco temas generales. Sin embargo, como el lector apreciará, el contenido de este libro podría englobarse bajo una rúbrica común: la de salir lo más indemnes posible de esta existencia que, a juicio del filósofo, nos pone contra las cuerdas a cada instante y, la mayor parte de las veces, sin esperarlo. Él mismo aseguró que «el arte de ser feliz» y, sobre todo, el fatal y errado deseo de ser dichoso constantemente deberían sustituirse por una cabal «eudemonología», concepto creado por el filósofo y que se refiere literalmente a una buena guía de nuestro δαίμων (*daimon*, espíritu individual), y que Schopenhauer definió como una prudencia acompañada de autoconocimiento. Si toda vida en general, y en particular la humana, se desenvuelve entre el dolor y el aburrimiento, entre el deseo y su satisfacción, el sabio de

Frankfurt nos propone alcanzar un sosegado y plácido desengaño que nos alerte sobre los funestos efectos de nuestra perenne insaciabilidad: la posesión de lo deseado sólo pone en marcha, de nuevo, el motor de la voluntad, que no se había extinguido, sino sólo aletargado. Como años más tarde escribiría el radical y original pensador y poeta Philipp Mainländer retomando las enseñanzas de su maestro Schopenhauer, a lo más que aspira el ser humano en esta malhadada existencia es a una vida heroica: una vida en la que, al fin, renuncie a sus más hondos deseos y obtenga la paz no sin saber que la lucha contra aquéllos nunca cesará.

Son numerosos los fragmentos que esta selección recoge por vez primera en español, sobre todo del *Nachlaß* schopenhaueriano, del que tan sólo existen traducciones parciales aunque excelentes (resulta obligado mencionar las de Roberto R. Aramayo, apuntadas en la bibliografía). También, y como no puede ser de otra manera, ha resultado imprescindible acudir al canon de las obras principales de Schopenhauer, sobre todo *El mundo como voluntad y representación* y *Parerga y Paralipómena*, ambas traducidas desde hace tiempo y meritoriamente al español por diversos especialistas. Entre los traductores de Schopenhauer quiero destacar la labor de Pilar López de Santa María, Luis Fernando Moreno Claros y Manuel Pérez Cornejo, además del mencionado R. R. Aramayo y del histórico Ovejero y Maury. A todos ellos, y a otros muchos (aludidos en la bibliografía), les debemos gran parte de la celebridad que en la actualidad ostenta el pensamiento schopenhaueriano en el ámbito no académico.

Signo de tan buena salud ha sido la reciente creación (2016) de la Sociedad de Estudios en Español sobre Schopenhauer (SEES) y la aparición de *Schopenhaueriana. Revista española de estudios sobre Schopenhauer*, ambas dirigidas por el autor de la presente edición. El auge del pensamiento del filósofo alemán es también palpable en países como Japón, India o Brasil, e Italia y desde luego Alemania en Europa. En general y además, en España y América Latina asistimos a un nuevo despertar del interés por Schopenhauer en el contexto universitario, mientras sigue siendo uno de los

filósofos más leídos por el público no especializado en todo el mundo.

Al final de cada uno de los fragmentos de esta selección se indica su respectiva procedencia, de manera que el lector interesado pueda conocer en todo momento su origen y acudir al texto fuente. Este volumen, sin albergar una vocación técnica o académica, no ha dejado de atender al siempre demandado y necesario rigor con el que se hace imprescindible tratar a un autor de la altura histórica y filosófica que ostenta Arthur Schopenhauer. No se ha querido amedrentar al lector con un aparato crítico o académico excesivo, pero tampoco se han pasado por alto ciertos datos y explicaciones que, para el lector no versado en historia de la filosofía, pueden resultar de utilidad, y que, para el lector ya familiarizado con Schopenhauer, funcionarán de recordatorio y serán a veces curiosos e incluso novedosos.

Deseo dedicar el trabajo de este volumen a mis maestros y maestras, al recuerdo de Julián Marías (cuya inolvidable *Historia de la Filosofía* me hizo descubrir, con quince años, el pensamiento de Kant y Schopenhauer). A mis padres y mi hermano, incansables en su acompañamiento. A mis abuelos, Domingo y Pepe, y a mis abuelas, Florencia y Soledad. A Almudena, siempre tan cerca. Y también, desde luego, a los lectores y lectoras de Schopenhauer, que actualizan y mantienen viva la memoria de su legado.

[1.](#) Vid. a este respecto su célebre e imprescindible «Metafísica del amor sexual», en *MVR*, II, Cap. 44.

[2.](#) Más tarde será denominado por nuestro filósofo «sujeto puro del conocimiento» (en oposición al «sujeto del querer», *Subjekt des Wollens*). En sus lecciones sobre metafísica de lo bello (*MdSch*, III, vid. bibliografía) Schopenhauer explicaba sobre este particular: «Si deseamos captar la verdadera esencia de cualquier cosa, la idea que en ella queda expresada, no debemos mostrar el más mínimo interés personal en la cosa, es decir, esa cosa no ha de guardar relación alguna con nuestra voluntad». Lo más relevante de la experiencia estética es, a juicio de Schopenhauer, que

perdemos de vista nuestra individualidad, nuestro penoso y fastidioso yo, convirtiéndonos, así, en un avolitivo (*willenlos*) sujeto cognoscente: en un prístino y desinteresado espejo de la realidad, en un eterno «ojo cósmico» (*Weltauge*).

3. Es llamativo el gusto de Schopenhauer por el uso del verbo alemán *ausdrücken*, literalmente *expresar*, en detrimento de otros más prosaicos y comunes, como *sagen* (decir) o *reden* (hablar). Para el filósofo, la realidad no nos dice cosas (planas, enunciativas), no nos interpela de una manera estéril (no nos habla «por hablar»), sino que *se expresa*, con el matiz casi hermético y ocultista que este verbo encierra en alemán. La etimología latina contiene un sentido similar: *expressus*, sacar algo a la luz con esfuerzo y denuedo, hacer que algo se manifieste (lo que recuerda, en griego, al importante concepto de ἀλήθεια). La naturaleza, por tanto, esconde un significado cuyas expresiones (*Ausdrücke*) debemos descifrar. Como es sabido, Schopenhauer tildó al universo de «jeroglífico» que la filosofía ha de esclarecer.

4. «¡En qué tinieblas de vida, en cuán grandes peligros se consume lo poco que hay de tiempo!». Lucrecio, *La naturaleza de las cosas*, Alianza Editorial: Madrid, 2003, p. 103 (II, 15).

5. A este respecto, puede relatarse una anécdota sobre su obsesión por la claridad en el lenguaje. Schopenhauer asistió en Berlín a las lecciones del por entonces afamado J. G. Fichte (1762-1814), uno de los baluartes fundamentales del idealismo alemán junto con W. F. Hegel (1770-1831) y F. W. J. Schelling (1775-1854). En una curiosa anotación, y refiriéndose al embrollado modo de expresión que Fichte parecía mostrar en sus clases, Schopenhauer escribe en sus apuntes el siguiente fragmento, tan desconocido como hilarante: «En la clase este hombre ha llegado a expresar cosas, además de las aquí transcritas, que me hacían arder en deseos de ponerle una pistola en el pecho y decirle entonces: vas a morir sin piedad, pero antes dime, al menos, por la salvación de tu alma, si has llegado a barruntar algo con algún sentido en este galimatías o, sin más, nos has tomado a todos por tus bufones» (*HN*, II, p. 41). Son numerosos los lugares de sus obras en los que Schopenhauer arremete contra Hegel y Fichte, sobre todo el primero, a causa de sus farragosas y complicadas expresiones.

Abreviaturas utilizadas

A continuación se detallan las abreviaturas empleadas. Las referencias completas, así como las no abreviadas, pueden consultarse fácilmente en la bibliografía que acompaña a esta introducción:

- MVR, I* *El mundo como voluntad y representación, I.*
- MVR, II* *El mundo como voluntad y representación, II.*
- PP, I* *Parerga y Paralipómena, I.*
- PP, II* *Parerga y Paralipómena, II.*
- MdS* *Metaphysik der Sitten: Metafísica de las costumbres*
(Philosophische Vorlesungen. Aus dem handschriftlicher
Nachlaß).
- MdSch* *Metaphysik des Schönen: Metafísica de lo bello*
(Philosophische Vorlesungen. Aus dem handschriftlicher
Nachlaß).
- TgVDE* *Theorie des gesammten Vorstellens, Denkens und*
Erkennens.
- FM* *El fundamento de la moral.*
- SVC* *Sobre la visión y los colores.*
- VN* *Sobre la voluntad en la naturaleza.*
- HN* *Der handschriftliche Nachlaß* (los números romanos
indican el volumen correspondiente. Dada la pluralidad
del *Nachlaß* y para una mejor comprensión de los

fragmentos traducidos, también se anotan la página y el año en que fueron escritos por Schopenhauer).

Bibliografía

a) Obras fuente de Schopenhauer empleadas para la preparación del volumen

SCHOPENHAUER, Arthur, *Arthur Schopenhauer. Mensch und Philosoph in seinen Briefen*, Brokhaus: Wiesbaden, 1960. Edición crítica de A. Hübscher.

–, *Der handschriftliche Nachlaß* (hrsg. von Arthur Hübscher), Kramer: Frankfurt a. M., 1966-1975 (5 vols.). Reimpresión: Deutscher Taschenbuch Verlag: München, 1985.

–, *Gesammelte Briefe* (hrsg. von Arthur Hübscher), Bouvier: Bonn, 2.^a ed., 1987.

–, *Gespräche* (hrsg. von Arthur Hübscher), Frommann-Holzboog: Stuttgart-Bad Cannstatt, 1971.

–, *Philosophische Vorlesungen. Aus dem handschriftlicher Nachlaß*, hrsg. und eingeleitet von Volker Spierling, Piper Verlag: München, Zürich, 1985. Vols. 1 (*Theorie des gesamten Vorstellens, Denkens und Erkennens*), 3 (*Metaphysik des Schönen*) y 4 (*Metaphysik der Sitten*).

–, *Spicilegia* (hrsg. Von Ernst Ziegler unter Mitarbeit von Anke Brumloop und Manfred Wagner), Verlag C. H. Beck: München, 2015.

–, *Zürcher Ausgabe. Werke in zehn Bänden*, Diogenes: Zürich, 1977 (10 vols.). Edición crítica de A. Hübscher.

b) Obras de Schopenhauer en español

SCHOPENHAUER, Arthur, *Aforismos sobre el arte de vivir*, Alianza Editorial: Madrid, 2015 (trad. F. Morales, ed. F. Volpi).

–, *Cartas a un discípulo*, José J. de Olañeta Editor: Palma de Mallorca, 2016 (trad. F. Ortega).

- , *Cartas desde la obstinación*, Los libros de Homero: México (trad. y ed. E. Charpenel Elorduy).
- , *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y la obra del filósofo pesimista*, Acantilado: Barcelona, 2016 (trad. L. F. Moreno Claros).
- , *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Gredos: Madrid, 2006 (trad. L. E. Palacios).
- , *Diarios de viaje*, Trotta: Madrid, 2012 (trad. L. F. Moreno Claros).
- , *El arte de conocerse a sí mismo*, Alianza Editorial: Madrid, 2015 (trad. F. Morales, ed. F. Volpi).
- , *El arte de envejecer*, Alianza Editorial: Madrid, 2010 (trad. A. Muñoz Fernández, ed. F. Volpi).
- , *El arte de hacerse respetar*, Alianza Editorial: Madrid, 2011 (trad. F. Morales, ed. F. Volpi).
- , *El arte de insultar*, Alianza Editorial: Madrid, 2015 (trad. F. Morales, ed. F. Volpi).
- , *El arte de ser feliz*, Herder: Barcelona, 2013 (trad. Angela Ackermann Pilári, ed. F. Volpi).
- , *El arte de sobrevivir*, Herder: Barcelona, 2013 (trad. J. A. Molina Gómez).
- , *El arte de tratar con las mujeres*, Alianza Editorial: Madrid, 2011 (trad. F. Morales, ed. F. Volpi).
- , *El mundo como voluntad y representación (2 vols.)*, Alianza Editorial: Madrid, 2010 (trad. R. R. Aramayo).
- , *El mundo como voluntad y representación I*, Trotta: Madrid, 2016 (trad. P. López de Santa María).
- , *El mundo como voluntad y representación II*, Trotta: Madrid, 2009 (trad. P. López de Santa María).
- , *El mundo como voluntad y representación*, Akal: Madrid, 2005 (trad. M.^a M. Armas Concepción, J. Chamorro Mielke y R. J. Díaz Fernández).
- , *Epistolario de Weimar*, Valdemar: Madrid, 1999 (trad. y ed. L. F. Moreno Claros).
- , *Escritos inéditos de juventud. Sentencias y aforismos II*, Pretextos: Valencia, 1998 (trad. R. R. Aramayo).

- , *Lecciones sobre metafísica de lo bello*, Universitat de València: Valencia, 2004 (trad. y ed. M. Pérez Cornejo).
- , *Los designios del destino*, Tecnos: Madrid, 2008 (ed. y trad. R. R. Aramayo).
- , *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Siglo XXI: Madrid, 2007 (trad. P. López de Santa María).
- , *Metafísica de las costumbres*, Debate-CSIC: Madrid, 1993 (trad. R. R. Aramayo).
- , *Manuscritos berlineses. Sentencias y aforismos*, Pre-textos: Valencia, 1996 (trad. R. R. Aramayo).
- , *Notas sobre Oriente*, Alianza Editorial: Madrid, 2011 (trad. A. Muñoz Fernández y P. Caballero Sánchez, ed. G. Gurisatti).
- , *Parerga y Paralipómena I*, Trotta: Madrid, 2009 (trad. P. López de Santa María).
- , *Parerga y Paralipómena II*, Trotta: Madrid, 2009 (trad. P. López de Santa María).
- , *Parerga y Paralipómena*, Valdemar: Madrid, 2000 (trad. J. R. Hernández Arias, A. Izquierdo y L. F. Moreno Claros).
- , *Senilia. Reflexiones de un anciano*, Herder: Barcelona, 2010 (trad. R. Bernet, ed. F. Volpi y E. Ziegler).
- , *Sobre la libertad de la voluntad*, Alianza Editorial: Madrid, 2012 (trad. E. Ímaz, ed. Á. Gabilondo).
- , *Sobre la visión y los colores*, Trotta: Madrid, 2013 (trad. P. López de Santa María).
- , *Sobre la voluntad en la naturaleza*, Alianza Editorial: Madrid, 2012 (trad. M. de Unamuno).

c) Algunas sugerencias bibliográficas relacionadas con Schopenhauer

ARAMAYO, Roberto R., *Schopenhauer. La lucidez del pesimismo*, Alianza Editorial: Madrid, 2018.

BAHNSEN, Julius, *Lo trágico como ley del mundo y el humor como forma estética de lo metafísico*, Universitat de València: Valencia, 2015 (trad. M. Pérez Cornejo).

- ECKHART, Maestro, *El fruto de la nada y otros escritos*, Alianza Editorial: Madrid, 2011 (trad. A. Vega Esquerra).
- FREUD, Sigmund, *Introducción al psicoanálisis*, Alianza Editorial: Madrid, 1977.
- GONZÁLEZ SERRANO, Carlos Javier, *Arte y música en Schopenhauer. El camino hacia la experiencia estética*, Locus Solus: Madrid, 2016.
- (ed.), *La imposible conquista de la libertad. Ética, política y Estado*, Biblioteca Nueva: Madrid, 2017.
- GWINNER, Wilhelm von, *Arthur Schopenhauer presentado desde el trato personal*, Hermida Editores: Madrid, 2017.
- HARTMANN, Eduard von, *Filosofía de lo bello. Una reflexión sobre lo inconsciente en el arte*, Universitat de València: Valencia, 2016 (ed. y trad. M. Pérez Cornejo).
- MAINLÄNDER, Philipp, *Diario de un poeta (Aus dem Tagebuch eines Dichters)*, Plaza y Valdés: Madrid, 2015 (ed. bilingüe C. J. González Serrano y M. Pérez Cornejo).
- , *Filosofía de la redención*, Xorki: Madrid, 2014 (trad. M. Pérez Cornejo, ed. C. J. González Serrano).
- , *Rupertine del Fino. Novela filosófica*, Guillermo Escolar Editor: Madrid, 2018 (trad. M. Pérez Cornejo, epílogo de C. J. González Serrano).
- MORENO Claros, Luis Fernando, *Schopenhauer. Una biografía*, Trotta: Madrid, 2014.
- PHILONENKO, Alexis, *Schopenhauer. Una filosofía de la tragedia*, Anthropos: Barcelona, 1989.
- ROSSET, Clement, *Escritos sobre Schopenhauer*, Pre-Textos: Valencia, 2005.
- SAFRANSKI, Rüdiger, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, TusQuets: Barcelona, 2008.
- SPIERLING, Volker, *Arthur Schopenhauer*, Herder: Barcelona, 2010.
- SUANCES MARCOS, Manuel, *Arthur Schopenhauer. Religión y metafísica de la voluntad*, Herder: Barcelona, 2010.

Parábolas y aforismos

Vida y muerte

La vida es como una pompa de jabón que mantenemos e inflamamos tanto tiempo como es posible, con la firme convicción de que acabará explotando. [HN, I, p. 165, 1814]

Todos los seres humanos quieren vivir, pero ninguno sabe por qué vive. [HN, IV, II, p. 2, 1852]

Considerada puramente y en sí, la voluntad no conoce y no es más que un ciego e irresistible impulso [...]. Lo único que quiere la voluntad es, siempre, la vida [...]. El nacimiento y la muerte pertenecen por igual a la vida, y ambas, y entre sí, mantienen el equilibrio¹. [MdS, II]

La muerte es la gran lección que la voluntad de vivir, y sobre todo su egoísmo consustancial, recibe por parte del curso de la naturaleza; puede ser considerada como un castigo para nuestra existencia. La muerte dice: tú eres el producto de un acto que no debería haber sido. Por eso, para cancelarlo, has de morir. La muerte es el gran desengaño. En el fondo somos algo que no debería ser: por eso dejamos de ser². [MVR, II, Cap. 41]

Cuanto es de este mundo termina y muere. Lo que no procede de él, lo atraviesa con omnipotencia como un rayo lanzado hacia arriba que no conoce ni el tiempo ni la muerte.

El sabio reconoce a lo largo de su vida lo que otros sólo reconocen en la muerte: es decir, el sabio sabe que toda la vida es muerte.

Media vita sumus in morte [En medio de la vida estamos en la muerte].

El mentecato es como un esclavo de galeras que duerme y sueña: el sabio despierta y es quien observa sus cadenas y oye su tintineo³. [HN, I, p. 129, 1814]

La muerte es el auténtico genio inspirador o musageta de la filosofía, por lo que Sócrates la definió como θανάτου ελέτη [preparación para la muerte]. Sin la muerte difícilmente se haría filosofía. [MVR, II, Cap. 41]

¿Qué puede esperarse de un mundo en el que casi todos viven, sin más, porque no tienen el valor para pegarse un tiro? [HN, I, p. 441, 1817]

A excepción del hombre, ningún ser se asombra de su propia existencia⁴, pues todos la dan por sentada de suyo sin reparar en ella [...]; sin duda, el conocimiento de la muerte, así como la consideración del sufrimiento y los horrores de la vida, son el mayor motor para la reflexión filosófica [MVR, II, Cap. 17]

Sólo el ser humano esconde en su interior la seguridad de la muerte gracias a conceptos abstractos. Aunque resulta extraño que esta seguridad no le inquiete en general [...]. Todos viven como si fueran a hacerlo eternamente [...], pues de lo contrario casi nos sentiríamos como un criminal condenado al patíbulo. [*MdS*, II]

Cada día es una pequeña vida, cada despertar y levantarse un pequeño nacimiento, cada fresca mañana una pequeña juventud y cada acudir a la cama y dormirse una pequeña muerte. Para llevar la analogía hasta el final, podríamos comparar la incomodidad y dificultad para levantarnos con los dolores del parto. [*PP*, I, «Aforismos»]

Cada mañana al despertar la conciencia es como una *tabula rasa* que se llena con los principales recuerdos del día anterior y cuyos hilos quedan así anudados. En esto reside la salud del espíritu, a diferencia de la locura, que consiste en la existencia de grandes lagunas en el recuerdo. [*Spicilegia*, p. 7, 2]

La vida de cualquier hombre, abarcada desde una perspectiva global, es una tragedia; pero observada en sus detalles es una comedia. La vida cotidiana, el peso del momento, los anhelos y temores de cada semana, los accidentes de cada hora son puras escenas de comedia. Pero los vanos afanes, las esperanzas aplastadas, los desdichados errores de toda la vida y la muerte, al fin, constituyen siempre una tragedia. [*HN*, I, p. 192, 1814]

Nuestra existencia, así como la de cualquier animal, no es una existencia firme ni, al menos en lo temporal, permanente, sino *una mera existentia fluxa* [existencia efímera] que sólo consiste en el cambio constante⁵, comparable a un remolino [...]. No tenemos más que una cuasi-existencia. [PP, II, § 147a]

El profundo respeto que nos impone un gran dolor se hace sentir más aún en presencia de cualquier difunto, pues cada muerte es una suerte de apoteosis o santificación, y no podemos contemplar el cadáver del hombre más común sin sentir veneración. Por eso hay que considerar la muerte, en efecto, como la *principal meta* moral de la existencia [...]. En este sentido, la muerte es el *Résumé* de la vida, su suma total, que expresa en una sola frase la lección que la vida nos dio poco a poco y por partes, a saber: que la voluntad de vivir, es decir, todo impulso cuya manifestación es la vida, se muestra estéril y vano, contradictorio en sí mismo, y a lo cual resulta redentor darle la espalda. Por eso se llama a la filosofía, desde Platón y Sócrates, preparación para la muerte. [HN, III, p. 591, 1829]

La larga noche invernal no nos abandonará jamás;
el sol se detiene, como si nunca fuera a regresar;
el estruendo de las lechuzas grazna a porfía;
las armas suenan en los débiles muros.

Y tumbas abiertas envían a sus espíritus:
quieren danzar a mi alrededor,
asustar a mi alma para que nunca sane.
Pero no quiero hacia ellos dirigir mi mirada.

¡El día, el día deseo anunciar a voces!
La noche y los fantasmas huirán de él:

pues así lo anuncia la estrella del alba.

Pronto se hará la luz, también en las más abisales profundidades:

el mundo se llenará de brillo y color,
de un intenso azul la ilimitada lejanía.

[*PP*, II, «Weimar», 1808]

Todo dura un instante y todo se lanza hacia la muerte. La planta y el insecto mueren al ocaso del verano, el hombre y el animal después de algunos años: la muerte siega sin descanso. Aunque, pese a ello, como si no fuera así en absoluto, todo permanece siempre en su lugar, como si todo fuera inmortal. [*MVR*, II, Cap. 41]

En general, el momento de la muerte puede compararse al despertar de un sueño repleto de desagradables pesadillas. [...] La muerte, por muy temida que sea, no puede ser un mal. Incluso aparece, frecuentemente, como un bien, como algo deseado, como una amiga. [*MVR*, II, Cap. 41]

El individuo carece de valor para la naturaleza [...], de ahí que ésta se muestre más que dispuesta a desatenderlo y, por eso, se encuentra expuesto a sucumbir de mil formas diferentes en función de estúpidas casualidades. Su desaparición está fijada desde el principio: es un parpadeo de la naturaleza en pos de la supervivencia de la especie. [...] Por ello debemos observar la procreación y la muerte como algo inherente a la vida y consustancial a la manifestación de la voluntad. [...] No es más que un continuo y obstinado cambio en la materia. [*MdS*, II]

Cada vez que tomamos aire rechazamos la insistente y violenta muerte, y por eso luchamos cada segundo contra ella: en intervalos más amplios la combatimos a través de la comida, del sueño, del calor, etc. Pues ya caímos presa de ella inmediatamente en el nacimiento: nuestra vida no es más que un aplazamiento de la muerte⁶. [*HN*, I, p. 75, 1813]

Siempre que es engendrado y nace un ser humano, se da cuerda nuevamente al reloj de la vida humana, para repetir ahora una vez más su cantinela, tantas veces entonada, frase por frase y compás por compás, con variaciones insignificantes. Cada individuo, cada rostro humano y su transcurso vital, es un breve sueño más del espíritu infinito de la naturaleza⁷, de la insidiosa voluntad de vivir, un efímero trazo que dicha voluntad dibuja lúdicamente sobre su lienzo infinito –el espacio y el tiempo– y que sólo conserva un fugaz instante antes de borrarlo para dejar sitio a otro. [*MVR*, I, § 58]

Cualquier situación de la materia y todas sus formas se captan siempre en perpetuo nacimiento y desaparición; surgen por causas y desaparecen por causas, dependen estrictamente de las causas, y toda la esencia del mundo es un permanente cambio y mutación: todo cuanto se da en el tiempo y en el espacio tiene tan sólo una existencia relativa [...]; por ello nada es por sí mismo, por ello nada tiene una existencia real: todo se escapa entre las manos, y nosotros no somos una excepción. [...] Todo está bajo el poder de la finitud, la temporalidad, la menesterosidad, la inestabilidad y la relatividad [...]: es y al mismo tiempo no es. [*TgVDE*, 4]

El mundo no ha sido creado, pues –como dice *Ocellus Lucanus*⁸– ha existido desde siempre; esto se debe concretamente a que el *tiempo* está supeditado al ser que conoce, y con ello al *mundo*, como el *mundo* al *tiempo*. El mundo no es posible sin el tiempo, pero el tiempo tampoco sin el mundo. Ambos son por ello inseparables y es tan poco posible siquiera pensar un tiempo en el que no hubo ningún mundo, como un mundo que no existiera en un tiempo. [*HN*, IV, II, p. 1, 1852]

El reloj *mide* el tiempo, pero no lo *crea*. Si todos los relojes quedaran inmóviles, si el mismísimo sol se parara, si cesara cualquier movimiento o cambio, ello no impediría ni por un momento el curso del tiempo, sino que éste continuaría su fluir uniforme y transcurriría sin estar acompañado de cambios. [*PP*, II, § 29]

Cualquier ser situado en el tiempo es, también, un no-ser, ya que el tiempo es lo que hace que las cosas adquieran determinaciones contrapuestas: por eso, los fenómenos que se dan en el tiempo no regresan, pues lo que separa su comienzo y su final es, en sí, algo vaporoso, carente de firmeza, algo relativo, que recibe el nombre de duración. [*MdSch*, III]

La vida no es más que una hoja de papel en la que cada transeúnte imprime su sello. Del resto no sabemos nada: ¡así de corto es nuestro horizonte! [*HN*, I, p. 83, 1814]

El cadáver es un simple excremento de la idea humana, que permanece constante. [MdS, II]

Si hay algo deseable en este mundo, tan deseable que incluso la más vulgar y aletargada muchedumbre, en sus momentos de lucidez, estimase más que la plata y el oro, es que un rayo de luz ilumine la oscuridad de nuestra vida y nos procure una explicación de esta enigmática existencia, en la que sólo está clara su miseria y futilidad. [MVR, II, Cap. 17]

La *vida real* y los *sueños* son páginas de un mismo libro⁹. [HN, I, p. 340, 1815]

En nosotros se esconde un profeta celestial que se hace oír en el sonambulismo y en la videncia, que nos anuncia cuanto nos resulta inconsciente. [HN, IV, 2, p. 9, 1853]

La conciencia es del todo fragmentaria. [...] Sólo la más pequeña parte de nuestro propio ser recae en nuestra conciencia; el resto permanece en oscuras profundidades del inconsciente, lo cual, quizá, sea lo más propio de nuestra esencia. [HN, III, p. 572, 1829]

Mi fantasía juega a veces (especialmente al escuchar música) con el pensamiento de que la vida de todo ser humano, así como la mía,

no son más que sueños (buenos y malos) de un espíritu eterno, y que toda muerte no es más que un despertar. [HN, I, p. 40, 1813]

Así como los muertos se presentan vivos en nuestros sueños [...], de igual forma, una vez que la muerte dé por finalizado nuestro presente sueño vital, inmediatamente se alzaré uno nuevo que nada sepa de aquella vida y de aquella muerte¹⁰. [HN, I, p. 77, 1813-1814]

Podríamos pensar que la mitad de todo nuestro pensamiento se desarrolla de manera inconsciente. [...] Nuestros mejores pensamientos, incluso los más ingeniosos y profundos, llegan repentinamente a la conciencia como una inspiración y frecuentemente bajo la forma de una grave sentencia. [PP, II, § 40]

Nada explica mejor y más inmediatamente como *el sueño la unidad* que, a fin de cuentas, existe entre la esencia fundamental de nuestro propio yo y la del mundo exterior. Pues también en el sueño los otros están presentes como totalmente distintos de nosotros, en la más completa objetividad y con una constitución que nos resulta del todo extraña, incluso enigmática, que con frecuencia nos asombra, sorprende, angustia, etc., y sin embargo nosotros mismos somos ese Todo. De la misma manera, la voluntad, que permite y anima el mundo exterior, es ella misma en nosotros, siendo el único lugar donde la conocemos de forma inmediata. [HN, IV, 2, pp. 18-19, 1855]

Los secretos últimos y primordiales los lleva el hombre en su interior [...]; por eso sólo aquí puede encontrar la clave para resolver el enigma del mundo y el único hilo para captar la esencia de todas las cosas¹¹. [MVR, II, Cap. 17]

La filosofía kantiana enseña que la *finalidad del mundo* no ha de buscarse fuera, sino dentro de nosotros. [HN, I, p. 165, 1814]

Si se piensa bien, se comprenderá que, en realidad, todo *lo perecedero* nunca ha existido verdaderamente¹². [HN, IV, 2, p. 35, 1859-1860]

De mi aserto inicial «el mundo es mi representación» se sigue, sobre todo: «primero existo yo y después el mundo». En efecto, esto habría que retenerlo como antídoto contra la confusión de tomar la muerte como la aniquilación¹³. [PP, II, § 139]

Sólo el curso vital de cada individuo tiene unidad, conexión y un auténtico significado: hay que retener esta idea como una enseñanza cuyo sentido es moral. [...] En cada microcosmos se halla todo el macrocosmos y éste no contiene nada más que aquél. [...] Lo que narra la historia es, de hecho y solamente, el largo, arduo e intrincado sueño de la humanidad. [MVR, II, Cap. 38]

El individuo *tiene que* actuar conforme a sus circunstancias externas de igual forma que, en *química*, está estipulado cómo reaccionará un cuerpo ante un reactivo. [MdS, III]

Lo que nos hace casi inevitablemente personas ridículas es la seriedad con la que tratamos todo momento presente, cada uno de los cuales lleva consigo y en sí mismo una ilusión necesaria. Sólo unos pocos y egregios espíritus han podido pasar por encima de ello, para convertirse en quienes ríen. [HN, I, p. 24, 1812]

En general, el proceso del pensamiento que se da en nuestro interior no es en realidad tan sencillo como en la teoría, pues en él se engranan muy diversos elementos. Para aclarar el asunto gráficamente, comparemos ahora nuestra conciencia con aguas de cierta profundidad: los pensamientos claramente conscientes se encuentran en la superficie, mientras que, al contrario, la masa es lo borroso, los sentimientos, el regusto que dejan las intuiciones y la experiencia en general, mezclado con el temple de nuestra voluntad, núcleo de nuestro ser. Esta masa de la conciencia está en mayor o menor medida, según sea la vivacidad intelectual, en continuo movimiento, y lo que emerge a la superficie a causa de dicho movimiento son las claras imágenes de la fantasía o los nítidos y conscientes pensamientos, expresados en palabras, y las resoluciones de la voluntad. Raras son las ocasiones en las que todo el proceso de nuestro pensar y decidir queda en la superficie, es decir, consiste en un encadenamiento de juicios claramente pensados; aunque lo intentemos para poder justificarnos ante nosotros mismos y ante los demás, es en la oscura profundidad donde habitualmente se rumia el material recibido del exterior para refundirlo en pensamientos; tal proceso se lleva a cabo de manera tan inconsciente como la transformación del alimento en jugo y

sustancia del cuerpo. De ahí que frecuentemente no podamos dar cuenta del nacimiento de nuestros más profundos pensamientos: son el engendro de nuestra más misteriosa intimidad. Juicios, ocurrencias y resoluciones ascienden inesperada y sorpresivamente desde esa profundidad. [...] La conciencia es la mera superficie de nuestro espíritu, de la cual, como del globo terrestre, no conocemos lo más íntimo, sino sólo la corteza¹⁴. [MVR, II, Cap. 14]

Mi vida en el mundo real es un elixir agri dulce, consistente, como mi existencia en general, en una continua adquisición de conocimiento, en una obtención de comprensión que se refiere a ese mundo real y a mi relación con él. El contenido de ese conocimiento resulta triste y sofocante, pero la forma del conocimiento en general, aquella obtención de comprensión e inmersión en la verdad, es agradable y, curiosamente, mezcla su dulzura con la amargura. [HN, I, p. 375, 1816]

La pérdida del *intelecto* que con la muerte sufre la *voluntad* (que es el núcleo del fenómeno que aquí sucumbe y que, como cosa en sí, es indestructible) es justamente el *Leteo*¹⁵ de la voluntad individual, sin el cual ella se acordaría de los numerosos fenómenos de los cuales ya ha sido núcleo. Cuando uno muere debería desechar su individualidad como ropa vieja, y alegrarse de la ropa nueva y lustrosa que entonces obtendrá a cambio, tras la enseñanza recibida¹⁶. [PP, II, § 140]

¿De qué manera podría soportar la voluntad de vivir esta vacía, hueca y dolorosa existencia por un tiempo sin fin si la muerte y su

hermano, el nacimiento, no *renovaran* el intelecto para cada voluntad individual, siendo así el *Leteo* que le arrebató a lo insoportable al menos la monotonía, en tanto que hace aparecer como algo nuevo lo que siempre se reitera millones de veces? [Apuntes *Senilia*, empleado en *PP*, II, § 140]

¿Quién echa aún de menos la justicia retributiva? Lo que más teme el *malvado* lo tiene garantizado: la muerte. También el *mejor* tiene tal certeza, pero él no la teme, pues no quiere la vida. Ser el *más malvado* no es más que querer vivir la vida al máximo¹⁷. [*HN*, I, p. 298, 1815]

Sterne dice en el *Tristram Shandy*: *there is no passion so serious as lust*¹⁸. De hecho, la voluptuosidad es muy seria. Piensa en la pareja más bella y encantadora, cómo se atraen y repelen en el juego del amor, cómo se desean y se huyen, como en un dulce juego, una agradable broma. Ahora obsérvalos en el momento del goce de la voluptuosidad: toda broma, toda dulce gracia desaparece de repente al comenzar el *actus*¹⁹ y deja en su lugar una profunda seriedad. Pero ¿qué tipo de seriedad? La seriedad de la animalidad. Los animales no ríen. La fuerza natural actúa por todas partes grave y mecánicamente. Esta seriedad es el polo *opuesto* de la excelsa seriedad del entusiasmo, del ascenso a un mundo superior: tampoco ahí existe lugar para la broma, como ocurre en el reino animal –*pour ce que rire est le propre de l’homme* [porque reír es lo propio del hombre], dijo Rabelais—. [*HN*, I, pp. 42-43, 1813]

Si se me pregunta dónde puede obtenerse el más íntimo conocimiento de la esencia íntima del mundo, de la cosa en sí, a la que he llamado *voluntad de vivir*, o en qué parte de la conciencia se asoma esa esencia de la forma más clara, o dónde se alcanza la más pura revelación de su ser, entonces habré de responder que en la voluptuosidad del acto de la copulación. ¡Eso es! Tal es la auténtica esencia y el núcleo de todas las cosas, el fin y la meta de todo ser existente. De ahí que sea también, para los seres vivos, *subjective* [subjetivamente], el objeto de toda su acción, su más alta ganancia; y es, *objective* [objetivamente] lo que conserva el mundo [...]. ¿Y qué significa esto para nosotros? Lo dice el soneto 129 de Shakespeare. Sobre la entrada del burdel de Pompeya podía leerse debajo de la imagen del falo *hic habitat felicitas* [aquí mora la felicidad]. [HN, III, p. 240, 1826]

El instinto es el sentido de la sexualidad; y los cinco sentidos son los suplentes del instinto para el individuo. [HN, IV 1, p. 102, 1832]

Toda nuestra vida es una continua lucha²⁰ contra obstáculos que al final obtienen el triunfo. [HN, IV, 1, p. 101, 1832]

A lo largo de la vida la voluntad comunica su carácter infatigable al *corazón*, ese primer motor del organismo, que se convierte así en símbolo y sinónimo suyo. [MVR, II, Cap. 19]

En el fondo y en resumen, el tan célebre monólogo de *Hamlet* quiere decir: nuestra condición resulta tan miserable que le sería preferible elegir el no ser en absoluto. Si el suicidio, sin embargo, nos ofreciese realmente esto, de manera que la alternativa *to be or not to be* [ser o no ser] se presentara en el pleno sentido de la palabra, entonces habría que elegirlo de manera incondicional como a *consummation devoutly to be wish'd* [una consumación sumamente deseable]. Pero sucede que hay algo en nosotros que nos dice que no es así, que con ello no concluye todo, que la muerte no es un aniquilamiento absoluto. [MVR, I, 59]

El estado al que nos hace pasar *la muerte* se nos presenta sin más como una nada absoluta. Aunque esto expresa únicamente que la muerte es algo que nuestro intelecto (ese instrumento surgido para servir solamente a la voluntad) es del todo incapaz de pensar²¹. [MVR, II, Cap. 41]

El cuerpo del hombre y de los animales no es más que su voluntad hecha fenómeno, su voluntad puesta como objeto en el espacio. Su vida es el desarrollo de esa voluntad en el tiempo, su autoconocimiento, la exposición histórica de su sí mismo, variaciones sobre el eterno tema, que es el carácter inteligible, el espejo en el que el sujeto (es decir, su voluntad) se ve y se asusta de sí mismo²². [HN, I, p. 144, 1814]

El *mundo como cosa en sí* es una enorme voluntad que no sabe lo que quiere, pues *sabe* sin más que quiere, en tanto que es voluntad y no otra cosa. [HN, I, p. 169, 1814]

La vida es un juego en el que el *cuerpo*, en tanto que muere y ha de ser deshabitado, es la apuesta. Depende de nosotros si arriesgamos por ella, es decir, si queremos costear las alegrías y los sufrimientos de la vida, o abandonar la apuesta y tan sólo esperar a que nos despidan de la mesa de juego²³. [HN, I, p. 165, 1814]

El sueño es un fragmento de *muerte* que tomamos prestado por anticipado y a cambio del cual de nuevo obtenemos y renovamos la agotada vida de un día. *Le sommeil est un emprunt fait à la mort* [El sueño es un préstamo hecho a la muerte]. El sueño toma un préstamo de la muerte para el mantenimiento de la vida. O: es el *interés provisional* de la muerte, la cual es en sí misma el pago del capital. Éste se exigirá tanto más tarde cuanto más abundantes sean los intereses y más regularmente sean pagados. [PP, I, «Aforismos», 20]

¿Por qué huye un animal, temblando y temeroso? ¡Porque es pura voluntad de vivir, sabe que está entregado a la muerte y quiere ganar tiempo! [HN, I, pp. 178-179, 1814]

Golpeemos las puertas de los mausoleos y preguntemos a los muertos si querrían volver a ponerse en pie: todos, sin excepción, darán una negativa por respuesta. [MVR, II, Cap. 41]

Una experiencia en la que se hace patente la *duplicidad de nuestra conciencia* es la variada disposición de ánimo con que nos enfrentamos a la muerte en distintos momentos. Hay instantes en los que, cuando pensamos intensamente en la muerte y aparece bajo la forma de una terrible figura, no comprendemos cómo, con tal perspectiva, podemos tener siquiera un minuto de tranquilidad, ni cómo cada cual no pasa toda su vida sumido en lamentos por la inexorabilidad de la muerte. Otras veces pensamos en la muerte con alegría e incluso con nostalgia. En ambos casos acertamos. En el primer estado de ánimo estamos llenos de conciencia temporal, no somos más que un fenómeno inmerso en el tiempo; como tales, la muerte es para nosotros la destrucción, y la tememos con motivo como el mayor de los males. En el otro estado emerge la conciencia mejor²⁴ y se regocija con razón de la disolución del misterioso lazo que la une con la conciencia empírica en la identidad de un yo. [HN, I, p. 68, 1813]

La conciencia mejor que mora en mí me alza a un mundo en el que no caben ni personalidad ni causalidad, ni objeto ni sujeto. Mi esperanza y mi fe se sustentan en que esa conciencia mejor (que está más allá de los sentidos y de la temporalidad) llegue a ser mi único estado futuro. [HN, I, p. 42, 1813]

Al seguir el principio de razón²⁵ (que bromea como un duende con sus cuatro formas y vagabundea delante de nuestras narices), los hombres esperan encontrar satisfacción en su conocimiento y felicidad en su vida, y así marchan siempre confiados hacia adelante; se parecen a alguien que corre hacia la línea del horizonte con la esperanza de tocar finalmente las nubes; aunque en lo esencial lo consiguen tan poco como quien gira en una esfera hacia

todos lados intentando llegar al punto central; se asemejan igualmente a la ardilla que corre en su rueda. [*HN*, I, p. 154, 1814]

[Somos] presa de la ilusión, y esta ilusión es tan real como la vida, como el mismo mundo de los sentidos, pues es una misma cosa con él (el velo de Maya de los hindúes)²⁶: en ella se fundan todos nuestros deseos y afanes, que son expresión de la vida, así como la vida sólo es una expresión de la ilusión. [*HN*, I, p. 104, 1814]

El sueño se parece a la muerte mucho más de lo que suele pensarse y decirse [...]. La muerte es el sueño en el que la individualidad es olvidada: todo lo demás vuelve a despertar, o más aún, está todavía despierto. [*HN*, I, p. 317, 1815]

La muerte se presenta manifiestamente como el fin del individuo, pero en tal individuo se encuentra la semilla de un nuevo ser. Por ello, de todo cuanto muere, nada muere para siempre, aunque tampoco nada de cuanto nace recibe un ser radicalmente nuevo. Lo que muere se extingue, pero resta un germen del que aflora un nuevo ser que entonces accede a la existencia sin saber de dónde viene ni por qué es como es. [*PP*, II, § 140]

No se nos puede ocurrir pensar que el cese de la vida suponga la supresión del principio vital y que por tanto la muerte sea el ocaso total del hombre. Por el hecho de que ya no exista el poderoso brazo que hace tres mil años tensó el arco de Ulises, ningún

entendimiento reflexivo y cabal considerará como totalmente desaparecida la fuerza que tan enérgicamente actuó en él; pero, por lo mismo, tampoco admitirá en una reflexión posterior que la fuerza que hoy tensa el arco haya comenzado a existir con ese brazo. Mucho más familiar resulta la idea de que la fuerza que antes actuó en una vida extinguida es la misma que actúa en la que ahora aflora: esto es casi irrefutable. Sabemos con certeza que [...] sólo es perecedero lo que está incluido en la cadena causal: pero eso son meros estados y formas. [MVR, II, Cap. 41]

Quien considere que su existencia se limita a su vida actual, se considera también una nada viviente: pues hace treinta años no era nada, y dentro de otros treinta volverá a no ser nada. [PP, II, § 137]

El mundo es la objetivación de la voluntad (de vivir). La manifestación más fuerte de la voluntad es el *instinto sexual*: tal es el ερως²⁷ de los antiguos, de los antiguos poetas y filósofos, Hesíodo y el propio Parménides cantaron al amor muy significativamente, el ερως fue lo primero, el principio del mundo, lo creador. [HN, I, p. 303, 1815]

La vida ha de ser vista enteramente como una *severa lección* que se nos da²⁸, aun cuando, con nuestras formas de pensamiento, orientadas hacia objetivos del todo distintos, no podamos entender cómo hemos podido llegar a necesitarla. En consecuencia, hemos de mirar hacia atrás, a nuestros amigos desaparecidos, considerando que ellos superaron su lección, y con el sincero deseo de que les haya aprovechado. Desde la misma perspectiva

debemos mirar hacia nuestra propia muerte como un hecho feliz y deseado, en lugar de hacerlo, como sucede las más de las veces, con temor y espanto. Una *vida feliz* es imposible: lo máximo que el hombre puede alcanzar es una *vida heroica*. Tal vida es la que lleva quien en algún asunto lucha contra enormes dificultades por algo que de una u otra forma redunde en el bien de todos, y en última instancia vence pero se le paga por ello mal o nada en absoluto. [PP, II, § 172a]

Si pasamos revista en primer lugar a la inabarcable serie de los animales, consideramos la infinita variedad de sus formas que se presentan permanentemente modificadas conforme a su elemento y modo de vida; si al mismo tiempo observamos el inimitable arte de la constitución y engranaje de los individuos, ejecutado con la misma perfección en cada uno de ellos; y si, al fin, tenemos en cuenta el increíble despliegue de fuerza, destreza, astucia y actividad que ha de llevar a cabo cada animal a lo largo de su vida; si, penetrando más a fondo, ponemos la mirada en la constante laboriosidad de las pobres hormigas o la admirable y artística diligencia de las abejas, o contemplamos cómo un solo escarabajo enterrador sepulta en dos días a un topo cuarenta veces mayor que él a fin de depositar sus huevos y asegurar el sustento de su generación futura; si recordamos que en general la vida de la mayoría de los insectos no es más que un trabajo sin tregua para procurar alimento y cobijo a las crías que han de surgir de sus huevos, las cuales, más tarde, tras haber consumido el alimento y haberse transformado en crisálidas, irrumpen en la vida simplemente para volver a empezar desde el principio el mismo trabajo; si pensamos también que, de manera análoga, la vida de las aves transcurre en su mayor parte en largas y penosas migraciones, y en construir el nido y arrastrar el alimento de las crías que al año siguiente habrán de desempeñar el mismo papel, y así todo trabaja siempre para el porvenir, que pronto se declara en

bancarrota; si consideramos todo eso, no podemos por menos de buscar la recompensa de todo ese arte y esfuerzo, el fin con miras al cual trabajan sin cesar los animales y, en suma, preguntar: ¿cuál es el resultado de todo eso? ¿Qué se consigue con la existencia animal, que requiere tan inabarcables preparativos? Nada hay que mostrar aquí más que la satisfacción del hambre y del instinto sexual, y en todo caso un pequeño placer instantáneo como el que le cae en suerte al individuo de vez en cuando en medio de su miseria y esfuerzo infinitos. Si se ponen ambas cosas una junto a otra: el arte indescriptible de los preparativos, la inmensa riqueza de los medios y la pobreza de lo buscado y conseguido, entonces se nos impone la opinión de que la vida es un negocio cuyo beneficio no cubre ni con mucho los costes. [MVR, II, Cap. 28]

Por lo general, con las rachas de suerte ocurre lo mismo que con ciertos grupos de árboles, tan agradables a la vista desde la lejanía: cuando uno se adentra en la espesura, la belleza desaparece y uno no sabe dónde se encuentra. Es por esta razón por lo que con frecuencia preferimos la situación del otro a la nuestra. [*Spicilegia*, p. 295]

1. Este aforismo y el anterior resumen en germen la metafísica de Schopenhauer en relación con su antropología: la voluntad es la cosa en sí, la esencia de todo cuanto existe. Ésta mora en el corazón de todo ser humano, empujándolo a vivir sin saber, en muchas ocasiones, para qué. Un pesimismo al que, años más tarde, Nietzsche daría una dirección inversa: «Cuando uno tiene su propio ¿por qué? de la vida se aviene a casi todo ¿cómo?» (Nietzsche, F., *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial: Madrid, 2013, p. 43).

2. En este fragmento resulta fácil identificar numerosas influencias en el pensamiento de Schopenhauer, curiosamente españolas: Baltasar Gracián (la vida como desengaño), Miguel de Molinos (la vida como un tránsito hacia la

nada, como una nihilización de la existencia) y Calderón de la Barca (el transcurso vital como una pesada carga, cuyo carácter evanescente, onírico, se pone continuamente de manifiesto). Sin duda, también se hace patente el influjo del Maestro Eckhart: el yo, la individualidad, como un lastre a superar.

3. Una de las clasificaciones antropológicas fundamentales de Schopenhauer es la que divide a la humanidad entre los necios (*Thor*) que no conocen la auténtica esencia de la vida (desear, sufrir y finalmente morir) y los lúcidos (momentánea o definitivamente) que se hacen conscientes de tan maquiavélica dinámica: tal lucidez es el primer paso hacia la negación de la voluntad, origen de todo deseo y, por tanto, de toda desazón.

4. Desde muy joven, Schopenhauer quedó impresionado por las miserias a las que se halla sujeta la existencia humana. En este sentido, el asombro (al que Aristóteles otorgó tanta importancia a la hora de iniciar la reflexión filosófica) cobra un papel fundamental. Gracias a los diarios que la madre del pensador alemán le empujó a escribir, podemos conocer las experiencias del joven Schopenhauer a través de sus viajes por toda Europa (existe traducción española de estos diarios en Schopenhauer, Arthur, *Diarios de viaje*, Trotta: Madrid, 2012).

5. Schopenhauer preluvió el célebre pensamiento nietzscheano del eterno retorno en numerosos pasajes de sus obras, y llega a asegurar que el círculo (*Kreis*) es el auténtico símbolo de la naturaleza. Como se comprobará más adelante, Schopenhauer cree firmemente en la repetición sempiterna de los mismos acontecimientos, en la verdad contenida en el adagio latino *eadem, sed aliter* (lo mismo, pero de otra manera), que dio origen a su desafortunada crítica al sistema hegeliano sobre un presunto y lineal desarrollo del Espíritu (Absoluto) –de la Racionalidad– en la Historia.

6. Schopenhauer comparaba la muerte con Iama, dios hindú al que se refiere en el Cap. 41 de *MVR*, II. Esta deidad presenta un doble aspecto (al modo en que lo hace Jano en Grecia): por un lado resulta terrible pero, por otro, se presenta bondadoso. Ambos polos representan, a juicio de Schopenhauer, la dimensión dual de la muerte: la tememos como final de nuestro fenómeno individual, aunque también la acogemos de buen grado como la paz definitiva.

7. Frente al Espíritu hegeliano, que contiene la posibilidad (y más aún, la certeza) de la llegada de la plenitud de los tiempos (véase esto más claramente en Gotthold Ephraim Lessing y su obra *Educación del género humano*), Schopenhauer sostiene que este espíritu natural carece de finalidad

(es *grundlos*, carente de fundamento) y que, por tanto, su esencia es irracional e inconsciente. Reflexiones que, desde luego, tomaría más tarde en cuenta Sigmund Freud (1856-1939) para desarrollar su pensamiento y su capital concepto de lo siniestro (*das Unheimlich*).

8. Se piensa que Lucanus fue un filósofo discípulo del mismísimo Pitágoras, cuya escuela siempre tuvo especial interés por la matemática, el tiempo, la música y los movimientos cósmicos, asuntos todos que fascinaron a Schopenhauer.

9. Aunque no en pocas ocasiones, y en aras de reafirmar su originalidad, Freud negó haber estudiado en profundidad a Schopenhauer, resulta indudable que muchas de las reflexiones del filósofo alemán influyeron notablemente en el ánimo del padre del psicoanálisis. A juicio de Schopenhauer, el sueño no es sólo una parte muy extensa e inherente de la existencia humana y animal en general, sino que a través de él y de su influjo podemos llegar incluso a presagiar acontecimientos futuros. Al respecto puede leerse la primera parte del escrito «Ensayo sobre la visión de espectros y lo que con ella se relaciona», contenido en *Parerga y Paralipómena I. Vid.*, igualmente, los siguientes textos de esta selección.

10. Schopenhauer cita tras estas alegóricas y tajantes líneas, en las que queda patente su creencia (racional, filosófica) en el ciclo eterno de la naturaleza, unas palabras de Shakespeare en *La tempestad* que calaron hondo en su ánimo: «We are such stuff as dreams are made off, / and our little life is rounded with a sleep» (Estamos hechos de la misma materia de la que están hechos los sueños, y nuestra breve vida se envuelve en un sueño).

11. Asunto este del autoconocimiento y de la profundidad (inconsciente) de la propia individualidad en el que Schopenhauer se muestra cercano al pensamiento romántico. Recordemos, por ejemplo, las palabras de Friedrich Hölderlin (1770-1843): «Otorgado en su interior es a los hombres el sentido, / hacia lo mejor él ha de guiarlos, / ésa es la meta, la verdadera vida...» (en el poema «Höhere Menschheit», 1841). O estas otras de Novalis (1772-1801) en su *Enciclopedia*: «Es sorprendente que el interior del hombre sólo haya sido tratado en forma tan escasa y carente de espíritu. [...] A nadie se le ocurrió buscar nuevas fuerzas, todavía sin denominar». *Vid.* el siguiente aforismo, que Schopenhauer desarrolló ampliamente en sus obras.

12. Platón fue uno de los filósofos más estudiados y admirados por Schopenhauer, de quien toma esta dicotomía acaso insalvable entre un

mundo sensible y efímero y otro en sí y eterno. Una vertiente schopenhaueriana frente a la que muy rápidamente se rebelaría Friedrich Nietzsche y que, a su vez, separó a éste de manera definitiva del que fuera su íntimo amigo y maestro, el compositor Richard Wagner (1813-1883).

[13](#). Muy en consonancia con el anterior aforismo, Schopenhauer sostiene que nuestra existencia es doble: por un lado, finita (vida corporal, empírica, sensible), y por otro, eterna. Lejos de interpretaciones escatológicas, debemos entender tal eternidad de un modo laico y por la vía epistemológica. Como seres portadores de inteligencia, somos capaces de abstraernos, si bien momentáneamente, del funesto imperio de nuestra voluntad individual (sujeta a deseos, querencias, anhelos) y convertirnos en el sujeto puro del conocimiento, elevándonos a una consideración «objetiva» (pura) del mundo, no contaminada por nuestra voluntad. No en otro sentido puede hablarse de libertad o dignidad en el pensamiento schopenhaueriano.

[14](#). Por su llamativo parecido, es digno de mencionar y citar un texto de Hermann Hesse aparecido en *Prosa aus dem Nachlaß* (editado por Ninon Hesse en 1965), y recogido en español en Hesse, Hermann, *Lecturas para minutos, 1*, Alianza Editorial: Madrid, 2008, pp. 130-131: «Imagina tu ser como un lago muy profundo pero de escasa superficie. La superficie es la conciencia. Allí hay claridad, allí tiene lugar eso que llamamos pensar. Pero la parte del lago que constituye la superficie es infinitamente pequeña. Puede que sea la parte más bella e interesante, pues al contacto con la luz y el aire se remueve, se transforma y se enriquece el agua. Pero las partes que están en la superficie cambian constantemente. El agua asciende del fondo, desciende de la superficie, siempre hay corrientes, reajustes, desplazamientos y cada parte del agua quiere llegar alguna vez arriba».

[15](#). Río mítico del Hades en el que las almas se sumergían para olvidar su vida pasada.

[16](#). Schopenhauer fue uno de los introductores en Europa del pensamiento hindú, en el que la metempsicosis o transmigración de las almas resulta fundamental. Léase igualmente el siguiente texto de esta selección.

[17](#). Esta anotación del *Nachlaß* supone un auténtico compendio del pensamiento antropológico de Schopenhauer. A su juicio, quien quiere la vida siempre la quiere al precio de la muerte, y no hay error más arraigado en la naturaleza humana que creer que nacemos para ser felices. En pos de esta felicidad, los seres humanos realizan todo tipo de acciones, buenas y malas,

obviando el hecho de que, en esa búsqueda, son continuamente vapuleados por la incandescente voluntad de vivir, que nos empuja de un deseo a otro esperando encontrar una nunca posible satisfacción.

[18](#). En inglés en el original: «no hay pasión más seria que la lujuria». Schopenhauer hace alusión a la novela más célebre del escritor irlandés Laurence Sterne, *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* (1767), que el propio filósofo consideró como una de las mejores de la historia de la literatura, junto con *El Quijote* de Cervantes, *La Nueva Eloísa* de Rousseau y el ciclo de *Wilhelm Meister* de Goethe.

[19](#). En latín en el original: «acto». Como resulta evidente, Schopenhauer se refiere aquí a la consumación física del amor, al acto sexual en su vertiente más literal, el coito, que el pensador alemán consideraba, junto a la violencia, una de las manifestaciones más contundentes de la voluntad de vivir. *Vid.* el siguiente aforismo.

[20](#). El término *Kampf* (lucha) es empleado generosamente por Schopenhauer a lo largo de sus obras para referirse a diversas circunstancias. La más onerosa de todas ellas es la del continuo conflicto que parece reinar en la naturaleza (presidida por la diosa de la discordia, Eris), donde individuos que pujan por mantener una existencia en ocasiones dificultosa y repleta de obstáculos no dudan en hacer imposible la vida del resto. De ahí uno de sus más fundamentales dictados, ya citado en la introducción de este volumen: *kein Sieg ohne Kampf*, es decir, «no hay victoria sin lucha».

[21](#). Uno de los más apasionantes asuntos de la doctrina schopenhaueriana es sin duda el de la nada (*Nichts*), que retoma de autores como el Maestro Eckhart o Miguel de Molinos. El final del primer volumen de *MVR* nos emplaza de hecho a esa nada, aunque siempre relativa, pues resulta imposible –a causa de nuestro intelecto finito– hacernos una idea completa y racional de la nada absoluta o definitiva.

[22](#). A juicio de Schopenhauer, el mundo no es más que el escenario donde la voluntad de vivir, la cosa en sí, se devora a sí misma a través de sus fenómenos. Léase el siguiente fragmento.

[23](#). Lejos de lo que cabría pensar, Schopenhauer no se refiere aquí al suicidio, sino a la negación de la voluntad de vivir, es decir, a la negación de los deseos y de nuestro «fastidioso yo» (*leidigen Selbst*) a través del ascetismo o la santidad.

[24.](#) Esta «conciencia mejor» (*besseres Bewußtsein*) es el preludio juvenil schopenhaueriano del «sujeto puro del conocer» (*reine Subjekt der Erkenntnis*), que cobrará especial relevancia en su doctrina estética (*vid.* introducción y siguiente fragmento, en el que expone su curioso dogma de fe).

[25.](#) El principio de razón suficiente es una de las piedras de toque del sistema epistemológico schopenhaueriano, al que tiene por el «fundamento de todas las ciencias» y cuyo enunciado reza que «nada es sin una razón por la que es». Su tesis doctoral de 1813, que más tarde revisó y amplió, versa sobre este particular, bajo el título *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*. Conocida es la anécdota que cuenta que la madre del filósofo, Johanna (quien llegaría a convertirse en una reputada escritora, reconocida por el mismísimo Goethe), sorprendida por tan rimbombante título, preguntó a su hijo si se trataba de un manual «para boticarios». Airado, Schopenhauer contestó que cuando ella muriera no se leería ni una sola de sus obras, mientras que las salidas de la pluma del pensador serían inmortales y se estudiarían durante generaciones. Un vaticinio que, a día de hoy, podemos tachar de tan presuntuoso como cierto.

[26.](#) Schopenhauer toma esta expresión de la sabiduría hindú (*Upanis.ad*), y considera a la mayor parte de los seres humanos como meros caminantes errantes que deambulan de sueño en sueño que jamás llegan a descubrir la realidad última del mundo, por permanecer ocupados con sus –en apariencia– importantes asuntos. Una tesis que podría entroncar con la fijación que nuestra contemporánea producción cultural siente por los zombis y muertos vivientes (series de televisión, películas, cómics, etc.), así como por la fascinación que el ser humano siempre ha sentido con la en ocasiones tenue frontera que separa el terreno del sueño y de la muerte del de la vida. *Vid.* el siguiente fragmento.

[27.](#) El eros, tomado en este caso como amor sexual, al que Schopenhauer dedica un conocido capítulo del segundo volumen de *MVR*: «Metafísica del amor sexual».

[28.](#) En este punto Schopenhauer sigue de cerca la doctrina de Baltasar Gracián (expresada con todo lujo de detalles en *El Criticón*), quien sostiene en diversas partes de sus obras que la vida no es sino un rito de paso hacia el necesario y postrero desengaño. Léase también el siguiente texto de la presente selección, sumamente elocuente.

Sabiduría de vida

La palabra *yo* es en lo fundamental la mayor equivocación y la fuente de todo engaño. [*HN*, III, p. 574, 1829]

El espíritu es eterno en tanto que sea capaz de percibir las cosas desde el punto de vista de la eternidad. [*MVR*, I, § 34]

Piensa que el Azar, ese poder que gobierna sobre la tierra y nos amarga la vida (junto a su hermano –el Error–, su tía –la Necedad– y su abuela –la Maldad–), también a ti, a través de grandes y pequeños golpes asestados a diario; piensa –decía– que a ese malévolo poder le has de agradecer tu bienestar e independencia, y que te ofrece cuanto no concede a otros miles. Cuando reflexiones sobre ello, verás que cuanto posees no debes agradecerse al derecho [a lo recto, a algo razonable], sino al favor de una veleidosa soberana [la Fortuna, el Azar]. [*HN*, I, 131, 1814]

Constituye ciertamente el más enorme desacierto querer transformar esta atalaya de miserias en un jardín de las delicias, y tener como meta los placeres y las alegrías (como muchos hacen), en vez de aspirar a la mayor ausencia de dolor. Mucho menos se equivoca quien contempla, con una mirada un tanto sombría, este mundo como una especie de infierno y, por tanto, sólo se preocupa de procurarse un ignífugo refugio. Mientras el necio persigue los

placeres de la vida y se ve defraudado, el sabio evita los males [...], pues todos los placeres resultan quiméricos, y afligirse por su pérdida resulta estúpido e incluso ridículo. [PP, I, «Aforismos»]

Tan frecuentemente como muere un hombre, cae un mundo, el que lleva en su cabeza [...]. [Pero] con la muerte y a través de la supresión de la propia persona, el egoísmo experimenta su más definitiva prueba y su total aniquilación. De ahí el miedo a la muerte. La muerte es, así, la lección que el curso de la naturaleza transmite al egoísmo. [HN, III, pp. 202-205, 1825]

Debemos caer en la cuenta de que la *procreación* y la *muerte* han de sernos indiferentes, simples fenómenos que no afectan en absoluto a nuestro ser auténtico, por lo que no debemos temer en modo alguno que la muerte sea nuestro aniquilamiento. [MdS, II]

Conoce la verdad en ti, concóctete a ti mismo en la verdad, y verás en un instante que eras tú lo que durante tanto tiempo e inútilmente habías buscado, la anhelada y soñada patria en lo general y en lo particular, y te reconocerás entonces envuelto con asombro en ese lugar: allí se rozan cielo y tierra¹. [HN, I, p. 17, 1812]

Todos buscan el porqué en vez de considerar el qué²; aspiran a lo lejano en vez de tomar lo cercano; se dirigen hacia fuera en todas direcciones en vez de ir hacia sí mismos, donde todo enigma se resuelve. [HN, I, p. 154, 1814]

La magia de la lejanía nos presenta paraísos que desaparecen como ilusiones ópticas cuando nos lanzamos hacia ellos. [MVR, II, Cap. 46]

La máxima de que «nadie cambia» resulta de una excepcional relevancia práctica: ha de ser la base de nuestra confianza y nuestra prudencia. Confiamos en un amigo tanto más cuando le probamos seria y bruscamente. Al contrario, nadie confía en quien nos ha mentado una vez. Perdonar un ultraje significa permitir su repetición. Uno sólo lo perdona en tanto que no busca venganza: pero no lo olvida y evita la circunstancia para que no vuelva a suceder. [MdS, III]

No hay ningún *principio moral*, ninguna regla que diga qué se debe querer y qué no. ¿Cómo podría darse una ley para la voluntad, que es absolutamente libre? No existe una *ley absoluta para la voluntad*, si bien hay un espejo de la voluntad, que es el mundo. A quien le guste, pues, el mundo tal y como es, que continúe queriendo la vida y sus bienes: a la voluntad de vivir nunca le faltará la vida, su reflejo; la muerte se ha de tomar como el resto de males, pues todos ellos componen la manifestación de la voluntad de vivir. La gran mayoría de los hombres afirma la vida, quiere persistir en ella: por eso el mundo está ahí, los individuos son incontables y su forma es la de un tiempo infinito. Sólo aquellos que han experimentado y sufrido la nulidad y los dolores de la vida o simplemente los han observado en otras personas pueden deshacerse de la voluntad de vivir, negando así el mundo y desistiendo de la voluntad: son liberados del mundo, ya no son la voluntad, cuya manifestación es este mundo, y al que ya sólo sus cuerpos pertenecen. El resto de la voluntad que aún

aparece en sus cuerpos es destruido por la muerte. Mas si este remanente es totalmente abolido antes del fin, morirá entonces e inevitablemente de inanición voluntaria. Pero el que no precisa de sufrimientos, al menos en gran medida, para renunciar a la voluntad de vivir, a quien la visión de este mundo sufriente, triste y fútil lleva al abandono de la voluntad de vivir –que es eclipsada por la contemplación de su propio padecimiento–, y sin esperarlo, niega el mundo: es aquel al que llamamos virtuoso, sublime, santo. [HN, I, p. 398, 1816]

Lo que repugna al corazón tampoco agrada a la cabeza. [MVR, II, Cap. 19]

En oposición al principio moral kantiano, quisiera proponer la siguiente regla: siempre que entres en contacto con un individuo, no lo evalúes objetivamente por su valor y dignidad; no tengas en consideración la maldad de su voluntad, ni la estrechez de sus entendederas o la absurdidad de sus conceptos. Pues lo primero podría fácilmente provocar odio contra él, y lo segundo, desprecio. Ten únicamente en cuenta su sufrimiento, su menesterosidad, sus temores, las penas reflejadas en sus ojos. Así te acercarás y simpatizarás con él, en vez de suscitar aquel odio y desprecio, y sentirás por él compasión. [PP, II, § 109]

Todos y cada uno de nosotros estamos originariamente inclinados hacia la injusticia y la violencia, pues nuestra necesidad, ambición, ira y odio irrumpen inmediatamente en la conciencia y por ello ostentan el *jus primi occupantis* [derecho del primer ocupante]. En

cambio, los sufrimientos ajenos que esas injusticia y violencia nuestras provocan tan sólo llegan a la conciencia por la vía secundaria de la *representación* y sólo mediante la experiencia, es decir, *mediatamente*. Por eso Séneca dice: «Ad neminem ante bona mens venit, quam mala» [A nadie le llega la buena intención antes que la mala, *Epístolas a Lucilio*]. El primer grado del efecto de la compasión es, así, la franca oposición al sufrimiento que puede ser causado por mí mismo a causa de las potencias antimorales que en mí moran, y me grita: «¡Alto!». [*FM*, § 17]

Nadie ha vivido en el pasado y nadie vivirá en el futuro; sólo en el presente se da toda vida, su posesión, y nunca puede ser arrancada de él. Es este el único consuelo frente a la transitoriedad del individuo, en tanto que la voluntad de vivir está aquí durante mucho tiempo. [*HN*, I, p. 486]

¿Qué hay que desear? Apremiar una puesta de sol de igual forma desde un calabozo o desde un palacio: eso es lo que hay que desear, y nada más. ¿Quién puede alcanzarlo? Todos. ¿Quién lo pretende? Todos. ¿Quién lo obtendrá? Uno entre miles. [*HN*, I, p. 70, 1813]

En el curso natural de las cosas, al declive del cuerpo con la edad se une el declive de la voluntad. El anhelo de placeres desaparece fácilmente junto con la capacidad de disfrutarlos. El motivo del querer más intenso, el foco de la voluntad, el instinto sexual, es el primero en agotarse, con lo que el hombre se instala en un estado parecido al de la inocencia que existía antes del desarrollo del

sistema genital. Desaparecen las ilusiones que nos presentaban quimeras como los bienes más deseables, y en su lugar emerge el conocimiento de la futilidad de los bienes terrenales. El amor propio es sustituido por el amor a los hijos, por lo que el hombre comienza a vivir más en el yo ajeno que en el propio, el cual pronto dejará de existir. Tal curso es, al menos, el más deseable: es la eutanasia de la voluntad. [MVR, II, Cap. 49]

En todas las cosas y circunstancias, el signo distintivo y característico de la naturaleza vulgar, más aún, el sello de la ordinariez, es actuar por imitación y dejarse llevar por el ejemplo de otros: la gran masa está determinada en todas sus acciones y omisiones casi de manera exclusiva por tal motivo. Por el contrario, toda mente que sea un poco reflexiva se reconoce antes que nada por el hecho de que juzga por sí misma, critica y procede según su propio pensamiento³. [SVC]

Gracias al dominio de uno mismo sortharemos las cuitas para las que no estamos más que escasamente dotados por naturaleza y no intentaremos lo que no vayamos a conseguir. Sólo quien alcance esto será por entero él mismo y nunca se dejará a sí mismo en la estacada, ya que siempre sabrá cuánto puede exigirse. [...] Por eso no hay mayor despropósito que dejarse llevar por el pensamiento de querer ser distinto a como se es, pues con ello se pone a la voluntad en flagrante contradicción consigo misma. [MdS, III]

De lo que verdaderamente carecen las tristes mentes vulgares de las que está repleto el mundo es de dos capacidades estrechamente

relacionadas: la de juzgar y la de poseer pensamientos propios. [PP, II, § 48]

El hombre debe elevarse sobre la vida, debe saber que cualquier acontecimiento y suceso, sea dichoso o doloroso, no afecta a su mejor y más íntimo yo, que todo es un juego, una competición en la que los contendientes se injurian, y no una grave lucha; de ahí que no deba entrometerse en ningún asunto serio. [HN, I, p. 32, 1812]

Toda exaltación del espíritu se cura con buen juicio: toda alegría y todo dolor desmesurados tienen siempre como base una ilusión, un engaño. [MdS, IV]

El deseo surge rápida y fácilmente, mientras que se satisface difícil y lentamente, por lo que por un deseo satisfecho, quedan al menos diez insatisfechos [...]. La satisfacción definitiva del deseo es una quimera: nada nos satisface realmente, pues tan pronto como es cumplido el deseo, otro nuevo viene a presentarse en su lugar. [...] Una satisfacción concluyente y que no se vea mermada es algo que ningún objeto del querer puede ofrecer [...]. De ahí que, mientras que estemos atareados con nuestra voluntad [...], mientras seamos *sujetos del querer*, será imposible que nunca jamás alcancemos felicidad o tranquilidad duraderas. [...] Es Ixión en la rueda eternamente movida, es Tántalo siempre exhausto, son las Danaides que, en vano, tratan de llenar sus toneles. [MdSch, VIII]

Nos afanamos incansablemente de deseo en deseo [...] sin caer en la cuenta de que intentamos llenar el tonel de las Danaides. [...] Y así nos lanzamos hacia nuevos deseos, casi hasta el infinito, lo que sólo detiene la muerte antes de que siquiera hayamos quedado satisfechos una vez. [MdS, IV]

La necesidad es el duende que nos enreda tan pronto con esto como con aquello considerándolo deseable: hasta que lo detenemos y vemos el engaño. Por eso cantó Horacio: *Nihil admirari*⁴, es decir, no calificar nada de absolutamente deseable ni de absolutamente horroroso. [HN, I, p. 179, 1814]

Bajo la *cambiante carcasa* de sus años, de sus relaciones, incluso de sus conocimientos y formas de ver, se esconde, como un cangrejo en su caparazón, el *hombre idéntico y auténtico*, totalmente invariable y siempre el mismo. [apuntes *Senilia*]

Este mundo es el reino del azar y el error: por eso sólo debemos dirigirnos hacia lo que ninguna casualidad puede arrebatarnos, y tan sólo sostenernos y actuar allí donde el error no es posible. [HN, I, pp. 14-15, 1810-1811]

La visión de la vida en su conjunto, en la que el hombre adelanta al animal merced a la razón, puede compararse con un bosquejo geométrico, incoloro, abstracto y reducido de su camino por la vida. Con ello el hombre es respecto del animal lo que el navegante –que

a través de la carta de navegación, el compás y el cuadrante conoce exactamente su ruta y la posición en el mar— respecto al ignorante marinero que sólo ve las olas y el cielo. Por eso es digno de reseñar e incluso asombroso cómo el hombre, junto a su vida *in concreto*, lleva además una segunda *in abstracto*. En la primera queda entregado a todas las tempestades de la realidad y al influjo del presente, ha de afanarse, sufrir y morir como el animal. Pero su vida *in abstracto*, tal y como se presenta ante su juicio racional, es el tranquilo reflejo de la primera y del mundo en que vive [...]. Aquí, en el ámbito de la sosegada reflexión, tiene por frío, incoloro y ajeno cuanto allá le poseyó por entero y le conmovió violentamente: aquí es un mero espectador y observador. En ese retirarse a la reflexión se parece a un actor que ha representado su escena y, mientras ha de volver a ella, toma asiento entre los espectadores; desde allí contempla tranquilo lo que ocurre en el escenario, aun cuando se tratase de la preparación de su muerte, hasta que al fin vuelve a subir para actuar y sufrir según debe hacerlo. [MVR, I, 16]

Da un gran paso hacia la sabiduría quien, de forma clara y segura, tenga por evidente que *la diferencia entre pasado, presente y futuro es sólo aparente* y del todo intrascendente. Comprenderá así que, en vez de suspirar por el futuro, añorar el pasado e intentar agarrar el presente con todos sus sentidos, no deberíamos hacer otra cosa que asir las atemporales ideas platónicas de la totalidad de la vida y, entonces, decidir si *queremos* esa totalidad o no. Lo queelijamos nos será dado desde un manantial inagotable.

Podemos entonces desentendernos de la vida y de la muerte. Como polos de esa *totalidad*, ambos son esenciales y se necesitan el uno al otro.

Y tal elección es lo único realmente importante. [HN, I, p. 99, 1814]

Para engañarnos a nosotros mismos, vestimos secretamente de precipitación lo que no son más que acciones premeditadas. Pues a nadie como a nosotros mismos embaucamos ni adulamos más a través de refinados artificios. [MdS, III]

Somos tan necios en lo teórico como lo somos incesantemente en lo práctico, pues nos apresuramos de un deseo a su satisfacción y entonces a otro deseo esperando encontrar finalmente la felicidad, en vez de dirigirnos de una vez por todas hacia nosotros mismos, desarraigarnos del querer y permanecer en la conciencia mejor. [HN, I, p. 155, 1814]

Por doquier, el auténtico símbolo de la naturaleza es el círculo, que representa el esquema del retorno: tal es de hecho la forma más general de la naturaleza que se desarrolla en todo, desde el curso de los astros hasta la muerte y el nacimiento de los seres orgánicos; sólo a través de ella se hace posible una existencia subsistente dentro de la corriente del tiempo y su contenido, esto es, una naturaleza. [MVR, II, Cap. 41]

Un *deseo cumplido* es como la limosna que recibe el mendigo: hoy le sirve, pero mañana se sentirá de nuevo hambriento. Sin embargo, la *resignación* es como una generosa herencia, pues libra para siempre a su propietario de toda preocupación. [HN, I, p. 173, 1814]

Al despertar a la vida desde la noche de la inconsciencia, la voluntad se encuentra en un mundo sin fin e ilimitado, como individuo entre innumerables individuos que se afanan, sufren, yerran; y como en un mal sueño, se precipita de nuevo a su antigua inconsciencia. Pero hasta entonces sus deseos son ilimitados, sus exigencias inagotables, y cada deseo satisfecho hace nacer otro nuevo. Ninguna satisfacción posible en el mundo podría bastar para calmar sus exigencias, poner un punto final a su deseo y llenar el abismo sin fondo de su corazón. Además, hay que tener en cuenta qué satisfacción de cualquier clase le suele deparar al hombre, pues en la mayoría de los casos no es más que la mísera conservación de aquella existencia, obtenida a diario a través de una incesante fatiga y una perpetua preocupación, en lucha con la necesidad, y además con la perspectiva de la muerte. Todo en la vida anuncia que la felicidad terrenal está destinada a desvanecerse o a ser reconocida como una ilusión. [*MVR*, II, Cap. 46]

Hemos despertado y volveremos a despertar; la vida es una noche que llena un largo sueño que muy a menudo se convierte en un bochornoso fantasma. [*HN*, I, p. 15, 1810-1811]

Frecuentemente sucede que no sabemos lo que deseamos o tememos. Durante años podemos acariciar un deseo sin llegar a confesárnoslo a nosotros mismos, o a permitir que tengamos plena conciencia de él, pues el intelecto no debe enterarse nunca de algo así, ya que la buena opinión que tenemos de nosotros mismos se vería entonces perjudicada. Ahora bien, si el deseo es satisfecho, entonces descubrimos llenos de gozo y no sin vergüenza que en realidad era eso lo que estábamos deseando: por ejemplo, la muerte de un familiar cercano, de quien vamos a heredar algo. Y aquello que tememos en realidad no lo sabemos hasta que ocurre, porque

nos falta el valor de reconocerlo claramente. Incluso pasa a menudo que estamos del todo equivocados sobre el motivo real por el que hacemos o no hacemos esto o aquello, hasta que al fin nos sucede algo fortuito que nos desvela el secreto y descubrimos que el motivo que teníamos por auténtico no era tal, sino otro distinto, y que no habíamos querido reconocerlo ante nosotros mismos porque no coincidía en nada con la buena opinión que tenemos de nosotros mismos. Por ejemplo, no hacemos algo por razones morales, según pensamos, pero después, tan pronto como el peligro se ha evaporado, caemos en la cuenta de que nos habíamos comedido, sin más, por miedo⁵. [MVR, II, Cap. 19]

En un corazón⁶ sano sólo los actos pesan sobre la conciencia, no los deseos ni los pensamientos. [MdS, III]

¡Querer! ¡Gran palabra! ¡El fiel en la balanza del día del juicio final!
¡Puente entre el cielo y el infierno! La razón no es la luz que brilla desde el cielo, sino sólo un poste indicador que nosotros mismos colocamos en correspondencia con el destino al que apuntamos, y que nos muestra la dirección cuando el propio destino se oculta. Aunque puede conducirnos tanto al infierno como al cielo. [HN, I, p. 55, 1813]

El *calor* es a la *voluntad* lo que la *luz* es al *conocimiento*.
La *raíz* de la planta precisa de oscuridad y calor; la *corona* precisa de luz. [HN, I, p. 282, 1815]

[En el sentimiento de lo sublime], la gran magnitud del mundo, que antes me embargaba, reposa ahora en mí: mi dependencia respecto de ella queda vencida porque ahora depende de mí [...] y se nos muestra sin más como un vivísimo sentimiento de que, de alguna manera, se es uno con este mundo inconmensurable, y por ello no quedamos aplastados por su enormidad, sino que, al contrario, nos sentimos elevados. Se trata del sentimiento de lo sublime, que se expresa mediante una elevación de la propia individualidad. En qué sentido ha de comprenderse claramente que se es uno con el mundo es, sin embargo, asunto de la filosofía. Esta conciencia de la unidad, experimentada como sentimiento [...] queda expresada en los *Vedas* de diversas formas, por ejemplo: *Hae omnes creaturae in totum ego sum, et praeter me aliud ens non est* [soy la totalidad de las criaturas, fuera de mí no existe ningún otro ser]. [*MdSch*, IX]

En los días y en las horas en los que el instinto hacia la voluptuosidad es más fuerte, cuando no se trata de un apagado anhelo que surge de la vacuidad y la abulia de la conciencia, sino de una ardorosa voracidad, de una enérgica pasión: es justo entonces cuando las más altas fuerzas del espíritu también están listas para sus más grandes acciones [...]. Pero es necesario un inmenso esfuerzo para invertir la dirección y para que, en lugar de esa tormentosa, menesterosa y desesperada pasión (el reino de la noche), sea la actividad de las más altas fuerzas espirituales la que llene la conciencia (el reino de la luz). [*HN*, I, pp. 53-54, 1813]

Cuando queremos apresar y poseer algo, hemos de desestimar innumerables otras cosas a derecha e izquierda. Si no podemos decidirnos por nada, y más bien nos sentimos seducidos por cuanto nos atrae fugazmente, somos como niños en la feria. [...] Quien quiere serlo todo, no puede ser nada. [*MdS*, III]

Nada tiene una recompensa más segura que la *alegría*: pues en ella la recompensa y el acto son lo mismo⁷. Nada como la alegría puede reemplazar cualquier otro bien tan segura y abundantemente. Cuando uno es rico, joven, bello, estimado y se pregunta sobre su felicidad, resta aún la cuestión sobre si está *alegre*; pero, al contrario, si está alegre, resulta indiferente si es joven, viejo, pobre o rico: es feliz. Es por ello por lo que, siempre que se presenta la alegría, hemos de abrirla todas las puertas. Nunca se presenta a destiempo: [debemos permanecer] lejos de impedir su entrada [como sucede] en ocasiones, preguntándonos si tenemos motivos para estar alegres o si nos aleja de nuestras graves ocupaciones y de nuestras pesadas preocupaciones. Lo que mejoramos a través de éstas es muy incierto: por el contrario, la alegría es la ganancia más segura; y porque tiene su valor en el presente, es el más alto bien para seres cuya realidad cobra la forma de un presente indivisible entre dos tiempos infinitos. Si por tanto la alegría es el bien que puede sustituir al resto, pero que no puede ser reemplazado por ningún otro, entonces debemos colocar su adquisición antes de cualquier otro empeño. Aunque es cierto que nada contribuye menos a la alegría que las circunstancias externas de la felicidad, y nada lo hace más que la *salud*. Por ello debemos preferir ésta antes que cualquier otra cosa, es decir, tratar de mantener el *más alto grado de salud total*, cuya flor es la alegría⁸. [HN, III, p. 239, 1826]

Los buenos clientes de los médicos tienen a su cuerpo como un reloj u otro tipo de máquina, de manera que, cuando en ella se produce un desajuste, sólo puede ser arreglada si el mecánico la repara. Mas no es así, pues el cuerpo es una máquina que se repara a sí misma: gran parte de los desajustes que en él tienen lugar, tanto los grandes como los pequeños, desaparecen por sí

mismos tras un tiempo más o menos largo, gracias a la *vis naturae medicatrix* [fuerza curativa de la naturaleza]. [PP, II, § 99]

No son las cosas tal y como son realmente, en conexión con nuestra experiencia exterior, lo que nos hace felices o desgraciados, sino lo que son para nosotros en la manera en que las comprendemos. [HN, III, p. 514]

Los hombres que luchan por una vida feliz, brillante y larga en vez de por una vida virtuosa son como insensatos actores que siempre desean representar deslumbrantes, largos y victoriosos papeles, porque no comprenden que el asunto no consiste en *qué* o *cuánto* interpretan, sino en *cómo* lo hacen. [HN, I, pp. 75-76, 1813-1814]

El tiempo es un mecanismo de nuestro cerebro para dar a la *por completo nula existencia* de las cosas y de nuestro yo una apariencia de realidad mediante la duración.

¡Qué insensato resulta lamentarse y quejarse de tiempos remotos en los que se dejó pasar la ocasión para esta o aquella dicha, para este o aquel placer! ¿Qué se habría ganado con ello? La seca momia de un recuerdo. Aunque así ocurre con todo cuanto nos ha tocado en suerte. Por lo tanto, la *forma del tiempo* es ella misma el medio calculado para enseñarnos la *nihilidad* de todos los placeres terrenos. [PP, II, § 147a]

Olvidar los instantes de desesperación que hemos superado es uno de los rasgos más maravillosos de la naturaleza humana. [...] Mas así ha de ser, pues nada permanece en esta fugaz vida. No hay dolor sin fin, ni alegrías eternas, ni impresiones permanentes, ni entusiasmos perdurables, ni virtuosas intenciones que duren toda una vida. Todo se desliza en el torrente del tiempo. Los minutos e incontables átomos de pequeñeces en los que se descompone cada una de nuestras acciones son los gusanos que roen y acaban con toda valentía y excelencia. El temible monstruo de lo cotidiano hunde a cuanto desea elevarse, lo abate y destruye. Nada hay serio en la vida: lo que es polvo no tiene valor alguno. [Carta a su madre Johanna, 1806].

Así es precisamente la vida: sólo podemos perseguir seriamente y con fortuna un anhelo, sea placer, honor, riqueza, saber, arte o virtud, cuando renunciamos a cuantas pretensiones nos alejan del mismo. Por eso, justamente, ni el mero querer ni el mero poder resultan suficientes, sino que un hombre debe *saber* también lo que quiere y lo que puede: así mostrará carácter y podrá hacer algo a derechas. [MdS, III]

Todos hemos nacido en Arcadia⁹, es decir, accedemos al mundo llenos de pretensiones de felicidad y placer, y guardamos la estúpida esperanza de llevarlas a cabo, hasta que el destino nos agarra rudamente y nos muestra que *nada* es nuestro, sino que todo es suyo, ya que no sólo posee un innegable derecho sobre nuestras pertenencias y adquisiciones, sino también sobre nuestros brazos y piernas, ojos y orejas, e incluso sobre la nariz en medio del rostro. Luego llega la experiencia y nos enseña que la dicha y el placer son meras quimeras que se nos muestran en lontananza, mientras que el sufrimiento y el dolor son reales y se dan de forma inmediata sin

precisar de la ilusión o la esperanza. Si esta enseñanza da sus frutos, dejaremos entonces de buscar la felicidad y el placer y tan sólo intentaremos huir del dolor y el sufrimiento tanto como nos sea posible. «El hombre moderado rehúye los placeres, y el prudente persigue lo que está exento de dolor, no lo que es agradable»¹⁰. Comprendemos que lo mejor que podemos encontrar en el mundo es un presente indoloro, tranquilo y soportable: si damos con ello, sabremos valorarlo y nos cuidaremos mucho de arruinarlo mediante la incesante añoranza de dichas pasajeras o con angustiosas preocupaciones respecto a un futuro siempre incierto que, a pesar de nuestra lucha, recae enteramente en las manos del destino¹¹. [HN, III, p. 176, 1824]

Para tener a mano una brújula segura que nos oriente en la vida y verla siempre a la luz adecuada sin error, nada es más conveniente que habituarse a considerar este mundo como un lugar de penitencia, es decir, como un establecimiento penitenciario, a *penal colony*¹². [PP, II, § 156]

Sólo es auténticamente feliz quien, en la vida, no quiere la vida, es decir, quien no ambiciona sus bienes. Así la carga se vuelve ligera. Imagínese un peso que descansa sobre apoyos, y a un hombre agazapado en cuclillas bajo él. Si se levanta e intenta sostenerlo, el peso se le vendrá encima: si se aparta de él y se recoge en sí mismo, no sostendrá nada y se sentirá ligero. [HN, I, p. 102, 1814]

Nada hay más útil para alimentar la paciencia en la vida y para llevar con serenidad los males y a los hombres que un recuerdo *budista*

como el siguiente: «Esto es *samsara*: el mundo del placer y el deseo, y por ello, el mundo del nacimiento, la enfermedad, el envejecimiento y la muerte: tal es el mundo que no debería ser». Quisiera prescribir para todos que se repitieran esto con plena conciencia cuatro veces al día¹³. [*PP*, II, § 156]

La sabiduría que en el hombre se da sin más teóricamente, sin convertirse en práctica, se parece a la exuberante rosa que deleita a los demás a través del color y el olor, pero que declina sin haber dado fruto.

No hay rosa sin espinas, pero sí algunas espinas sin rosas. [*PP*, II, § 385]

Me parece que la auténtica razón del respeto que se profesa a la vejez consiste en el hecho de que un anciano ha superado al fin la prueba de una larga vida, preservando su integridad: tal es la condición de todo respeto. [*FM*, § 20]

Es un error de los *estoicos* asegurar que la sola sabiduría es sinónimo de felicidad. Antes bien, lo único que sabe el sabio es que la felicidad es imposible sobre la tierra, que la vida es un continuo aplazar la muerte, una ilusión, etc. A causa de este conocimiento de lo esencial, el sabio no podrá nunca alegrarse ni afligirse en exceso por los acontecimientos de la vida, alcanzando así la más genuina tranquilidad de ánimo estoica. Sin embargo, el auténtico sabio poseerá una tranquila y apacible melancolía¹⁴, inseparable de la desaparición de los comunes engaños concernientes a la vida¹⁵. [*HN*, I, p. 109, 1814]

Nuestro sufrimiento siempre nace del desequilibrio entre nuestros deseos y el funcionamiento real del mundo. [MVR, II, Cap. 16]

Lo que hace infelices a los ricos no influye en modo alguno sobre el pobre, pues éste nunca ha *aprendido a desearlo*. La materia para la alegría y el dolor está delimitada entre lo que uno posee y aquello sobre lo que no abrigamos ninguna esperanza. [MdS, III]

La voluntad no consiente que se juegue con ella, pues todo hábito se convierte en una necesidad y por ello sólo puede renunciarse a él con fastidio; no cabe disfrutar sin apegarse al goce; un perro no permanece indiferente cuando se le arrebatada de la boca un trozo de carne asada y tampoco un sabio, si está hambriento; entre desear y renunciar no hay término medio. [MVR, II, Cap. 16]

Lo que *se sabe* tiene doble valor si, a la vez, se admite no saber lo que *no se sabe*. [PP, II, § 11]

Quien conoce y enseña la sabiduría, pero no la ejerce, es como quien ha de vigilar y exhibir exquisitos tesoros pero no le está permitido poseerlos ni disfrutarlos¹⁶. [HN, I, p. 102, 1814]

El engaño que nos procuran los placeres eróticos debe compararse con ciertas estatuas que, a consecuencia del lugar en el que están colocadas, están calculadas para ser vistas desde el frente y, en ese caso, albergan un aspecto bello, mientras que, desde detrás, ofrecen una vista desagradable. Analogía con ello guarda lo que nos sugiere el enamoramiento mientras lo tenemos delante y lo vemos venir hacia nosotros, un paraíso de delicias; mas, cuando ha pasado y es visto después desde atrás, se muestra como algo fútil e insignificante, incluso repugnante. [HN, IV, p. 30, 1859]

¿Debe hacernos la contemplación de la miseria en los otros arrogantes o humildes? A uno le afectará de una manera, a otros de otra, y esto resultará característico. [HN, I, p. 138, 1814]

Lo fundamental, lo importante, son los *acontecimientos en la vida* de todos los hombres, pero ante todo esos mismos hombres, las «figuras engañosas y sombras fugaces»¹⁷ que aparecen en escena. El *mecanismo* por el cual es llevado todo a efecto es el *destino*, el *Fatum*, con su instrumento, la necesidad, es decir, la cadena causal¹⁸. [HN, IV, 2, p. 35, 1859-1860]

Parece indudable que todos los bienes de la vida se hallan en poder del azar y nos volvemos desdichados cuando éste nos los quita, si hacemos consistir nuestra felicidad en ellos. Tan funesto destino ha de verse revocado por el correcto uso de la razón¹⁹. [MVR, II, Cap. 16]

Se ha mostrado que la idea del *ser* en el tiempo es la idea de un desgraciado estado, cómo el ser en el tiempo es el mundo, el reino del azar, del error y de la maldad; que el cuerpo es la voluntad hecha visible, que siempre quiere y nunca puede ser satisfecha; que la vida es una muerte permanentemente aplazada, una eterna lucha con la muerte, que finalmente debe vencer; que la humanidad y los animales, ambos sufrientes, son la idea de la vida en el tiempo; que el *querer vivir* es la verdadera condenación y la virtud y el vicio son tan sólo el grado más débil y el más fuerte de la voluntad de vivir; que es una insensatez temer que la muerte pueda arrebatarnos la vida. [HN, I, p. 118, 1814]

El recién nacido se mueve incesantemente, alborota y grita: desea de un modo intenso, aunque todavía no sabe lo que desea, ya que el medio de los motivos, el intelecto, está aún sin desarrollar. La voluntad está a oscuras en el mundo externo, donde están sus objetos, y alborota como un preso contra las paredes y los barrotes de su celda. De modo paulatino, se hace la luz. [MVR, II, Cap. 19]

Si a un estado indoloro se le añade, además, la ausencia de aburrimiento, se alcanza en esencia la llamada felicidad terrenal: el resto son quimeras. [PP, I, «Aforismos»]

En los primeros años de nuestra juventud, observamos nuestra vida futura como niños frente al telón del teatro, y aguardamos, en tensa y alegre espera, las cosas que están por venir. Por fortuna, no sabemos qué ocurrirá realmente. [Spicilegia, p. 285]

Así como no sentimos el peso de nuestro propio cuerpo, sino sólo el de los cuerpos extraños que deseamos mover, tampoco notamos nuestros propios *vicios y faltas*, aunque sí los ajenos. [*Spicilegia*, p. 405]

1. Schopenhauer se muestra insistente al conminar al lector a buscar en sí mismo (microcosmos) el conocimiento que habitualmente suele rastrearse en lo exterior, lo que nos pone sobre la pista del innegable legado socrático en el alemán, que recoge a su vez el inmortal imperativo de Delfos y que, además, dio título a su diario íntimo, traducido en esta misma editorial bajo el título de *El arte de conocerse a sí mismo*. También podemos aquí recordar las inolvidables palabras de Agustín de Hipona en *Las Confesiones* (X, 8), texto que Schopenhauer leyó y estudió con fruición: «Veo que los hombres viajan para contemplar, admirados, las cumbres de los montes, el oleaje embravecido del mar, la ancha corriente de los ríos, la inmensidad del océano y el giro de los astros y se olvidan de sí mismos» (Alianza Editorial: Madrid, 2015, p. 269). Léase el siguiente aforismo, en el que se vislumbra el influjo del poeta Novalis.

2. A juicio de Schopenhauer, sólo el arte y la filosofía intentan responder al qué de la existencia, y no al porqué. Este porqué, es decir, el conocimiento de las causas, es el propio de las ciencias (fundamentalmente de la física y la bioquímica).

3. Como se observa en este texto y en el siguiente, Schopenhauer fue un firme abanderado del autodomínio (*Selbstüberwindung*) y de la independencia en todos sus sentidos: intelectual, física y económica. Esta última fue la que le permitió dedicar su vida a la filosofía, gracias a la herencia paterna (por la que disputó en varias ocasiones con su madre y por la que sufrió ansiosamente cuando la vio amenazada, *vid.* introducción).

4. En latín en el original: «no admirarse de nada», lema horaciano de corte estoico.

5. Schopenhauer se muestra en este punto oracular, presagiando y poniendo las bases de la teoría de la represión freudiana. En una cita memorable, Schopenhauer llega a afirmar que el intelecto es un confidente al que la voluntad no revela todos sus secretos. Vivimos, en definitiva, entre sombras, y ni siquiera a nosotros mismos nos atrevemos a confesar nuestros más hondos

enigmas (algunos de los cuales, por añadidura, reposan en lo más profundo del inconsciente).

6. Emplea aquí Schopenhauer el rico concepto *Gemüth*, que también puede referirse al corazón en su vertiente más etérea y menos física, al alma, al espíritu, etc.

7. Quien permanece alegre siempre tiene un motivo para estarlo, precisamente el de estar alegre [nota de Schopenhauer].

8. Podemos ver en este fragmento el prelude de uno de los pensamientos más contundentes de la doctrina nietzscheana. El superhombre de Nietzsche, tantas veces malinterpretado, nos sugiere la idea de un ser que ha dejado atrás los atávicos prejuicios de la religión y la más vetusta moralidad, de un individuo que cobra conciencia de la necesidad de ser, y de ser más, a cada momento, un impulso al que Nietzsche denominó precisamente «salud de espíritu». Schopenhauer se esfuerza en este texto por distinguir entre la felicidad (siempre quimérica, acaso imposible) y la alegría, que nos invade en ciertos momentos de la vida y que nunca debemos dejar escapar (justamente porque procura «salud» en el sentido nietzscheano del término, es decir, nos procura poder, fuerza vital).

9. Aunque se trata de una región de la antigua Grecia, con el paso del tiempo se convirtió en un lugar imaginario donde reinan por doquier la felicidad y la paz. Constituyó una fuente de inspiración para numerosos y laureados artistas y poetas, Schiller entre ellos, de quien Schopenhauer toma en este caso la referencia (*vid.* poema «Resignación» [*Verzicht*], de Schiller).

10. Schopenhauer cita en griego la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, Libro VII, cap. 11 (1152b 15) (cfr. ed. Alianza Editorial: Madrid, 2017, pp. 257-258).

11. Téngase en cuenta la semejanza que guarda este texto de Schopenhauer con el siguiente de Baltasar Gracián: «Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirle en este mundo, pues trazó que entrase sin género alguno de conocimiento para deslumbrar todo reparo: a oscuras llega, y aun a ciegas, quien comienza a vivir, sin advertir que vive y sin saber qué es vivir. [...] Parece que le introduce en un reino de felicidades y no es sino un cautiverio de desdichas; que cuando llega a abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállase empeñado sin remedio, véese metido en el lodo de que fue formado» (en Gracián, Baltasar, *El Criticón*, Cátedra: Madrid, 2007, p. 113).

[12.](#) Es más que posible que Franz Kafka (1883-1924) leyera gran parte de los escritos schopenhauerianos. Quizá este texto preludie, *in nuce*, uno de los más contundentes del escritor de Praga: *En la colonia penitenciaria*, redactado en 1914.

[13.](#) Resulta muy instructivo a este respecto el enjundioso e imprescindible volumen, publicado en esta misma colección, *Notas sobre Oriente* (Alianza Editorial: Madrid, 2011), en el que Giovanni Gurisatti apunta muy certeramente que «la relación personal y filosófica que Schopenhauer establecía entre él y Buda y entre él y Oriente, así como la tesis de la superioridad de la cultura oriental sobre la occidental, en particular la judeocristiana», es fundamental para entender la doctrina schopenhaueriana.

[14.](#) *Schwermuth* es el término que emplea Schopenhauer. Aristóteles ya se había hecho una pregunta fundamental en uno de sus textos más enigmáticos: «¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes, resultan ser claramente melancólicos...?». Aristóteles constata, y desde aquel momento la cuestión se vuelve central en la reflexión de filósofos, médicos y fisiólogos, la existencia de momentos, circunstancias y vicisitudes que parecen convertir al ser humano en un *ek-statikos*, es decir, en alguien que, literalmente, «se sale de su lugar», se vuelve loco (como Áyax o Belerofonte, por poner dos ejemplos conocidos). Un «mal» que podía afectar tanto al cuerpo como al pensamiento o al alma. En este caso Schopenhauer alude a un tipo de «dulce» y «tranquila» (*sanfte, stille*) melancolía, que atempera el ánimo a fin de apaciguar el afán por satisfacer una y otra vez a la voraz voluntad de vivir.

[15.](#) Schopenhauer lleva a cabo una sutil pero fundamental diferencia en este fragmento: a su juicio, el estoicismo puede conducir a una cura un tanto aséptica de los males del mundo; pero no es este estoico quien llega a la suprema sabiduría, sino quien, haciéndose cargo del dolor y sufrimiento, es capaz de aceptarlos y asumirlos en su propia vida. A este respecto resulta fundamental la lectura del Capítulo 16 del segundo volumen de *MVR*: «Sobre el uso práctico de la razón y el estoicismo», donde Schopenhauer escribe: «Podemos considerar el estoicismo como una dietética espiritual».

[16.](#) En este aspecto práctico, así como en otros de vertiente más teórica, Schopenhauer se mantuvo muy cercano a uno de los más eminentes maestros del estoicismo clásico: Epicteto. Como leemos en uno de sus *Discursos* (Διατριβαί): «¿No oíste muchas veces que el deseo debes extirpar

totalmente [...]; que debes soltarte de todo, del cuerpo, la hacienda, la fama, los libros, tumulto, magistraturas, vida privada? Adondequiera que, en efecto, te inclines, te esclavizas, te sometes, te ves impedido, apremiado todo tú a merced de otros».

[17](#). Se hace aquí referencia a *Áyax*, obra de Sófocles (verso 125): «Veo, en efecto, que nosotros, cuantos vivimos, nada somos sino apariencias, otra cosa que vana sombra» (*vid.* ed. Alianza Editorial: Madrid, 2013, p. 68).

[18](#). Lejos de lo que se ha pensado habitualmente, el hondo pesimismo de Schopenhauer no encuentra su origen tanto en la observación del sufrimiento y el dolor, como en que tal sufrimiento y tal dolor carezcan de fundamentación (son *grundlos*, no tienen explicación alguna) y que, por otro lado, todo se encuentre sujeto a un férreo determinismo por el que se hace imposible que las cosas sean de otra manera. Un aspecto que Clément Rosset ha tratado con profundidad en sus textos sobre Schopenhauer (*vid.* su obra ya clásica, *Escritos sobre Schopenhauer*).

[19](#). De nuevo resuenan aquí los *Discursos* de Epitecto, cuando éste sostenía: «El principal quehacer en la vida es éste: distingue entre las cosas, sepáralas y di: “Las externas no dependen de mí, el albedrío depende de mí. ¿Dónde buscaré el bien y el mal? En lo interior, en lo mío”. Que en las cosas ajenas jamás hallarás ni bien ni mal, ni provecho ni daño, ni nada semejante».

Antropología y sociedad

Un frío día de invierno, un grupo de puercoespines se apretujaba para evitar congelarse y darse calor mutuamente. Pero pronto comenzaron a sentir las púas de unos y otros, lo que provocó que de nuevo se distanciaran. Cuando el apremio por calentarse volvió a juntarlos una vez más, se repitió aquel segundo inconveniente, de manera que fueron de aquí para allá entre ambos sufrimientos hasta que dieron con la distancia adecuada para poder aguantar mejor. Así, la necesidad de compañía, originada del vacío y la monotonía del propio interior, empuja a los hombres a unirse, aunque sus numerosas cualidades repugnantes e insoportables defectos vuelven a separarlos. La distancia intermedia con la que al fin dan, en la cual resulta posible permanecer juntos, es la cortesía y las finas costumbres. En Inglaterra, a aquel que no se atiende a dicha distancia se le grita: *keep your distance!*¹. A causa de ella la necesidad de calentarse sólo se satisface parcialmente, pero a cambio no se siente la punzada de las púas. Quien, sin embargo, posee un gran calor interior, prefiere mantenerse lejos de la sociedad para no causar ni recibir molestias. [PP, II, § 396]

La cortesía no es más que el disimulo acostumbrado y sistemático del egoísmo en las minucias del trato cotidiano, una hipocresía del todo reconocida. Sin embargo, se fomenta y elogia, pues lo que esconde, el egoísmo, resulta tan repulsivo que no se lo quiere ni ver, aunque se sepa que existe. [FM, § 14]

Que uno tenga más o menos razones para buscar o rehuir la compañía de la gente depende de si teme más el aburrimiento o la amargura. [*HN*, I, p. 101, 1814]

Lo que hace sociables a los hombres es su incapacidad para soportar la soledad y, ya en ella, a sí mismos. El vacío interior y el hastío son lo que les empuja a la sociedad o a ir de viaje al extranjero. [...] De ahí que intenten elevar su espíritu a través del vino, de forma que muchos acaban siendo alcohólicos. Por eso mismo necesitan una permanente estimulación externa, y por cierto la más fuerte, esto es, la causada por sus semejantes. Sin ello, el espíritu se derrumba bajo su propio peso y cae en un pesado letargo. [*PP*, I, «Aforismos»]

Así como el papel moneda circula y sustituye a la plata, también circulan por el mundo, en lugar del auténtico respeto y la verdadera amistad, las demostraciones y afectaciones que los imitan de la forma más natural posible. Por otra parte, cabría preguntarse si en verdad hay gente que merezca tal amistad y respeto.

La auténtica y genuina amistad presupone la participación objetiva, vehemente y del todo desinteresada en la felicidad o desdicha del otro, así como la identificación real con el amigo, a lo que se opone el egoísmo de la naturaleza humana hasta tal punto que la verdadera amistad pertenece a ese tipo de cosas que, al igual que las enormes serpientes marinas, no se sabe si existen realmente o si se trata de fábulas. [*PP*, I, «Aforismos»]

El Estado se ocupa únicamente de los *hechos*, de lo que ha sucedido: sólo éstos son para aquél lo real. El Estado no prohíbe que yo maquine un asesinato o un envenenamiento, siempre y cuando sus herramientas inhiban mi voluntad para llevar el acto a cabo.

La ética pregunta: ¿cuáles son los deberes de la justicia para con los demás?, ¿qué debo hacer? [*HN*, I, p. 16, 1812]

Y ¿qué son los Estados, con toda su artificiosa maquinaria enfocada hacia el interior y el exterior y con sus instrumentos de poder, sino un dispositivo para limitar la ilimitada injusticia de los hombres? [*PP*, II, «Aforismos»]

Quien no vive en soledad, tampoco vive en justa libertad; pues si no se está solo (y no se tiene sosiego) no se es libre. [*HN*, IV 1, p. 95, 1832]

Uno sólo se puede comprender por completo a sí mismo; a los demás, tan sólo a medias. [*PP*, II, § 6]

Los amigos se dicen sinceros; los enemigos lo son. Por eso, tendríamos que emplear la censura de estos últimos para el autoconocimiento, como una amarga medicina. [*PP*, I, «Aforismos»]

Para reconocer y admitir valor en los otros, uno debe tener alguno en sí mismo. [HN, I, p. 485, 1817]

La pobreza y la esclavitud son sólo dos formas, o casi podría decirse dos nombres, de la misma cosa cuya esencia consiste en que las fuerzas de un hombre no son en su mayor parte empleadas en su favor, sino en el de otros; de lo cual se sigue, por un lado, la sobrecarga de trabajo, y por otro, la miserable satisfacción de sus necesidades. [...] En efecto, para que unos pocos posean lo superfluo, lo innecesario y lo refinado, para que puedan satisfacer las más ficticias necesidades, se debe contar con la mayor masa disponible de mano de obra y, así, privar a quien lo precisa de la producción de los bienes más imprescindibles. [...] Por ello, mientras por una parte se mantenga el lujo, por la otra habrá de subsistir necesariamente el trabajo desmedido y la mala vida, ya sea bajo el nombre pobreza o esclavitud, de *proletarii* o de *servii* [...]. Todo esto esconde una única raíz, el lujo, que apenas hace felices a quienes lo disfrutan, sino más bien enfermizos y malhumorados. Así, la eliminación del lujo sería lo más efectivo para reducir e incluso superar la miseria humana². [PP, II, § 125]

Es más sabio dedicarse a conservar la propia salud y cultivar las propias capacidades que a amasar riquezas, lo que no debe malinterpretarse para dejar de adquirir lo necesario y razonable. La verdadera riqueza, es decir, la boyante abundancia, no es capaz de hacer mucho por nuestra felicidad, de ahí que muchos ricos se sientan infelices, pues carecen de una genuina formación intelectual, de conocimientos y, por ello, escasea en ellos un interés objetivo que les faculte para una ocupación espiritual. [PP, I, «Aforismos»]

Quien es mezquino conoce sin más su propio ser, su propia e insustancial persona, que se pierde entre la multitud. Quien es *grande* reconoce su propio ser, a sí mismo, en la totalidad de las cosas [...]. Por lo general, los seres humanos suelen ser mezquinos y, por eso, no pueden llegar a ser *jamás* grandes. Pero [...] un gran hombre no puede ser *siempre* grande, ya que, como ser humano, tampoco puede prescindir de su propia individualidad y, así, cae en la mezquindad: por esta razón nadie es un héroe para su ayuda de cámara. [MdSch, IX]

Quien teme a los hombres es llamado cobarde y muestra falta de confianza en sus fuerzas corporales. Quien teme la soledad y muestra una falta de confianza en sus fuerzas espirituales, ¿cómo debería ser llamado? [HN, I, p. 108, 1814]

Toda mentira es una injusticia. [...] Quien se niega a mostrarme el camino es sin más poco complaciente, pero quien me indica un camino falso me hace un mal. [HN, I, p. 490, 1817]

Lo que se opone a que los hombres *lleguen a ser más sabios y prudentes* es, entre otras cosas, la brevedad de la vida. Cada treinta años llega una generación nueva que no sabe nada y tiene que empezar desde el comienzo. [apuntes *Senilia* para los *Parerga*]

El *determinismo* es un hecho indiscutible [...]. A consecuencia, el mundo deviene en un juego de marionetas movidas por hilos (motivos), sin saber a quién le divierte tal espectáculo: si la pieza teatral posee un guion y se aviene a un plan, hay entonces un *funesto destino*; si no lo hay, el director de tal espectáculo es entonces la ciega necesidad³. [MVR, II, Cap. 25]

Suele decirse que la barba es natural en el hombre, y, desde luego, es totalmente adecuada al hombre en su estado de naturaleza; pero, igualmente, lo es el hombre afeitado al hombre en estado de civilización, porque indica que la fuerza bruta del animal, cuya señal inmediatamente perceptible para todos es aquella excrecencia peculiar del sexo masculino, ha tenido que rendirse aquí ante la ley, el orden y la civilización. [PP, I, «Sobre la filosofía de universidad»]

Una gran superioridad intelectual aísla más que cualquier otra cosa y provoca un odio encubierto. Lo contrario es lo que hace tan universalmente queridos a los tontos. [MVR, II, Cap. 19]

Cada cual, incluso el hombre más insignificante, se encuentra en su conciencia simple como el más real de todos los seres y reconoce en sí mismo, necesariamente, el auténtico centro del mundo e incluso la fuente originaria de toda realidad. [...] Tal es, pues, el resultado de la consideración orientada hacia el interior, mientras que la dirigida al exterior nos hace ver una montaña de cenizas como el fin de nuestra existencia. [PP, II, § 20]

En sus relaciones la gente sólo muestra siempre, como la luna y los lisiados, una de sus caras. [HN, I, p. 82, 1814]

El ánimo humano tiene abismos, oscuridades y complejidades difíciles de aclarar y descubrir desde fuera. [MVR, I, § 69]

Un justificado desagrado hacia los hombres nos espanta de ellos hacia la soledad. Pero la monotonía que ésta nos causa nos atemoriza y encoge el corazón. Para escapar de ella y de su opresión nos vemos empujados a sobrellevarla en compañía. Es decir, se debe aprender a estar solo en sociedad, sin compartir todo cuanto uno piensa con los otros ni aceptar sin más lo que otros dicen, esperando poco de ellos en lo intelectual y en lo moral y, con respecto a ello, mantenerse indiferente sobre sus opiniones para no perder jamás las formas. Por eso, hay que estar entre ellos sin pertenecerles del todo: así se acabará por no exigir mucho de ellos, considerándolos sin excepción como un objeto que se presenta con todos sus vicios y defectos; si uno nunca se sitúa en franco contacto con los hombres y guarda *a distant behaviour* [una actitud distante], no será herido ni mancillado por ellos y podrá soportarlos. Visto así, la sociedad puede compararse con un fuego donde el sensato se calienta a una cierta distancia, sin meter la mano, y no como el mentecato que, después de haberse quemado, escapa al frío de la soledad y se lamenta de que el fuego queme.

Pero se requiere de paciencia: ni carne ni pescado; ni soledad ni compañía. [HN, I, p. 112, 1814]

Toda superioridad de rango, nacimiento, e incluso la regia, la de la riqueza, etc., es a *la verdadera superioridad personal*, la del gran genio o el gran corazón, como los reyes del teatro a los reyes reales. [PP, I, «Aforismos»]

A veces hablo con las personas al igual que el niño lo hace con su muñeco: aunque sabe que éste no le entiende, crea a sabiendas el grato autoengaño de que se da la alegría de la conversación. [HN, I, p. 402, 1816]

Entre hombre y hombre se abre siempre, como un ancho abismo, el *egoísmo*. Si uno salta realmente alguna vez sobre él para ir en auxilio de otro, es como un milagro que cosecha asombro y aplauso. [apuntes *Senilia*]

Vemos [el egoísmo] en la historia del mundo y en nuestra propia experiencia. Aunque donde se presenta con mayor claridad es en una turbamulta desligada de toda ley y todo orden: ahí se muestra de manera evidente el *bellum omnium contra omnes* [guerra de todos contra todos] que tan excelentemente ha expuesto Hobbes en el primer capítulo del *De Cive*⁴. Esto evidencia cómo no sólo intentamos arrebatarnos a los otros lo que anhelamos, sino cómo incluso a menudo los unos llegan a destrozar toda la felicidad o la vida de los otros para aumentar de manera insignificante su propio bienestar. Tal es la más alta manifestación del egoísmo. [...] Ya descubrimos que el sufrimiento resulta esencial e inseparable de toda vida: una fuente principal de este sufrimiento, tan pronto como aparece bajo una forma determinada, es la *Eris*⁵, de la que se

desprende el egoísmo y la lucha de todos los individuos, la expresión de la contradicción, de la que está plagada en su seno la voluntad de vivir. [MdS, VI]

El gran público cree que con los libros sucede como con los huevos: hay que disfrutarlos cuando están aún frescos; de ahí que siempre se busque lo nuevo. [HN, IV, p. 215, 1836]

Que las mentes vulgares estén tan expuestas al aburrimiento se debe a que su intelecto no es más que el *medium* [medio] de *los motivos* para su voluntad. Si no tienen a mano ningún motivo que puedan captar, entonces la voluntad descansa y el intelecto huelga –y éste lo hace porque, en igual medida que aquélla, no actúa por iniciativa propia–. El resultado es un horrible estancamiento de todas las fuerzas en el hombre, el aburrimiento. Para hacerle frente se presentan entonces a la voluntad motivos nimios, sólo fugaces y escogidos al azar, a fin de estimularla y, de este modo, provocar a su vez la entrada en actividad del intelecto, que debe concebir aquellos motivos. Éstos son a los reales y naturales como los billetes bancarios a la plata, puesto que su validez es una suposición arbitraria. Ahora bien, estos motivos son los juegos, las cartas, etc., que han sido inventados para dicho fin. Si faltan, el hombre vulgar se ayuda sonsoneteando y entreteniéndose con todo lo que le viene a la mano. También el cigarro es para él un bienvenido sucedáneo de las ideas. [PP, I, «Aforismos»]

Existen en la tierra paisajes realmente hermosos; pero con los figurantes que en ellos aparecen todo va mal, de ahí que no haya

que prestarles atención. [PP, II, § 381]

De igual modo que las antorchas y los fuegos artificiales palidecen y cesan de brillar ante la llegada del sol, el ingenio, el genio e igualmente la belleza quedan eclipsados y oscurecidos por la bondad del corazón⁶. [MVR, II, Cap. 19]

Hay en efecto mucha gente que se ríe del ruido y que es insensible a él: pero son esos mismos los que también resultan insensibles a las razones, a los pensamientos, las poesías y las obras de arte, o en una palabra: insensibles a las impresiones espirituales de cualquier tipo. [...] La más sensata e ingeniosa de todas las naciones europeas cuenta incluso con la regla *never interrupt* (no interrumpas nunca), tenida por el undécimo mandamiento. Pues el ruido es la más impertinente interrupción, ya que detiene, cuando no hace fracasar, nuestros propios pensamientos [...]. La tolerancia generalizada con los ruidos innecesarios, como por ejemplo los impertinentes y vulgares portazos, es sin duda un signo del a su vez generalizado embotamiento y falta de ideas de las mentes. [PP, II, § 378]

Resulta admirable la estoica indiferencia de las mentes vulgares frente al barullo; ningún ruido les inquieta al pensar, leer o escribir, mientras que tal cosa resulta imposible para una mente excelsa. [...] Desde hace mucho tiempo profeso la opinión de que la cantidad de ruido que cada uno puede soportar sin incomodarse está en relación inversa a su inteligencia y puede considerarse como una medida aproximada de sus facultades. [MVR, II, Cap. 3]

La *vulgaridad* no consiste en el fondo sino en que en la conciencia adquiere total preponderancia el querer sobre el conocer, con lo cual alcanza el grado en que el entendimiento tan sólo se presenta al servicio de la voluntad [...]. Ahora bien, el acto de querer sin conocimiento es lo más ordinario de cuanto existe: cualquier pedazo de madera lo tiene, y lo muestra sin más cuando cae. Por eso, ese estado constituye la vulgaridad. En el individuo vulgar sólo permanecen activos los instrumentos de los sentidos y la escasa actividad del entendimiento requerida para la aprehensión de sus datos, por lo cual está constantemente abierto a todas las impresiones, o sea, percibe todo lo que sucede fugazmente a su alrededor, de manera que el tono más leve y la circunstancia más insignificante despiertan de inmediato su atención, de igual forma que en los animales. Todo este estado se hace visible en su rostro y en toda su apariencia, de donde surge el aspecto vulgar cuya impresión es aún más deleznable cuando, como en la mayoría de los casos, la voluntad que llena por completo la conciencia es baja, egoísta y, en general, mala. [PP, I, «Aforismos»]

Todo el que ofrece algo valioso y genuino ha de librar una encarnizada batalla contra la irreflexión, la torpeza, el gusto atávico, los intereses privados y la envidia. [PP, I, «Fragmentos...»]

Cada cual tiene, independientemente de lo que en realidad sea en sí mismo, un *papel* que desempeñar, un papel que le ha impuesto el destino en cuanto ha determinado su estado, su educación y sus circunstancias. La aplicación útil que me parece la más inmediata es que, en la vida, como en el escenario, se debe distinguir al actor de su papel, o sea, al hombre en cuanto tal de lo que representa, del

papel que le han impuesto el estado y las circunstancias. Así como a menudo el peor actor hace de rey y el mejor de mendigo, así puede ocurrir también en la vida, y también aquí resulta estúpido confundir al actor con su papel. [HN, IV, 2, p. 13, 1853-1854]

El conocimiento de un individuo destacado no puede tener vigencia mientras el espíritu de la época no esté maduro para acogerlo. [PP, I, «Esquema de una historia...»]

Los hombres carentes de genio no pueden soportar en absoluto la soledad: la contemplación de la naturaleza, del mundo, no les entretiene. Esto se debe a que siempre y tan sólo tienen su voluntad frente a sus ojos y por eso no ven nada de los objetos sin relación con su voluntad, con su persona. [HN, I, p. 211, 1814]

Cuanto más tiene uno en sí mismo, menos precisa de fuera y menos pueden significar los demás para él. De ahí que la excelencia de espíritu empuje a la insociabilidad. [...] Es en la soledad donde cada uno es remitido a sí mismo, donde se muestra lo que *tiene en sí mismo* [...]. La gente corriente tan sólo piensa en *pasar* el tiempo; quien posee algún talento, en *aprovecharlo*. [PP, I, «Aforismos»]

El hombre prefiere fiarse más de la gracia ajena que de sus propios méritos: tal es el fundamento principal del teísmo. [PP, I, «Fragmentos sobre...»]

Cabe comparar la conversación entre un espíritu eminente y una cabeza ordinaria a un viaje que uno emprendiera montado sobre un imponente corcel y el otro a pie. Muy pronto ambos se sentirían molestos y a la larga resultaría imposible. En un trayecto corto el jinete puede desmontar para andar con el otro, aunque entonces la impaciencia de su caballo le dará mucho trajín. [MVR, II, Cap. 15]

¿Por qué un pintor ordinario nos representa tan mal un paisaje, a pesar de sus esfuerzos? Porque no lo ve más bello. Y ¿por qué no lo ve más bello? Porque su intelecto no está lo suficientemente separado de su voluntad. El grado de esta separación establece grandes diferencias intelectuales entre los hombres; pues el conocer es tanto más objetivo y exacto cuanto más se ha desligado de la voluntad; de la misma manera, es mejor el fruto que no sabe al suelo en que ha nacido. [VN, 3]

Bonaparte no es en realidad peor que muchos hombres, por no decir la mayoría. Posee precisamente el *egoísmo* que resulta habitual, el de buscar el propio bien a costa de los demás. Lo que le distingue es sin más la mayor fuerza para dar satisfacción a esa voluntad [...]. El hecho de poseer una fuerza semejante le hizo poner de manifiesto toda la maldad de la voluntad humana: los sufrimientos de su época, la otra cara necesaria de la moneda, pusieron de relieve la desolación con la que está indisolublemente ligada la voluntad malvada, de la cual el mundo es la manifestación total. [...] La diferencia entre quien causa el sufrimiento y quien lo padece es sólo fenoménica. Todo es una voluntad de vivir, el sufrimiento es único, a través de cuyo conocimiento se puede invertir y terminar. [HN, I, pp. 202-203, 1814]

Así habla la naturaleza [...]: «El individuo es nada y menos que nada. Destruyo a millones de individuos todos los días, por diversión y para pasar el rato. Pongo su destino en manos de mi vástago más caprichoso y travieso, el azar, que los apresa a placer. Millones de nuevos individuos creo cada día sin merma ninguna de mi poder creador, de la misma forma que no se agota la potencia de un espejo por el número de imágenes solares que proyecta sucesivamente sobre la pared. El individuo no es nada». [MVR, II, Cap. 47]

No hay mayor felicidad que la de tener buena relación consigo mismo y poder prescindir de la *sociedad*: pues todo mal surge de la *sociedad*. «Es un insociable», dirán, «Es un hombre de grandes cualidades». [Spicilegia, p. 415]

1. En inglés en el original: «¡Mantén la distancia!».

2. A pesar de la vertiente netamente reaccionaria y conservadora del pensamiento de Schopenhauer, es cierto que en todo este parágrafo, en el que condena firmemente los excesos del lujo (en una línea muy similar a la planteada por Helvétius, a quien tanto leyó, en *Del espíritu*), sus argumentos se solidarizan con la pobreza y la causa obrera. Recordemos que el siglo XIX fue una época repleta de reivindicaciones trabajadoras y de revoluciones que recorrieron toda Europa.

3. Léase a este respecto el siguiente fragmento de *HN*, IV, 1, p. 20: «... a causa del secreto poder que gobierna los sucesos incluso más azarosos de nuestra vida, deberíamos acostumbrarnos a enjuiciar cualquier acontecimiento como *necesario*, fatalismo bastante tranquilizador y que en lo general es correcto».

4. Obra del inglés Thomas Hobbes publicada por vez primera en 1642. Existe edición española en Hobbes, Thomas, *De Cive*, Alianza Editorial: Madrid,

2016.

5. Diosa griega de la discordia (Ἔρις). *Vid.* Hesíodo, *Teogonía*, vv. 227-232 (ed. Alianza Editorial: Madrid, 2017, p. 45): «Por su parte, la odiosa Eris dio a luz a la penosa Fatiga, al Olvido, al Hambre, a los Dolores que hacen llorar, a las Batallas, Luchas, Asesinatos, Masacres de hombres, Riñas, Falsedades, Discursos, Ambigüedades, Mala Ley, Ofuscación, amigos íntimos, y a Horco, el que mayor desgracia causa a los hombres en la tierra, cuando alguien voluntariamente comete perjurio».

6. Como queda patente a lo largo de toda su obra, para Schopenhauer sólo existe un móvil moral: la compasión (*Mitleid*), ya que ante «la infrecuente bondad de corazón», que se manifiesta muy raramente, «todo lo demás debe callar»: «pues la bondad de corazón es una propiedad trascendente, pertenece a un orden de cosas muy por encima de esta vida y es incomparable con cualquier otra perfección». Léase al respecto su escrito sobre ética *El fundamento de la moral*.

Sufrimiento y desamparo

La vida no es, ciertamente, un regalo del que gozar, sino una tarea, una carga, un trabajo. [HN, III, p. 585, 1829]

Un Dios dispuesto a transformarse en un mundo como el nuestro habría de estar poseído por el diablo. [MVR, II, Cap. 28]

El mejor consuelo contra el mal es la convicción de su *absoluta necesidad*. [HN, I, p. 399, 1816]

Allí donde respira un ser vivo, hay otro para devorarlo. [VN, «Anatomía comparada»]

Si el *sufrimiento* no es el auténtico y verdadero fin de la vida, entonces nuestra existencia es lo más estúpido que puede pensarse. [Spicilegia, p. 400]

Sea lo que sea después de *mi muerte* –quizá sea nada–, será algo tan natural y evidente como mi existencia orgánica, biológica. Por

eso, y a lo sumo, sólo debo temer el momento de la transición.
[*Spicilegia*, p. 402]

Disfrutar el presente y convertirlo en el objetivo de la propia vida es signo de la mayor sabiduría (ya que es lo único real, todo lo demás es imaginario), pero también supone la mayor majadería: pues lo que ya no será en el próximo instante, lo que desaparece tan rápidamente como un sueño, carece de valor. Y es que cada suceso de nuestra vida presente sólo dura un parpadeo, y en cambio pertenece por un tiempo infinito al «fue». Cada día que pasa somos más pobres. Nos volveríamos locos si contempláramos esta continua expiración de nuestro corto período de tiempo, si en el fondo de nuestro ser no reposara la conciencia secreta de que nos pertenece el pozo inagotable de la Eternidad, que renueva continuamente el tiempo y la vida. En cualquier caso, esto muestra la nihilidad de nuestra existencia. [*HN*, III, pp. 566-567, 1829]

La miseria de la vida se muestra muy claramente en el hecho de necesitar entretenimientos¹, y en este sentido estimamos cada hora que pasa como una ganancia: sin embargo, es por la conservación más larga posible de esa misma vida por la que se realizan todos los esfuerzos. [*HN*, I, p. 486, 1817]

Para nuestro *carácter moral* el *sufrimiento* es tan necesario como para nuestro cuerpo la presión del aire. Sin ella, el cuerpo explotaría; sin el sufrimiento, nuestro carácter se echaría a perder con deseos y pasiones de todo tipo. [*HN*, I, p. 93, 1814]

Las tonadas de la música celestial no han cesado de sonar a lo largo de estos siglos de barbarie: el eco inmediato de lo eterno permanece en nosotros, comprensible para todos nuestros sentidos y más sublime que cualquier vicio y virtud. [Carta a su madre Johanna, 1806]

La desgracia es el requisito de la compasión, así como la compasión es el manantial del que surge la caridad. Esta consideración se relaciona con la observación de que nada calma tan rápido nuestra ira, incluso si está justificada, como la afirmación «Es un desgraciado». Lo que la lluvia es para el fuego, tal es la compasión para la ira. [FM, § 19]

¡Envidiable situación la nuestra! Vivir un breve lapso de tiempo, fustigados por fatigas, problemas, angustia y dolor, sin saber lo más mínimo *de dónde, hacia dónde y para qué*, y teniendo además a los sacerdotes de todos los colores con sus respectivas *revelaciones* sobre este asunto, además de las amenazas contra los no creyentes. Por añadidura, nos vemos mutuamente y tratamos los unos con los otros como *máscaras* con máscaras. No sabemos quiénes somos, máscaras que ni siquiera se conocen a sí mismas. [PP, II, § 39]

Nuestra vida es tan pobre que no hay tesoros en el mundo que puedan hacerla rica. [HN, IV, 2, p. 15, 1854-1855]

Cuando tenía diecisiete años, sin haber recibido aún formación escolar, quedé sobrecogido por la miseria de la vida al igual que Buda en su juventud, cuando contempló la enfermedad, la vejez, el dolor y la muerte. La verdad, que habló clara y nítidamente a través del mundo, se impuso pronto a los dogmas judíos que me fueron inculcados, y mi conclusión fue que este mundo no podía ser obra de un Dios bondadoso, sino más bien la de un diablo que lo hubiera traído a la existencia para recrearse en la contemplación de su martirio². [HN, IV, 1, p. 96, 1832]

La vida *jamás* es bella; sólo son bellas sus imágenes, transfiguradas en el espejo del arte o la poesía; sobre todo en la juventud, cuando aún no conocemos la vida. [MVR, II, Cap. 30]

Un *crimen* o un *pecado* no son más que el signo y la característica de cuán firmemente una voluntad se ha aferrado a la vida, de cómo se ha acomodado en ella. La vida es un sufrimiento terrible que se distribuye azarosamente. [HN, I, p. 160, 1814]

El sufrimiento del mundo animal sólo puede justificarse por el hecho de que la voluntad de vivir, al no haber nada fuera de ella en el mundo fenoménico y al ser una voluntad hambrienta, ha de *alimentarse de su propia carne*. De ahí la caza, la angustia y el sufrimiento. [MVR, I, § 28]

Qué hermoso sería un mundo en el que la verdad no pudiera ser paradójica, donde la virtud no conllevara sufrimiento alguno y en el que cada belleza fuera aplaudida. [HN, I, p. 323, 1815]

Si los hombres no fueran tan zafios, su destino general no sería tan triste. En este sentido se puede afirmar que el mundo mismo es ya el juicio final. Si pudiéramos colocar todo el sufrimiento del mundo en un platillo de la balanza y toda la culpa en el otro, el fiel quedaría equilibrado. [MVR, I, § 63]

Cuando la miseria de esta tierra nos golpea, nos entretenemos como verdugos de nosotros mismos en presuponer tras ella *la imagen del auténtico y espantoso mal*, y entonces sentimos la necesidad de correr y lamentarnos. La educación de la razón nos permite reconocer y evitar tal engaño: eso querían seguramente los estoicos³. [HN, I, p. 9, 1808-1809]

Aunque todos desearían permanecer en reposo, la necesidad y el aburrimiento son como latigazos que conservan el movimiento de la peonza. [MVR, II, 28]

Una vida individual ha ofrecido su fruto completo cuando el hombre se retira de ella sin conservar ningún deseo ni de ella ni de sus alegrías, cuando se ha curado de la adicción que se manifestó como vida. Todo lo demás es indiferente y tiene un valor secundario [...]. A través del sufrimiento el hombre es purificado y finalmente

santificado, es decir, liberado de la voluntad. En este sentido es la cruz el símbolo de la religión católica. Por eso el sufrimiento tiene una *fuerza salvífica*. [HN, III, pp. 590-591, 1829]

Los animales se devoran unos a otros, los seres civilizados se traicionan mutuamente: a esto llamamos el curso del mundo. [Spicilegia, p. 356]

Cuanto más clara se nos hace la conciencia de la fragilidad, la nihilidad y la naturaleza onírica de todas las cosas, tanto más clara se vuelve la conciencia de la eternidad de la propia esencia interior, pues aquella naturaleza de las cosas sólo se conoce por oposición a ésta, de igual forma que sólo se percibe el rápido desplazamiento de nuestro barco cuando dirigimos la mirada hacia tierra firme, y no hacia el barco mismo. [PP, II, § 138]

El mundo no es más que el infierno, y los hombres son, por un lado, las almas atormentadas, y por otro, los demonios. [PP, II, § 156]

El carácter de las cosas de este mundo, sobre todo del mundo humano, no es tanto la *imperfección* (como a menudo se ha dicho) como la *deformación*, en lo moral, en lo intelectual, en lo físico, en todo. [PP, II, § 156a]

Las religiones son como las luciérnagas: necesitan la oscuridad para iluminar. [PP, II, § 174]

Con su esplendor y grandeza, templos e iglesias, pagodas y mezquitas, nos hacen ver (en toda nación y todo tiempo) la necesidad metafísica del hombre, tan vigorosa e indestructible como la física. En términos satíricos podemos decir que tal necesidad es como un muchacho contentadizo que prefiere una fiesta muy pobre⁴. [MVR, II, Cap. 17]

En todo negocio humano hay algo que no está en nuestro poder y no entra en nuestros cálculos: el deseo de conquistar esto es el origen de los dioses. [MVR, I, Apéndice]

La conciencia de los animales es una simple sucesión de presentes, ninguno de los cuales se anuncia como un futuro antes de aparecer, ni como pasado tras su desaparición; esto es algo específico de la conciencia humana. Por eso los animales *sufren* infinitamente menos que nosotros, pues ellos no conocen otros dolores que los provocados inmediatamente por el *presente*. [...] Los animales no sienten propiamente ni siquiera la muerte, sólo pueden conocerla cuando se presenta, pero entonces ellos ya no están ahí. La vida del animal es un continuo presente. El animal vive sin reflexión y entregado por entero y de modo continuo al presente. [...] Entre el animal y el mundo externo no hay nada, pero entre nosotros y ese mismo mundo están siempre nuestros pensamientos [...]. En general, los animales juegan siempre, por así expresarlo, con las

cartas boca arriba, [mientras] que el obrar humano lleva el sello de la premeditación. [MVR, II, Cap. 5]

Nuestros mayores padecimientos no moran en el presente en forma de representaciones intuitivas o sentimientos inmediatos, sino en la razón a través de conceptos abstractos y torturadores pensamientos de los que carece el animal por vivir sólo en el presente. [MdS, III]

La infinitud del tiempo y la nihilidad de todo su contenido se siguen recíprocamente la una de la otra. Lo que desde lo inagotable se da sin fin ni medida no puede existir en sí mismo, sólo puede ser un engaño, no puede tener valor alguno. [HN, I, p. 89, 1814]

Todo hombre que a causa de violentos dolores corporales o una gran penuria espiritual sufre por una afligida voluntad, o también alguien que lleva a cabo cualquier penosa tarea con el sudor de su frente, pero todo ello con serenidad y resignación; un ser tal siempre me parece como un enfermo que precisa de una dolorosa cura, acaso de incisivos medios, o de baños de vapor, etc., pero que soporta el dolor con paciencia e incluso con cierta satisfacción, pues sabe que cuanto más sufra mejor será eliminada la causa de la enfermedad, y por eso el dolor es la medida de su curación y puede ser considerado casi como la propia sanación⁵. [HN, I, p. 148, 1814]

Los caprichos originados en el *instinto sexual* guardan una analogía completa con los *fuegos fatuos*, pues confunden de la forma más

vívida. Si los seguimos, nos llevan a un lugar inmundo y luego desaparecen. [HN, IV, 2, p. 26, 1857-1858]

Así como el cuerpo humano más bello guarda en su interior excrementos y mefíticos vapores, también el más excelso carácter contiene alguna malvada tendencia y el más grande de los genios alberga estrechas miras e incluso la locura⁶. [HN, I, p. 341, 1816]

La vida de todo hombre genial es sin excepción trágica, si bien es cierto que, contemplada desde fuera, parece muy tranquila. [HN, I, p. 92, 1814]

El cristianismo dice: «la *muerte* entró en el mundo a través del *pecado*». Pero la muerte no es más que la expresión exagerada, estridente, retumbante y pesada de lo que el mundo es de una punta a otra. Por eso también se puede decir: el mundo es a través del pecado. [HN, I, p. 251, 1815]

Quien comete un error individual habrá de expiarlo alguna vez y a menudo ha de pagarlo muy caro; lo mismo vale extendiéndolo a los errores colectivos de todo un pueblo. Por eso no puede dejar de repetirse que cada error, allí donde se encuentre, ha de ser perseguido y extirpado como un enemigo de la humanidad, y que no puede haber errores privilegiados. El pensador debe atacarlos, aun cuando la humanidad, al igual que un enfermo cuya úlcera toca el médico, grite con ello. [MVR, II, Cap. 6]

El hecho de que detrás de la *angustia* se halle de inmediato el *aburrimiento*, que afecta incluso a los animales más inteligentes, es consecuencia de que la vida no tiene ningún auténtico y verdadero contenido, sino que sólo se mantiene en movimiento por necesidad e ilusión; tan pronto como ese movimiento se detiene, comparece toda la esterilidad y el vacío de la existencia. [*PP*, II, § 146]

O bien todo es perfecto [...] y entonces cada sufrimiento, cada error, cada desazón [...] tendría que ser en realidad el mejor medio, el más inmediato y el único adecuado, más allá de cualquier conexión con el resto; o bien –¿quién podría defender tal supuesto tras haber visto este mundo?– existen otras dos posibilidades: hemos de admitir –si no aceptamos un malvado designio– el poder de una voluntad buena junto a otra mala que la obliga a tomar caminos desviados, o bien ese poder es sin más asunto del azar y, por tanto, debemos atribuir imperfección a la voluntad dirigente, ya sea en su inteligencia o en su poder. [*HN*, I, p. 9, 1808-1809]

La esencia más íntima de la naturaleza no se puede conocer. [...] La oscuridad de la vida no puede ser disipada, como si estuviéramos aislados de alguna luz originaria, o como si nuestro horizonte estuviera restringido por algún obstáculo externo, o como si la fuerza de nuestro espíritu no estuviera a la altura de la enormidad del objeto [que intenta conocer] [...]. El conocimiento es una luz en medio de una ilimitada y primigenia oscuridad, en la cual aquélla se pierde. Por eso esas tinieblas se hacen tanto más perceptibles cuanto mayor sea esa luz, porque así roza más puntos de las fronteras de tal oscuridad: quiero decir que, cuanto más inteligente es un hombre, más circundado se sentirá por la oscuridad, y por ello

se verá estimulado a filosofar. Por el contrario, el mentecato no sabe ni siquiera de qué oscuridad se trata y todo lo encuentra absolutamente natural: por eso no siente la necesidad de hacer filosofía. [MdS, IX]

¡Oh voluptuosidad, oh infierno,
oh sentidos, oh amor,
que no pueden ser vencidos
ni satisfechos!
Desde las alturas del cielo
me habéis arrastrado
y arrojado
en el polvo de esta tierra:
allí permanezco encadenado.
[HN, I, p. 1, 1804-1806]

La vida del fastuoso mundo de los nobles no es en realidad nada más que una continua y desesperada lucha contra el aburrimiento. La vida de las clases más bajas es una perpetua lucha contra la necesidad. [HN, III, p. 163, 1822-1823]

La ley de motivación [...] sólo se extiende a las acciones individuales, no al querer *en conjunto y en general*. A eso se debe que, cuando nos hacemos cargo del género humano y su actividad *en conjunto y en general*, no se nos presente (como cuando contemplamos las acciones individuales) bajo la forma de un juego de marionetas que se mueven con hilos exteriores, como las marionetas tradicionales, sino que, desde estepunto de vista, se

asemejan a marionetas puestas en movimiento por un mecanismo interior. Pero si [...] comparamos la infatigable, seria y penosa actividad del hombre con lo que obtiene a cambio o en algún momento puede obtener, se pone de manifiesto la desproporción, al reconocer que lo que se ha de conseguir, interpretado como fuerza motriz, resulta insuficiente para explicar ese movimiento y ese inquieto ajeteo. Pues, en efecto, ¿qué significa un breve aplazamiento de la muerte, un mínimo alivio de la necesidad, un retroceso del dolor, un momentáneo silenciamiento del deseo, frente al repetido triunfo de todos ellos y la certeza de la muerte? ¿De qué son capaces tales ventajas tomadas como causas motrices reales de un innumerable género humano constantemente renovado que sin cesar se mueve, se agita, se presiona, se tortura, se inquieta y representa toda la tragicómica historia universal e incluso, aún más, *persevera* todo lo posible en esta burlesca existencia? De seguro, nada de eso puede dilucidarse si buscamos las causas motrices fuera de las figuras y consideramos que, como resultado de una reflexión racional o de algo parecido (como hilos que tiran de él), el género humano aspira a aquellos bienes que se le ofrecen, cuya obtención resultaría una adecuada recompensa a su constante esfuerzo y tormento. Tomado así el asunto, hace tiempo que todos habrían dicho: *le jeu ne vaut pas la chandelle* [el juego no merece la pena], y habrían salido de él. Muy al contrario, cada cual custodia y protege su vida como una valiosa prenda confiada a su responsabilidad, consumiéndola con frecuentes preocupaciones y constantes necesidades; todos ignoran el para qué y el porqué, la recompensa, y más bien asumen sin reparo, henchidos de buena fe, el valor de aquella prenda sin sospechar en qué consiste. Por eso he dicho que aquellas marionetas no son movidas desde fuera, sino que cada una porta el mecanismo del que se originan sus movimientos. Éste es la *voluntad de vivir*, que se muestra ahora como un incansable motor, un impulso irracional que no tiene su razón suficiente en el mundo externo. Ella mantiene a los individuos en el escenario y es el *primum mobile*⁷ de sus movimientos, mientras que los objetos externos, los motivos, sólo determinan su

dirección en cada caso particular: si no, la causa no sería proporcional a su efecto. Pues, igual que toda manifestación de una fuerza natural tiene una causa pero la fuerza natural misma carece de ella, de igual modo cada acto volitivo individual tiene un motivo, pero no así la voluntad en general: ambas son, en el fondo, una y la misma cosa. Como lo metafísico, la voluntad es siempre la frontera de toda consideración más allá de la cual no se puede ir. En virtud del carácter originario e incondicionado de la voluntad se explica así que el hombre ame por encima de todo una existencia repleta de necesidad, penalidades, dolor, miedo, y también de aburrimiento, que, considerada desde un punto de vista objetivo, tendría que detestar, así como que tema su final sobre todas las cosas, lo único cierto para él⁸. En conformidad con ello, a menudo vemos una triste figura, desfigurada y encorvada por la edad, la carencia y la enfermedad, implorar nuestro auxilio desde el fondo de su corazón para prorrogar una existencia cuyo fin habría de parecerle deseable, si lo que aquí primara fuera un juicio objetivo. En su lugar, lo determinante es una ciega voluntad que se presenta como impulso y ánimo de vivir: es lo mismo que hace crecer las plantas. Este impulso vital podría compararse con una cuerda tendida sobre el escenario de marionetas del mundo humano, de la que colgasen los muñecos a través de hilos invisibles, mientras que sólo son soportados *en apariencia* por el suelo a sus pies (el valor objetivo de la vida). Si la cuerda cede, la marioneta desciende; si se rompe, la marioneta caería, pues el suelo la soporta sólo en apariencia: el debilitamiento de aquel ánimo de vivir se muestra como hipocondría, *spleen*⁹, melancolía; su total agotamiento se manifiesta como tendencia al suicidio, que acontece entonces por el motivo más nimio o incluso imaginario, ya que el hombre busca estar en combate consigo mismo para pegarse un tiro, al igual que algunos lo hacen con otros con el mismo fin; o incluso, en otros casos, es empujado al suicidio sin motivo alguno. [MVR, II, Cap. 28]

El habitual descontento, fracaso e insatisfacción que conlleva el suicidio no es más que la expresión más estridente de la autoescisión interna y esencial de la vida. Voluntad, vida y cuerpo son uno¹⁰. [HN, I, p. 168, 1814]

El suicida se asemeja al enfermo de una operación dolorosa en la que, después de haberla comenzado y sin haberla culminado, la enfermedad se mantiene. El sufrimiento acecha para abrir la posibilidad de renunciar a la voluntad de vivir: pero [el suicida] destruye la manifestación de la voluntad, su cuerpo, para mantener sin más la voluntad, la enfermedad¹¹. [HN, I, p. 479, 1817]

El suicidio no es más que un falso espejismo con el que el gélido Orco nos muestra un sosegado refugio. [MdS, II]

[Qué] duro es contemplar,
cuando estuvo a mano la felicidad,
con qué torpeza la disipó la insensatez.
[HN, III, p. 159, 1822-1823]

Aquellos que otorgan a la *historia* un lugar principal en la filosofía, construyéndola según un presunto *plan universal* de acuerdo con el cual todo es conducido hacia el bien, que finalmente aparecerá y será una gran gloria, toman el mundo como plenamente real y colocan la finalidad del mundo en la miserable *felicidad terrena*, que, por más que sea cultivada por los hombres y favorecida por el

destino, es una cosa hueca, engañosa, efímera y triste, de la que ni constituciones ni legislaciones, ni máquinas de vapor ni telégrafos podrán hacer jamás algo mejor¹². Según esto, los filósofos y ensalzadores de la historia son realistas, optimistas y eudemonistas, o sea, individuos triviales y encarnizados filisteos, y además también malos cristianos, pues el auténtico espíritu y núcleo del cristianismo (al igual que del brahmanismo y del budismo) es el conocimiento de la nulidad de la felicidad terrena, el absoluto desprecio hacia tal felicidad y la orientación hacia una existencia de índole totalmente distinta, y hasta contrapuesta. [*MVR*, II, Cap. 38]

Mientras la historia muestra que en cada momento ha sucedido algo distinto, la filosofía se esfuerza por hacernos entender que en todo tiempo fue, es y será lo mismo. [*MVR*, II, Cap. 38]

En el mundo sucede como en los dramas de *Gozzi*¹³: en todas estas piezas aparecen los mismos personajes con idénticas intenciones y el mismo destino. Por supuesto, las circunstancias cambian, pero el espíritu de tales circunstancias es el mismo. [...] La gente cree asimismo que, sin descanso, sucede algo nuevo, que cada día trae algo distinto. [*HN*, I, p. 222, 1814]

Pues al igual que en medio del mar embravecido, que alza y hunde desde todas partes colosales montañas de agua, un marino sobre un bote confía en su débil nave, igualmente el hombre individual se encuentra en medio de penalidades [...]. El mundo ilimitado, repleto de sufrimiento, infinito en su pasado e infinito en su futuro, le resulta tan extraño como en un cuento: lo único que para él posee realidad

es su efímera persona, su fugaz presente [...]. Y todo cuanto hace se encamina a mantener esta situación, hasta que un conocimiento mejor no le abra los ojos. [MVR, I, § 63]

Precisamente porque *toda felicidad es negativa* ocurre que, cuando finalmente y en alguna ocasión llega a ser total, no cobramos conciencia de su existencia hasta que desaparece, pues se desliza sobre nosotros ligera y suavemente, y después la carencia, sentida positivamente, se convierte en la expresión de la felicidad desperdiciada: entonces nos convencemos de que no hicimos nada para conservarla y a la privación se añade el arrepentimiento. [HN, III, p. 3, 1818]

El pasado *no* ha pasado, sino que, en el fondo, todo lo que alguna vez existió real y verdaderamente ha de existir aún; el tiempo se parece a la cascada de un teatro, que parece caer a borbotones cuando, al ser una simple rueda, no se mueve de su sitio¹⁴. [PP, I, «Fragmentos...»]

El optimismo es el injustificado autobombo que hace de sí mismo el auténtico creador del mundo, la voluntad de vivir, que se refleja con placer en sus obras. [MVR, II, Cap. 46]

Es en la vida de los animales, simple y fácil de abarcar, donde más sencillo resulta observar la nulidad y futilidad de la aspiración de todo fenómeno. La diversidad de las organizaciones, el arte de los

medios por los que cada una se adapta a su elemento y a sus presas, contrasta aquí nítidamente con la inexistencia de alguna meta duradera; en su lugar tan sólo se presenta un bienestar puramente momentáneo, un placer efímero atado a la carencia, a un abundante y prolongado sufrimiento, a una perpetua lucha, al *bellum omnium* [guerra de todos contra todos] en la que todos son cazadores y cazados, al tumulto, la carencia, la necesidad y el miedo, entre gritos y aullidos: y esto continuará *in secula seculorum* [por los siglos de los siglos] o hasta que en algún momento la corteza del planeta se despedace de nuevo. *Junghuhn* cuenta que en Java vio un inmenso páramo repleto de esqueletos y que lo tuvo por un campo de batalla: eran esqueletos de grandes tortugas, de cinco pies de largo y tres de ancho, que salen del mar para recorrer ese camino y poner sus huevos; entonces son abordadas por perros salvajes (*Canis rutilans*) que, uniendo sus fuerzas, las colocan de espaldas y les desgarran la armadura inferior, el pequeño caparazón del abdomen, y las devoran vivas. Aunque a menudo sucedía entonces que sobre los perros se abalanzaba un tigre. Tan grande desolación se repite miles de veces y año tras año. Para ello nacen esas tortugas. Pero ¿por qué tipo de culpa deben sufrir ese tormento? ¿Para qué toda esa abominación? Para ello hay una única respuesta: así se objetiva la *voluntad de vivir*. [*MVR*, II, Cap. 28]

La verdad es que debemos ser miserables y lo somos. Además, la principal fuente de los más penosos males que atañen al hombre es el hombre mismo: *homo homini lupus* [el hombre es un lobo para el hombre]¹⁵. Quien se hace cargo de esto, observa el mundo como un infierno que sobrepasa al de Dante por el hecho de que uno tiene que ser el demonio del otro. [*MVR*, II, Cap. 46]

La diferencia entre torturador y torturado es solamente fenoménica, pues ambos son uno, de manera que el torturador se engaña cuando cree que no participa de tal tormento, así como se engaña la víctima cuando piensa que no participa de la culpa. Pues el conjunto de la maldad y del sufrimiento es la más fuerte manifestación de una única voluntad de vivir que se halla en contradicción consigo misma. [HN, I, p. 330, 1815]

El mundo mismo es el juicio final y todo lo que tiene vida debe expiar su existencia, primero en la vida y luego en la muerte. [PP, II, § 114]

Cada cual es merecedor de castigo no por lo que hace, sino por lo que es capaz de hacer: por eso padece con toda justicia todo mal que en el mundo sea posible. [HN, I, p. 106, 1814]

La *capacidad para estar solo* se incrementa a lo largo de la vida. El niño pequeño teme y se lamenta tan pronto como permanece solo unos minutos. Para el joven, estar en soledad supone una gran penitencia. El adolescente busca a veces la soledad, pero le resulta aún difícil permanecer solo durante todo un día. Pero esto es fácil para el adulto: él puede estar solo, más cuanto más viejo sea. El anciano, sobreviviente de generaciones ya desaparecidas y acabado para gozar de los placeres de la vida, encuentra en la soledad su elemento más propio. [Spicilegia, p. 404]

[1](#). Literalmente, «pasatiempos» (*Zeitvertreib*).

[2.](#) Schopenhauer no duda en adscribir a sus textos una misión casi profética e incluso mesiánica: al igual que Buda, Schopenhauer se creía destinado a destapar el auténtico funcionamiento del mundo y pensaba así que su ética, de raigambre budista, era la única que –fundada en la compasión– podía hacer frente a los innumerables males del mundo.

[3.](#) Un pensamiento que, una vez más, hermana a Freud con Schopenhauer. Como es sabido, el padre del psicoanálisis defendió que podemos llegar a ser, y que de hecho somos, los peores enemigos de nosotros mismos, nuestros más siniestros y despiadados verdugos.

[4.](#) A pesar de la opinión (correcta) que habitualmente se tiene de Schopenhauer como de un pensador eminentemente ateo, el filósofo de Danzig no duda en comentar e incluso ensalzar la utilidad de la religión como *metafísica popular* que, dirigida a las «mentes más vulgares», puede facilitar el entendimiento de verdades más complejas y proporcionar, a su vez, un necesario consuelo en las circunstancias más onerosas. A este respecto resulta fundamental la lectura del Capítulo 17 del segundo volumen de *MVR*, II: «Sobre la necesidad metafísica del hombre».

[5.](#) El dolor, en Schopenhauer, abre la única vía para que el ser humano cobre conciencia de la nihilidad de la existencia y haga algo por mitigar sus efectos. El individuo racional puede llegar a esta conclusión a través de dos caminos: mediante la contemplación del sufrimiento ajeno o mediante el padecimiento del propio dolor. La mayor parte de los seres humanos necesitan pasar por esta segunda –y elocuente pero terrible– vía para reconocer que este mundo carece de fundamento y que la inexistencia es preferible, de lejos, a la existencia.

[6.](#) Como se ha apuntado en la introducción de este volumen, ni el santo ni (mucho menos) el genio se encuentran exentos de tener que mezclarse en la fangosa lucha contra el imperio de la voluntad: nadie, ni siquiera el asceta más puro, puede hablar de una victoria definitiva, pues el deseo siempre acecha en las más oscuras interioridades humanas. Philipp Mainländer (1841-1876), discípulo radical de Schopenhauer, se refirió a la sangre como auténtica impulsora (y contenedora) de ese constante empuje «demoníaco» (*dämonisch*) que nos conduce a desear sin descanso y, en definitiva, a vivir. Léase sobre esto el siguiente aforismo.

[7.](#) Expresión latina introducida por Ptolomeo que se refiere, en la astronomía del Medievo y del Renacimiento, a la esfera más externa del universo. Fue

incluso identificado con Dios.

8. Puede compararse el capítulo 27 del libro XI de *De Civitate Dei* [*La ciudad de Dios*] de san Agustín como un interesante comentario a lo dicho aquí [nota de Schopenhauer].

9. Concepto clave en el pensamiento de Charles Baudelaire (1821-1867). Por mucho que en ocasiones sintamos alegría o placer en la vida, siempre se producirá finalmente lo que Baudelaire llamó «la caída en el tiempo», el reencuentro con el límite y la constatación de la imposibilidad de superar la infelicidad de la existencia. Lo que el autor francés llamó *spleen* puede ser definido como una suerte de íntima melancolía que agarrota nuestras potencias más originales, paralizando la voluntad y asfixiando el alma; nuestras ansias de elevación quedan así abortadas y nuestros sentidos embotados por un sentimiento abrumador de pesar existencial. Baudelaire lo expresaba de manera elocuente en una carta dirigida a su madre en 1857: «lo que siento es un inmenso desánimo, una sensación de aislamiento insoportable, una ausencia total de deseos, una imposibilidad de encontrar cualquier diversión». Como es sabido, las obsesiones centrales en la obra y en la vida del autor francés fueron la fugacidad del tiempo y el avance inexorable del individuo hacia la muerte, temas centrales de la antropología schopenhaueriana.

10. A juicio de Schopenhauer, el suicida sólo está descontento con las condiciones en las que se da su vida. Por ello, sucumbe al imperio de la voluntad, que le hace querer la vida en circunstancias distintas. El suicidio, en este sentido, es, junto a la sexualidad, la más fuerte afirmación de la voluntad de vivir, y no su negación, como cabría pensar. De ahí que represente la «autoescisión» (*Entzweiung mit sich selbst*) del modo en que se da el mundo: pues tal es el –único– modo en que la voluntad se manifiesta, devorándose a sí misma.

11. Es decir, al darse muerte y hacer que su cuerpo desaparezca, el suicida provoca que con ello también se desvanezca la condición sin la cual resulta imposible negar la voluntad: su propio cuerpo. Podría decirse que el suicida diagnostica bien el problema, pero se equivoca del todo al aplicar una posible solución.

12. Schopenhauer invierte el clásico dictado de la Ilustración alemana y europea en general, y sostiene que la historia no traerá ninguna suerte de «consumación» de los tiempos o un mejoramiento moral de la condición

humana. En todo momento y en todo lugar sólo existe un motor de la existencia, la voluntad de vivir, que nos empuja a mantener una vida que, en muchas ocasiones, se nos presenta dolorosa y sufriente. Esa voluntad (que se nutre de sí misma en su desarrollo, en una suerte de inevitable y atroz automutilación) es lo principal, lo en sí, y no el intelecto, como proclamaban los optimistas ilustrados. Léanse, para complementar lo dicho aquí, los dos siguientes fragmentos.

[13.](#) Carlo Gozzi (1720-1806), escritor italiano que no dudó en posicionarse contra las derivas más ilustradas de su época y cuyo espíritu ensalzó Schopenhauer en varias ocasiones.

[14.](#) Schopenhauer tiene por cierto que la naturaleza y, en general, el curso de cualquier acontecimiento, se dan en un tiempo cíclico y, por tanto, repetitivo, en contra de la concepción lineal y unidimensional del tiempo, un aspecto que Nietzsche tuvo muy en cuenta para adoptar su celebrada tesis del eterno retorno.

[15.](#) Aunque esta cita suele adscribirse (erróneamente) a Thomas Hobbes, quien desde luego la popularizó en su visión realista/pesimista del mundo, se la debemos originalmente al autor griego de comedias Plauto (254-184 a.C.), quien en su *Asinaria* o *Comedia de los asnos* asegura: «Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit» (lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando no conoce al otro).

Filosofía, arte y naturaleza

¿Qué fragua la filosofía? El valor de no guardarse ninguna pregunta en el corazón. [*HN*, I, p. 126, 1814]

Teniendo en cuenta que en la filosofía no hay revelación alguna, un filósofo debe ser, antes que nada, un incrédulo. [*VN*, «Prólogo»]

La filosofía sólo tiene un compromiso, ser verdadera. [*Spicilegia*, p. 31, 2]

Mientras la verdad no se presente, el error se desenvuelve tranquilamente, como lechuzas y murciélagos en la noche. [...] Aunque tal es el poder de la verdad, cuya victoria es difícil, pero cuando se conquista ya no puede ser arrebatado. [*HN*, I, pp. 487-488, 1817]

La filosofía es una elevada ruta alpina a la que sólo se accede por un escarpado sendero de puntiagudas piedras y punzantes espinas: es solitaria y resulta más desoladora cuanto más se asciende por ella, y a quien la recorre no le está permitido horrorizarse, sino dejar todo tras de sí y abrirse paso confiadamente a través de la fría nieve. A menudo y de repente dará con el abismo y verá el verde

valle: allí se sobrecogerá entonces por un violento vértigo; pero deberá mantenerse firme y habrá de fijar con su propia sangre sus suelas a las rocas. A cambio verá pronto el mundo debajo de sí, cómo desaparecen los desiertos arenosos y los pantanos, cómo se igualan las irregularidades, cómo los tonos disonantes ya no se perciben y se revela su redondez. Permanece ya siempre en contacto con el aire frío y puro de la altura y contempla entonces el sol mientras abajo aún reina la oscura noche. [HN, I, p. 14, 1810-1811]

Es más apropiado intentar comprender el mundo a partir del hombre que a los hombres a partir del mundo¹. [MVR, II, Cap. 50]

El examen y observación de *lo real*, siempre que ofrezcan al espectador algo novedoso, resulta más instructivo que leer y escuchar. Ya que, a fin de cuentas, es en lo real donde reside toda verdad y sabiduría, el secreto último de las cosas, si bien sólo en concreto, y, al igual que el oro en la mina, haya que saber extraerlo. En cambio, a partir de un libro, la verdad sólo se recibe, en el mejor de los casos, de segunda mano, y con frecuencia ni eso. [MVR, II, Cap. 7]

¿Cómo puede elevarse en el aire aquel que está apegado a su terruño y desde allí contemplar el mundo que queda a sus pies? ¿Cómo puede filosofar quien se aferra a un anhelo o una preocupación o, en fin, a una subjetividad? [HN, I, p. 92, 1814]

Deberíamos considerar a la mosca como el símbolo de la insolencia y la desfachatez. Pues mientras todos los animales temen más que nada al hombre y ya de lejos escapan de él, la mosca se le posa en la nariz. [PP, II, § 382]

Mi *ojo* es lo que ve, pero para ver precisa de la *luz*. Así, también mi voluntad es la que guía mi *acción*, pero sólo puede hacerlo con la intervención del conocimiento, que es fundamentalmente una función del cerebro. Por eso las diferentes decisiones de la voluntad parten del cerebro. Éste no es la sede de la voluntad, sino sólo del arbitrio, es decir, el taller de los motivos. [apuntes *Senilia*]

La música no habla de las cosas, sino del más puro bienestar y dolor (únicas realidades para la voluntad), y por eso se dirige al corazón, mientras que no tiene mucho que decirle a la cabeza. [HN, III, p. 279, 1826]

De un modo popular podría decirse: la música es en su conjunto la melodía para la que el mundo es el texto. [HN, I, p. 485, 1817]

Como definición más simple y atinada de la poesía querría proponer la siguiente: el arte que pone en juego la imaginación a través de las palabras. [MVR, II, Cap. 37]

La poesía es la imagen de lo eterno en el mundo. [HN, I, 6, p. 9]

La poesía es una ayuda para la filosofía: un almacén de ejemplos, una vía para incentivar la meditación y la piedra de toque de numerosos principios morales o psicológicos. La poesía es para la filosofía lo que la experiencia para la ciencia. La experiencia hace que conozcamos en particular y ejemplificado el mundo *fenoménico*; la ciencia muestra cómo es la totalidad de ese mismo mundo fenoménico, considerado universalmente. [...] Entre poesía y filosofía se da la más bella armonía. [MdSch, IX]

Encontré una flor silvestre, me admiré de su belleza, su perfección en todas sus partes y exclamé: «Pero todo eso, en ella y en miles iguales, brilla y se marchita sin que nadie lo observe y a menudo sin ni siquiera ser contemplado por ojo alguno». Ella contestó: «¡Necio! ¿Piensas que florezco para ser vista? Florezco por mí y no por los demás, florezco porque me place: en eso, en que florezco y vivo, consisten mi alegría y mi placer». [PP, II, § 388]

Un bello *oasis*, verde y florido, miró a su alrededor y no divisó más que desierto por todas partes: inútilmente buscaba a sus semejantes. Entonces estalló en lamentos: «¡Oh, infeliz de mí, solitario oasis! ¡Solo debo permanecer! ¡En ninguna parte encuentro un semejante ni un ojo que me mire y se alegre de mis prados, mis fuentes, mis palmeras y arbustos! Nada más que arenoso, rocoso e inanimado desierto me rodea. ¿De qué me sirven todos mis privilegios, mis hermosuras y riquezas en esta desolación?».

Entonces habló el viejo y gris padre desierto²: «Hijo mío, si no fuera así, si yo no fuera el triste y árido desierto, si fuera floreado, verde y animado, tú no serías un oasis, un lugar privilegiado al que incluso en la lejanía el caminante alaba; sino que serías sin más una pequeña parte de mí, diminuta e inadvertida. Por eso, soporta con paciencia lo que es condición de tu distinción y gloria». [*PP*, II, § 390]

Únicamente lo verdadero es bello, y el vestido preferido de la verdad es la desnudez. [*MVR*, II, Cap. 37]

Toda novela es un mero capítulo de la patología del espíritu, como sostiene Platón en alguna parte. [*HN*, I, p. 25, 1812]

Si observo cualquier objeto, por ejemplo un paisaje, y pienso que en ese momento me fuese rebanada la cabeza, sé que el objeto permanecería allí fijo y sin inmutarse. Pero, en lo más hondo, esto significa que, de la misma forma, también yo existiría todavía. Esto sólo resultará convincente para unos pocos, pero para ellos quede dicho³. [*PP*, II, § 28]

Toda filosofía y todo consuelo por ella otorgado se reducen a la existencia de un mundo espiritual en el que, emancipados de todos los fenómenos del mundo exterior, podemos observarlos desde un privilegiado asiento con la inmensa tranquilidad de no participar en

ellos, si bien la parte de nosotros que corresponde al mundo de los cuerpos permanece siempre acechante. [HN, I, p. 8, 1808-1809]

Convertirse en puro sujeto del conocimiento significa desprenderse de uno mismo; precisamente porque la mayoría no puede hacerlo, les resulta imposible la contemplación. [HN, I, p. 485, 1817]

Dos chinos que andaban por Europa fueron por primera vez al teatro. Mientras uno de ellos se ocupó de comprender el mecanismo de la maquinaria, lo cual consiguió, el otro intentó desentrañar el significado de la obra, a pesar de no conocer el idioma. El primero se parece al astrónomo, el segundo al filósofo. [PP, II, § 383]

El tiempo es eso que siempre nos toma el pelo y cuyos trucos no descubrimos nunca. [HN, I, p. 90, 1814]

Por mucho que cambien las obras y las máscaras en el escenario del mundo, los actores siguen siendo los mismos en todas. Estamos reunidos y nos enfadamos unos con otros, los ojos brillan y las voces se hacen más audibles. De igual manera se han reunido *otros* hace mil años: era lo mismo y eran *los mismos*, e igual será dentro de mil años. El dispositivo por el cual no nos damos cuenta de ello es el *tiempo*. [PP, II, § 140]

El tiempo es como una rueda fijada que gira con la rapidez del rayo sin moverse de su sitio. [HN, I, p. 161, 1814]

Nuestro pasado, incluso el más cercano (ayer mismo), no es más que un nulo sueño de la fantasía, y lo mismo ocurre con el pasado de nuestros predecesores. ¿Qué fue? ¿Qué es? El presente, y en él, la vida y la existencia como espejo de la voluntad y su reflejo. [...] La forma de la existencia, es decir, el modo en que aparece la voluntad, es un ilimitado e inamovible presente. Podemos comparar el tiempo con un círculo que gira eternamente: mientras una mitad desciende continuamente (el pasado) y la otra asciende (futuro), el puntotangencial superior del círculo sería el *presente*. Así como la tangente no toma parte en la rotación, tampoco lo hace el presente. [...] El presente corta, como punto inextenso, las dos secciones del tiempo infinito [...]. La tierra gira entre el día y la noche, el individuo muere: pero el sol brilla sin descanso en un eterno mediodía, pues a la voluntad de vivir le es inherente la vida, con absoluta certeza, y la forma de la vida es el presente sin fin, así como los individuos [...] van y vienen en el tiempo como efímeros sueños. [MdS, II]

La inconsciencia es el estado originario y natural de todas las cosas. [MVR, II, Cap. 15]

El intelecto se asemeja a una antorcha a cuya luz hay que leer mientras el viento de la noche la vapulea violentamente [...]. Nuestro intelecto está infectado y corrompido por la voluntad sin que lo sepamos⁴. [PP, II, § 49]

Es la más llana verdad que el espíritu es un mero producto o creación de la materia, así como que la materia es una mera representación del espíritu. [HN, III, p. 302, 1826]

¿Es nuestra vida algo distinto de una comedia? El filósofo es alguien que servicialmente hace que los figurantes puedan cobrar mejor conciencia de su estado. [HN, I, p. 77, 1813-1814]

El asombro filosófico es en el fondo perturbador y desconsolador [...]. La índole del asombro que empuja a filosofar nace, desde luego, del espectáculo del *mal físico* y *el mal moral* en el mundo. [MVR, II, Cap. 17]

El poeta es, en suma, el hombre universal; todo cuanto alguna vez ha conmovido el corazón de un hombre, aquello que en una determinada situación incita a la naturaleza humana, todo lo que anida y germina en un pecho humano, tal es el tema y material del poeta. Por eso el poeta puede cantar tan bien la voluptuosidad como la mística [...], escribir tragedias o comedias, representar el ánimo sublime o el vulgar, y todo ello según su humor y vocación. Nadie puede, con arreglo a ello, prescribir al poeta que sea noble y sublime, moral, piadoso, cristiano, esto o aquello, ni aún menos increparle por ser esto o aquello. Él es el espejo de la humanidad, a la que hace consciente de lo que ella siente y de lo que la impulsa⁵. [MVR, I, 51]

Cualquier obra de arte auténtica es como un espejo cóncavo: lo que muestra no es su auténtica identidad, sino que ésta queda fuera de él y no es asible con las manos. [*HN*, I, p. 84, 1814]

El genio descubre un mundo más que el resto de seres humanos, aunque sólo en tanto que penetra con más hondura el que se le ofrece a todos, pues en su cabeza se presenta objetivamente, es decir, más nítida y claramente [...]. La característica fundamental del genio es, precisamente, que ve lo universal en lo singular, mientras que el hombre común sólo reconoce lo singular [...]. La esencia del genio es contraria a la naturaleza, ya que consiste en que el intelecto, cuyo destino consiste en servir a la voluntad, se libera de tal servidumbre para actuar por su propia cuenta. El genio es un intelecto que se rebela frente a su destino. [*MVR*, II, Cap. 31]

El propósito de la rosa es la polinización; pero con un opíparo alimento, la rosa salvaje original se convierte en una rosa de jardín, se llena de más y más hojas, se vuelve mucho más grande y más hermosa, pero a la vez queda estéril y su principal finalidad se pierde. La rosa de jardín se asemeja al genio; la salvaje, al santo. [*HN*, I, p. 478]

Entre el genio y el loco existe la semejanza de que ambos viven en un mundo aparte del que existe para todos los demás. [*HN*, III, p. 617, 1829]

Los espíritus de primera magnitud jamás se dedicarán a una ciencia particular, pues a ellos les interesa mucho penetrar la totalidad. Son generales, no capitanes; maestros de capilla, no músicos de orquesta. [PP, II, § 34]

Las ciencias empíricas, cultivadas puramente por sí mismas y sin un fondo filosófico, son como un rostro sin ojos. [...] [Los científicos] concentran todo su ahínco y su saber en un único campo muy delimitado, en el que, bajo la condición de ignorar por entero todo lo demás, pueden lograr el conocimiento más completo posible, mientras que el filósofo ha de abarcar todos los campos y estar familiarizado con ellos en cierta medida, por lo que le está vedada esa perfección que sólo puede alcanzarse gracias al detalle. Podemos comparar a los primeros con los artesanos ginebrinos que fabrican cada uno, por su lado, ruedas, resortes y cadenas, mientras el filósofo es como un relojero que con tales materiales hace un todo con movimiento y sentido. También se les puede comparar con los músicos de una orquesta, cada uno de los cuales es maestro en su instrumento, mientras el filósofo es su director, que ha de conocer la naturaleza y arte de cada instrumento, sin interpretarlos todos o tan siquiera uno perfectamente. [MVR, II, Cap. 12]

La física, o sea, las Ciencias Naturales en general, siguiendo en todas sus ramas el camino que les es propio, tienen que llegar por fin a un punto en que terminen sus explicaciones, y esto es precisamente *lo metafísico*, lo que se presenta no más que como límite de lo físico, sin poder pasar de éste. Ahí se detiene, entregando su objeto a la metafísica. [VN, Introducción]

La tarea no consiste tanto en ver lo que aún no ha visto nadie, como en pensar lo que aún no se ha pensado sobre lo que todo el mundo ve. Por eso se requiere mucho más para ser un filósofo que un físico. [PP, II, § 76]

Un *paisaje* (sea en la naturaleza o en la pintura) de amplio horizonte, con un cielo totalmente despejado, repleto de aire silencioso, sin animales ni hombres, sin espumeantes torrentes pero con árboles y plantas, un paisaje tal es como una llamada a la solemnidad, a la contemplación, al desasimiento de todas las miserias de nuestro querer. [HN, I, p. 253, 1815]

Para que el mundo o el hombre alcanzasen la felicidad suprema y auténtica haría falta, ante todo, *detener el tiempo*. [HN, IV, p. 26, 1857-1858]

Si llega una larga paz a los hombres, la cultura avanza con fuerza y el perfeccionamiento de la técnica proporciona ocio, entonces todas las religiones podrán ser desechadas como los andadores de los niños: la humanidad habrá alcanzado su mayor autoconciencia, habrá llegado la edad de oro de la filosofía, se habrá culminado el precepto del templo de Delfos: γνωθι σεαυτον⁶.

Un optimista me incita a que abra los ojos y vea cuán bello es el mundo con sus montañas, plantas, aire, animales, etcétera. Estas

cosas son por supuesto bellas de ver; pero ser una de ellas es algo completamente diferente. [HN, III, pp. 171-172, 1823-1824]

La más plena satisfacción, la tranquilidad postrera, el auténtico estado deseable se nos representan siempre y tan sólo en el cuadro, en *la obra de arte*, en la poesía, en la música. Por supuesto, de ahí podría extraerse la esperanza de que tienen que estar en algún lugar. [PP, II, § 205]

Desear *que algún suceso no hubiese acontecido* significa desear algo totalmente imposible. De ahí que eso sea tan necio como si se quisiera que el sol saliera por el Oeste. Pues todo lo que sucede ocurre *de manera estrictamente necesaria*. Así, reflexionaremos inútilmente sobre lo nimias y azarosas que fueron las causas que produjeron tal suceso y de cuán fácilmente podrían haber sido distintas. Esto es ilusorio, pues ellas se dieron con una necesidad igualmente estricta y actuaron con igual poder que las consecuencias de las cuales el sol tiene que salir por el Este. Antes bien, los sucesos, tal y como se dan, debemos contemplarlos desde el mismo prisma con que observamos lo impreso, sabiendo bien que ya estaba allí antes de que lo leyésemos. [apuntes *Senilia*]

Cualquiera que sea la antorcha que prendamos y el espacio que pueda alumbrar nuestro horizonte, siempre quedará delimitado por la oscura noche. [...] Por eso la verdadera y positiva solución del enigma del mundo tendría que tratar necesariamente sólo de las cosas en sí, mas no de los fenómenos, de suerte que si un ser de tipo superior viniese y pusiera todo su empeño en familiarizarnos

con tal enigma, nosotros no podríamos comprender nada de su revelación. [MVR, II, Cap. 17]

Lo que son la rienda y la brida para un corcel indómito, lo es el intelecto para la voluntad humana: ésta ha de guiarse por las riendas de la instrucción, la amonestación, la educación, etc. En sí misma, la voluntad es tan salvaje, un impulso tan impetuoso, como la fuerza torrencial de una catarata. [MVR, II, Cap. 19]

El núcleo más íntimo de todo conocimiento genuino y efectivo es la intuición; de la misma forma, toda nueva verdad es el resultado de una intuición. Todo pensar originario se da en imágenes. Por eso la imaginación es un instrumento tan necesario del propio pensamiento y las cabezas carentes de ella no obtendrán jamás grandes logros⁷. [MVR, II, Cap. 7]

El erudito anda escaso de intuiciones; su cabeza es como un banco cuyas letras de pago fueran diez veces más que el dinero en metálico, lo cual lleva a la bancarrota. [...] Sin duda, acudir constantemente a pensamientos ajenos, que coartan y obstruyen los propios, tiene que paralizar a la larga la capacidad de pensar [...]. De ahí que leer y estudiar sin interrupción arruine la cabeza. [...] Para quien estudia con el objetivo de *comprender* los libros, los estudios son los peldaños de una escalera por la que asciende hacia la cima del conocimiento; a cada paso dado deja atrás uno de esos escalones. Por el contrario, aquellos que estudian para llenar su memoria no emplean los escalones de la escalera para ascender, sino que cargan a cuestas con la escalera, alegrándose de llevar el

peso de esa carga. Permanecen para siempre abajo, llevando sobre sí lo que debería haberles transportado. [*MVR*, II, Cap. 7]

La presencia de un pensamiento es como la presencia de una persona amada. Creemos que nunca olvidaremos ese pensamiento, al igual que creemos que esa persona nunca nos resultará indiferente. Pero ¡lo que se pierde de vista deja de estar en la cabeza!⁸. El más bello pensamiento corre peligro de ser olvidado para siempre si no queda plasmado, al igual que la amada puede huir de nuestro lado si no nos desposamos con ella. [*PP*, II, §§ 268]

Nuestra memoria se parece a un colador cuyos agujeros, pequeños al comienzo, dejan pasar poco, pero que se hacen cada vez más grandes y, al final, lo son tanto que casi todo lo que se vierte en él, se cuele. [*PP*, II, § 351]

La memoria es un ser caprichoso e inconstante comparable a una joven muchacha: en ocasiones, y de forma absolutamente inesperada, niega lo que cien veces ha entregado, y otras veces, cuando ya no se piensa en ello, lo ofrece de manera espontánea. [*PP*, II, § 37n.]

Por más viejo que se llegue a ser, uno siempre se siente en su interior totalmente el mismo, el que era cuando era más joven, o más aún, de niño. Lo que permanece inalterado, siempre lo mismo, y que no se deteriora junto con nosotros, es precisamente el núcleo

de nuestro ser, que no está en el tiempo y que, precisamente por ello, es indestructible. [MVR, II, Cap. 19]

Cuando atrapo una mosca resulta evidente que no he capturado a la *cosa en sí*, sino sólo su *fenómeno*. [HN, IV, 2, p. 14, 1854-1855]

Yo diría que ninguna época puede ser más adversa a la filosofía como aquella en la que se abusa de ella como instrumento político, por un lado, o se la emplea desdeñosamente como un medio de subsistencia, por el otro. [...] La verdad no es una ramera que se arroje al cuello de quienes no tienen ganas de ella; más bien es una beldad tan esquiva que incluso quien sacrifica todo por ella no puede estar ni siquiera seguro de obtener sus favores⁹. [MVR, I, prólogo a la segunda edición]

Si, para ser verdadera, la verdad tuviera que pedir permiso a aquellos que ponen en su corazón muy otras cosas, cabría desesperar de su causa [...]. Pero por fortuna no es así; no depende del favor o desfavor, ni tiene que pedir a nadie venia; sostiénese sobre sus propios pies, el tiempo es su aliado, incontrastable su fuerza, imperturbable su vida. [VN, Introducción]

Palabra y lenguaje son los medios imprescindibles para pensar con claridad. Mas, como todo medio y toda máquina, al mismo tiempo dificulta y traba; también sucede así con el lenguaje, que constriñe a formas estables los infinitamente matizados, volubles y modificables

pensamientos; cuando el lenguaje fija el pensamiento, a la vez lo encadena. [*MVR*, II, Cap. 6]

Leer exposiciones de las teorías de los filósofos en vez de sus obras originales o, en general, historia de la filosofía, es como pretender que otro mastique la propia comida. [*PP*, I, «Fragmentos...»]

Leer no es más que pensar con una mente ajena en vez de con la propia. [...] Quien se ha pasado la vida leyendo y ha extraído su sabiduría de los libros se parece a quienes han adquirido conocimiento de un país mediante un libro de viajes [...]. En cambio, quienes han entregado su vida a la reflexión se asemejan a aquellos que han visitado el país en cuestión: sólo ellos saben con certeza de lo que hablan, conocen las cosas propiamente y se encuentran allí como en su casa. [...] Solamente lo que uno ha pensado primero por sí mismo posee auténtico valor. [*PP*, II, §§ 261-262, 270]

El intelecto es un confidente de la voluntad, aunque es un confidente al que no se le cuenta todo. [*MVR*, II, Cap. 17]

Cada uno debe colocarse frente a un cuadro como ante un príncipe, y aguardar a que nos dirija la palabra; de lo contrario, sólo nos oíríamos a nosotros mismos [...]. Lo mejor en el arte es demasiado espiritual para poder mostrarse directamente a los sentidos. [*MVR*, II, Cap. 34]

Creer que el conocimiento determina real y radicalmente a la *voluntad* es como pensar que la linterna que uno porta en la noche es el primer motor de sus pasos. [MVR, II, Cap. 19]

Para ser filósofo, es decir, un amante de la sabiduría (que no es otra cosa que la verdad), no resulta suficiente con amar la verdad en la medida en que sea compatible con el propio interés, con la voluntad de los poderosos o con los principios de la Iglesia, o con los prejuicios y el gusto de los contemporáneos: pues mientras uno se dé por satisfecho con eso, será un *filoautós* [egoísta], no un filósofo. [PP, I, «Esquema de una historia...»]

La auténtica esencia de una religión en cuanto tal consiste en la convicción que nos da de que nuestra verdadera existencia no se limita a nuestra vida, sino que es infinita. [PP, I, «Fragmentos...»]

Si despojamos nuestra vida de los escasos instantes que nos procuran la religión, el arte y el amor puro, ¿qué queda excepto una hilera de pensamientos triviales? [HN, I, p. 10, 1809-1810]

Las religiones se han apoderado de la disposición metafísica del hombre, en primer lugar, oscureciéndola mediante una temprana inculcación de sus dogmas, y, después, impidiendo y prohibiendo cualquier manifestación libre e imparcial de aquélla. [PP, II, § 14]

Ningún hombre religioso ha acudido a la filosofía; no precisa de ella. Quien filosofa de verdad no es religioso: camina sin andaderas, peligrosa pero libremente¹⁰. [HN, II, p. 226, 1812]

El comienzo de la *teología* es el *miedo*: por eso, si los hombres fueran felices, nunca hubiera habido teología [...]. El filosofar se inicia con el abandono de este camino. [HN, III, p. 191, 1824]

La atmósfera de libertad es imprescindible para la verdad. [PP, I, «Sobre la filosofía de universidad»]

No cabe hacerse ilusión alguna, la ley de causalidad no conoce ninguna excepción: desde el movimiento de un átomo hasta el deliberado comportamiento del hombre quedan subyugados a ella con idéntica fuerza. Es por eso por lo que, en el transcurso íntegro del mundo, ni siquiera un átomo podría haber descrito en su vuelo una trayectoria distinta a la que de hecho describió, ni un hombre puede obrar de otra manera a como lo hizo, pues ninguna verdad es más cierta que ésta: que todo cuanto ocurre, sea pequeño o grande, ocurre por completo *necesariamente*. Por ello, en cada momento determinado, el estado total de las cosas se halla firme y exactamente determinado por lo que le acaba de preceder [...]. Así, la marcha del mundo se asemeja a un reloj al que se le ha dado cuerda tras unir sus componentes: desde este punto de vista, es una simple máquina cuyo fin no logramos concebir. [MVR, II, Cap. 25]

Los individuos son efímeros como el agua en el arroyo, mientras que las ideas permanecen como sus remolinos: sólo el agotamiento del agua podría igualmente aniquilarlas. [MVR, II, Cap. 28]

Supongamos que encuentro un árbol bello. Cuando esto sucede, quiere decir que lo he contemplado estéticamente y, por tanto, lo he visto con ojos de artista; pero entonces, lo que he observado no ha sido este árbol individual, sino la idea general del árbol, que se me reveló; por ello, en el curso de esta contemplación, tanto el árbol como yo nos elevamos por encima de cualquier tipo de relación, y por eso da del todo igual y carece de importancia si el árbol que contemplé es precisamente éste o su predecesor, que floreció hace miles de años; todo ello no significa nada para la contemplación estética, e igual sucede con el espectador: resulta indiferente que sea yo, es decir, este individuo particular, o cualquier otro que vivió en cualquier otro momento o lugar. [MdSch, X]

Un bello paisaje es una catarsis para el espíritu, tal como la música lo es para el ánimo. [MVR, II, Cap. 33]

No sólo la filosofía, también las bellas artes trabajan en el fondo para resolver el problema de la existencia. Pues en cada espíritu que se entrega alguna vez a una consideración puramente objetiva del mundo, por muy oculta e inconsciente que sea, se despierta una aspiración a captar la verdadera esencia de las cosas, de la vida y de la existencia. Porque sólo eso tiene interés para el intelecto como tal, es decir, para el sujeto de conocimiento liberado de los fines de

la voluntad, o sea, puro, lo mismo que para el sujeto cognoscente en cuanto mero individuo no tienen interés sino los fines de la voluntad. Debido a ello, el resultado de toda captación puramente objetiva, es decir, artística, de las cosas, es una expresión más de la esencia de la vida y la existencia, una respuesta más a la pregunta: «¿qué es la vida?». A esa pregunta responde a su manera y cabalmente cada obra de arte auténtica y lograda. [...] Dar a esa pregunta una respuesta definitivamente satisfactoria, es decir, válida para la reflexión y en abstracto, es la tarea de la filosofía. [MVR, II, Cap. 34]

Quien entiende que la vida no es más que la objetivación del espejo de la voluntad, en el cual se reconoce a sí misma [...], también comprenderá que el *arte es el florecimiento de la vida*, pues esencialmente es lo mismo que la vida, pero con intención y prudencia, más concentrada y consumada. La vida sólo muestra individuos; el arte muestra ideas. [HN, I, p. 466, 1817]

El tranquilo pasar de cualquier bello atardecer, en el que, mientras va enmudeciendo el ajetreo y bullicio diarios, salen paulatinamente las estrellas y asciende la luna, provoca un sentimiento sublime, pues nos desvía de la actividad supeditada a nuestra voluntad y nos invita a la soledad y el recogimiento. La noche es en sí misma sublime. Este sentimiento se hace especialmente patente cuando nos situamos frente a un paisaje solitario, carente de plantas y árboles, en el que, en lugar de vegetación, aparecen montañas desnudas. [...] Trasládense a un valle rodeado de enormes despeñaderos, afilados y sin vegetación; imaginen la naturaleza en una tormentosa agitación, con nubes oscuras, tempestuosas y amenazantes, iluminadas a veces por relámpagos; junto a ello, un absoluto desierto; nuestro oído capta el alboroto de un arroyo espumeante en el bosque y el quejido del aire que atraviesa los

barrancos. Un paisaje como el descrito hace que el solitario caminante imagine con toda la fuerza y evidencia nuestra dependencia frente a la naturaleza hostil y nuestra lucha con ella, igual que nuestra endeble condición, sin que para ello se haga necesaria reflexión alguna. Mientras no prevalezca rotundamente un posible peligro personal, de modo que [...] consigamos mantenernos en las fronteras de la simple contemplación, nuestra mirada consigue superar el combate de fuerzas naturales y la imagen de la quebradiza voluntad humana [...] sin que ésta se vea afectada en absoluto por esos objetos tan amenazadores y espantosos para la voluntad. En tal contraste consiste el sentimiento de lo sublime. De igual forma que un rayo de sol atraviesa sin inmutarse la agitación de la más furibunda tormenta, el sosiego de un temperamento contemplativo contrasta con la lucha de las fuerzas naturales a las que se enfrenta. [MdSch, IX]

Una *verdad* con la que se corrigen falsas opiniones es como una medicina: su sabor es desagradable y no actúa en el momento en que se toma, sino sólo después. [Spicilegia, p. 30]

Los *cuerpos planetarios*, el *sol* y los *planetas*, sin un ojo que los mire y sin un entendimiento que los conozca, aunque se dejen mencionar con palabras, no son sin embargo más que un pensamiento imposible, un hierro de madera¹¹. [HN, I, p. 380, 1816]

El artista nos presta sus ojos para ver el mundo y, así, por medio de él participamos del conocimiento de las ideas. [MdSch, VII]

[El filósofo y el científico] deben hallarse en la disposición de ánimo de dos mineros que trabajaran en sendas galerías bajo tierra y que, partiendo de puntos lejanos, van a encontrarse en el mismo, tras haber horadado las más oscuras tinieblas, equipados sin más de nivel y brújula, experimentando finalmente la ansiada alegría de oír el uno los martillazos del otro. [VN, «Introducción»]

Los que esperan llegar a ser filósofos estudiando historia de la filosofía deberían más bien inferir de ella que los filósofos, al igual que los poetas, sólo nacen y, además, muy raramente. [PP, II, § 8]

Lo pensado por uno mismo se comprende más en profundidad que lo aprendido [...]. Cuando dos realizan un cálculo, cada uno por sí mismo, y llegan a idéntico resultado, éste es seguro; mas no cuando la cuenta de uno ha sido sin más repasada por el otro. [PP, II, § 18]

¿Por qué subyace en el recuerdo de épocas pasadas una paz tan dulce? ¿Por qué casi nos inunda en una melancólica emoción la mención de los viejos tiempos? ¿Por qué contemplamos tales ensoñaciones bajo una luz brillante sin mezcla de nada que deslumbre? ¿Acaso sea porque la muerte las ha allanado, sus preocupaciones y tormentos ya no existen, y el tiempo nos ha enseñado que no eran más que engaños frente a los que ahora sonreímos como si de aflicciones infantiles se tratara? [HN, I, p. 8, 1808-1809]

Para penetrar la idea del agua no resulta suficiente contemplarla en el tranquilo estanque y en el deslizante arroyo; su idea sólo se hace comprender cuando se desata fieramente en cualquier circunstancia y contra todos los obstáculos que pueden interponerse en su camino: por eso encontramos tan hermoso cuando cae, espumea, salta, se pulveriza, etc. [HN, I, p. 481]

La vida de los seres humanos, tal como la observamos en la realidad, se parece al agua del estanque y de un río¹². De igual forma que el arte acuático permite a las aguas desplegar sus particularidades, también en la epopeya, la novela y el drama se presentan caracteres fuertemente reveladores, colocados en vicisitudes en las que desarrollan todas sus habilidades, abriendo así las profundidades del ánimo humano y haciéndose visibles en medio de acciones excepcionales y repletas de significado. [MdSch, VII]

El perro es, con razón, el símbolo de la fidelidad, pero entre las plantas debería serlo el abeto. Pues sólo él aguanta con nosotros, tanto en el buen tiempo como en el malo, y no nos abandona cuando el sol nos priva de su favor, como hacen el resto de árboles, plantas, insectos y aves, para volver cuando el cielo nos vuelve a sonreír. [PP, II, § 386]

El *hombre corriente* huye de los esfuerzos físicos, pero aún más de los espirituales: por eso es un ignorante, un irreflexivo y carece de juicio. [Spicilegia, p. 443]

Desde el punto de vista del pasado, da exactamente igual que algo se haya *vivido* realmente o que se haya *soñado*. [*Spicilegia*, p. 444].

1. A juicio de Schopenhauer, podemos acceder a la esencia de las cosas, del mundo (si bien nunca de una manera total y definitiva), a partir de nosotros mismos, pues la clave (*Schlüssel*) para ello está en nuestro propio cuerpo, puerta privilegiada de acceso a lo en sí, a la voluntad, al motor inconsciente de la realidad.

2. La traducción al español más natural es «viejo y gris padre desierto», pero, en alemán, «desierto» es femenino (*die Wüste*), por lo que Schopenhauer emplea el término «madre» (*Mutter*), y no padre (*Vater*). El lector puede elegir el sustantivo, masculino o femenino, que crea más conveniente.

3. De nuevo hace Schopenhauer alusión a nuestra doble condición: por un lado somos seres mortales, finitos y corporales; por otro, somos el «ojo eterno» del mundo, el sujeto puro del conocimiento, que puede aislarse de la voluntad y contemplar su entorno de manera desinteresada (*willenlos*). Léanse los siguientes dos textos de esta selección.

4. Este fragmento, así como todo el párrafo de *Parerga y Paralipómena II* del que forma parte, es fundamental para entender el influjo de la voluntad en la vida consciente del espíritu y, por tanto, para hacerse una idea de la aportación de Schopenhauer al estudio del inconsciente, en cuyo desarrollo se muestra, sin duda, como uno de sus padres fundadores.

5. Palabras que calarían muy hondo en uno de los discípulos más críticos y radicales de Schopenhauer, el ya mencionado Philipp Mainländer, autor de la monumental *Philosophie der Erlösung* (existe edición española, *vid.* bibliografía). Como apunta Mainländer en dicha obra («Estética», § 32), «el arte poético nos muestra completamente, por una parte, la idea del ser humano como cosa en sí, y, por otra, como objeto, en tanto que obliga al sujeto, por medio de una adecuada descripción, a proyectar una imagen de él; y por eso dije que refleja enteramente la idea, lo interno y lo externo; además, mediante la descripción, atrae todas las demás ideas a su terreno, y por eso dije, asimismo, que refleja la naturaleza entera, y debería llamársele el arte supremo». Mainländer es también autor de un interesante y profundo poemario: *Aus dem Tagebuch eines Dichters* (disponemos igualmente de edición española, *vid.* bibliografía), en el que queda plasmado su extremo

pesimismo. Mainländer se suicidó con treinta y cuatro años, cumpliendo con los dictados de su pensamiento. A él le debemos la primera formulación filosófica del concepto de «muerte de Dios», que influyó enormemente a Nietzsche.

[6](#). En griego en el original: «Conócete a ti mismo», *nosce te ipsum* en su forma latina. A ojos de Schopenhauer, esta fórmula resume una de las más capitales enseñanzas de la filosofía: horadar nuestros más íntimos fondos abisales en busca de aquello que somos, de aquello que nos hace actuar. El propio Schopenhauer comenzó a escribir en 1821 un cuadernito que tituló *Eis heautón*, inspirado probablemente en las *Meditaciones* de Marco Aurelio, en el que recopiló sus propias reflexiones y otras de algunos autores que el filósofo leía con asiduidad (los moralistas franceses, Homero y Hesíodo, Marcial, Dante, Cicerón, Petrarca, Helvétius, Goethe y un largo etcétera). El librito, fundamental para acercarse al Schopenhauer más humano, y ya mencionado, está publicado en esta misma editorial: *El arte de conocerse a sí mismo* (edición a cargo de Franco Volpi).

[7](#). A pesar de haber sido catalogados, desde Aristóteles, como animales eminentemente «racionales», Schopenhauer asegura que en los seres humanos es la intuición, es decir, el conocimiento que se da a través de imágenes y sensaciones en general, y no el conceptual o racional, el que conduce a un auténtico conocimiento, o como él dice, «genuino y efectivo». Un asunto que engarza con la neuroeducación, actualmente tan en boga, así como con la pedagogía centrada en la emoción, asuntos en los que Schopenhauer se muestra como un llamativo precursor. Léase al respecto el siguiente fragmento.

[8](#). Expresión alemana de difícil traducción: «Aus den Augen, aus dem Sinn!». Literalmente: «fuera de los ojos, fuera de los sentidos». Vendría a ser, de manera aproximada, una vertiente de refranes españoles como «más vale pájaro en mano que ciento volando» o «quien mucho abarca poco aprieta».

[9](#). Schopenhauer fue un duro crítico de los profesores de filosofía y de quienes, en general, empleaban esta disciplina para ganarse la vida. Aunque es justo decir que él mismo intentó, en un primer momento, obtener un público universitario en Berlín, oportunidad que no supo (o quizás no quiso) aprovechar del modo más conveniente, poniendo sus clases a la misma hora que las impartidas por la por entonces figura de relumbrón de la filosofía alemana: Hegel. Al respecto, *vid.* su escrito «Sobre la filosofía de universidad», en el primero de los volúmenes de *Parerga y Paralipómena*.

[10](#). Se trata de la respuesta de Schopenhauer a Friedrich Schleiermacher (1768-1834), eminente teólogo y filósofo de la religión a cuyas clases en Berlín asistió. En concreto, este aforismo reacciona airadamente a los apuntes que Schopenhauer tomó en las mencionadas lecciones, y que se refieren a las siguientes palabras del teólogo: «Filosofía y religión no pueden existir la una sin la otra, pues nadie puede ser filósofo sin ser religioso y, a la inversa, el hombre religioso debe al menos cumplir con la tarea de la filosofía». En algunos fragmentos Schopenhauer se muestra tan tenaz como jocoso. Léase como ejemplo el siguiente, dirigido de manera inclemente contra las clases de Fichte, que catalogaba de «locura con método»: «Ya que el profesor estuvo muy ocupado analizando la visibilidad pura, olvidó mandar que encendieran las bujías y no pudimos continuar con nuestros apuntes» (HN, II, p. 194).

[11](#). Este fragmento resume excelentemente uno de los postulados principales de Schopenhauer, con el que comienza el primer volumen de su obra magna: «El mundo es mi representación» [*Die Welt ist meine Vorstellung*], es decir, no existe un objeto sin sujeto que lo contemple (o conozca), pero tampoco al revés, no existe el sujeto sin objeto. Ambos constituyen las condiciones o polos fundamentales del proceso de conocimiento en la teoría epistemológica del autor de Danzig, que desarrolló por vez primera en su tesis doctoral: *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*.

[12](#). Schopenhauer traza aquí una analogía implícita entre la naturaleza y su teoría antropológica: al igual que el agua se abre paso a través de los distintos accidentes del terreno, así también el individuo de carácter sabe imponerse a las circunstancias y mostrarse férreo contra los embates de la fortuna, que sin descanso lo vapulea, recordando quizás la máxima de Maquiavelo que asegura que quien no acepta las determinaciones del destino es arrastrado por él, así como la importancia que su admirado Goethe dio al término de personalidad (*Persönlichkeit*), cuando escribe en *Diván de Occidente y de Oriente* (VIII, 7) que «la personalidad es la suprema felicidad».

Edición en formato digital: 2018

© de la introducción, traducción y notas: Carlos Javier González Serrano,
2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-120-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es